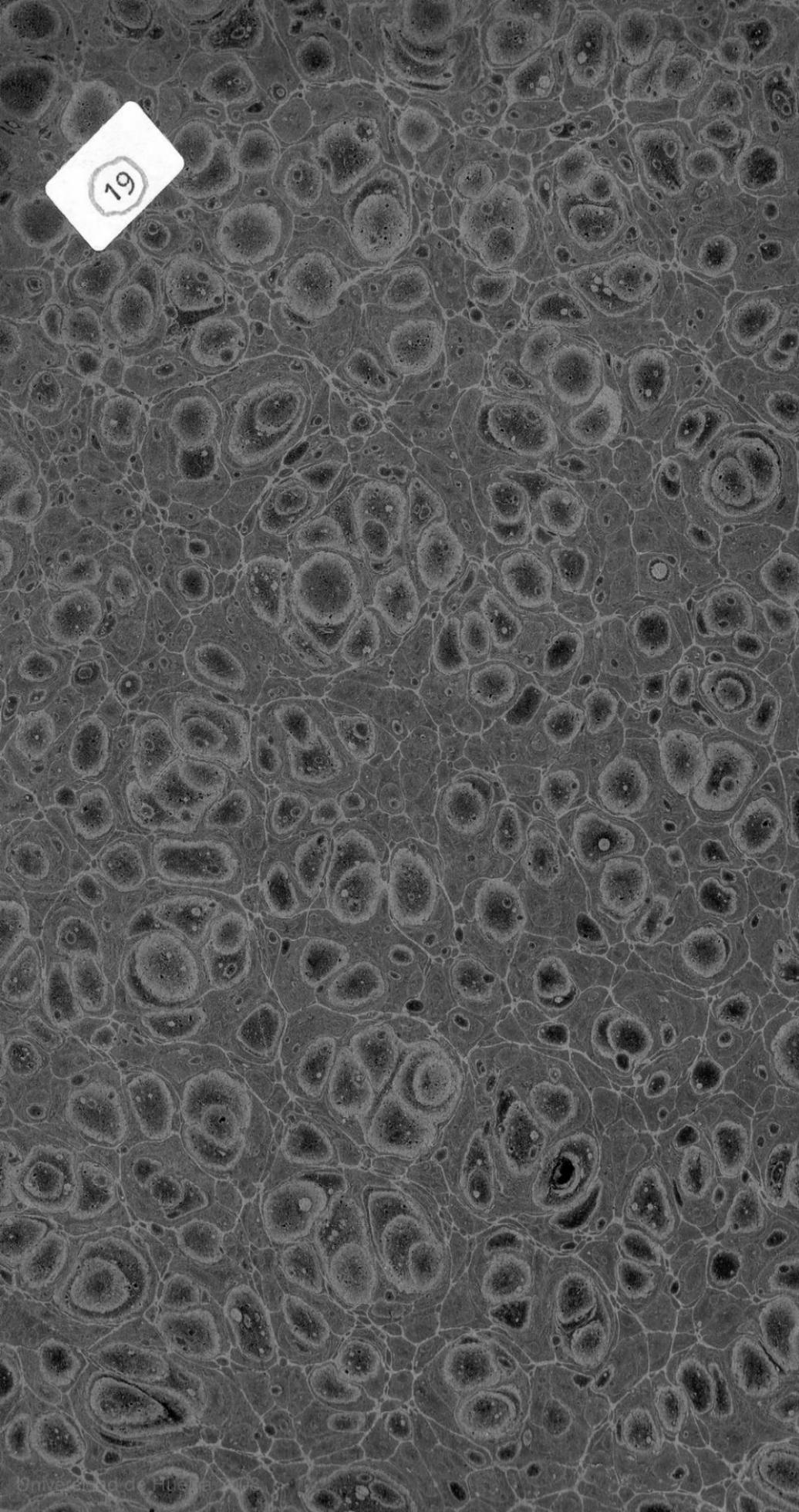
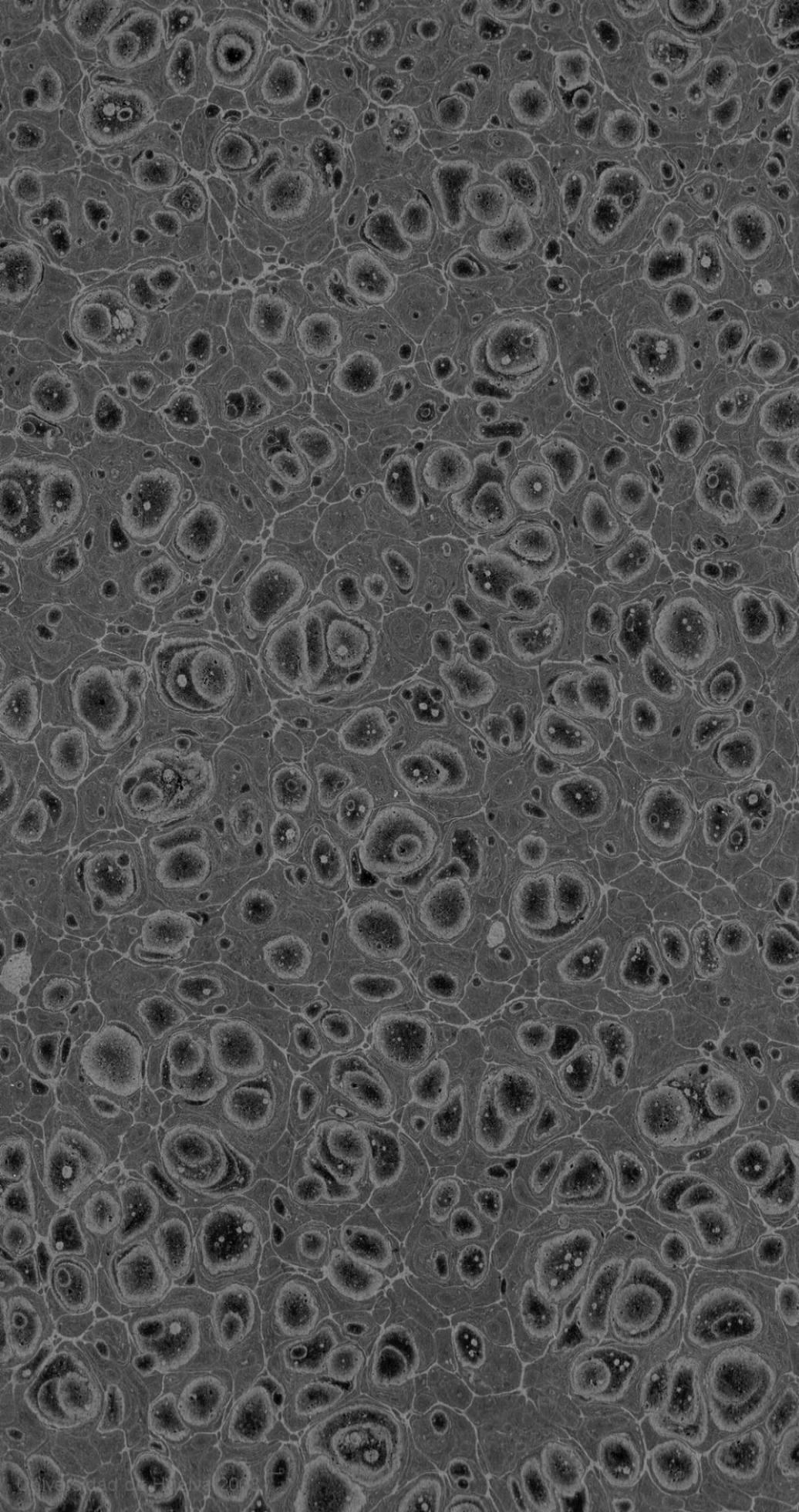


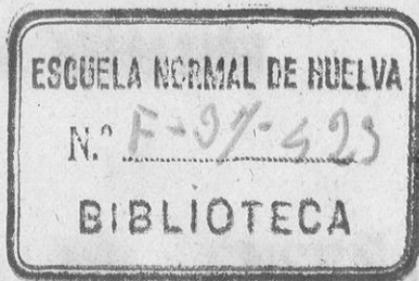
19





UNIVERSIDAD DE HUELVA

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS EXACTAS

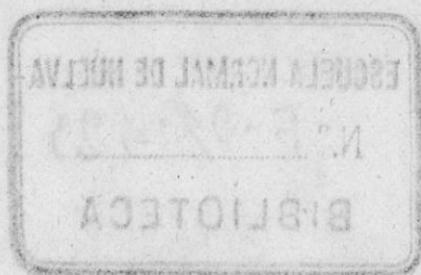


# DICCIONARIO

DE

EDUCACION Y MÉTODOS DE ENSEÑANZA





# DICCIONARIO

DE

EDUCACION Y METODOS DE ENSEÑANZA



# DICCIONARIO

DE EDUCACION.

Y

## MÉTODOS DE ENSEÑANZA.

POR

D. MARIANO CARDERERA.



**TOMO IV.**

MADRID:

IMPRENTA DE R. CAMPUZANO, CALLE DEL AVE MARÍA, NÚM. 17.

1858.

Tomo IV.

# DICIONARIO

DE EDUCACION.

Y

## MÉTODOS DE ENSEÑANZA.

por

D. MARCELO GARCÍA GÓMEZ.



TOMO IV.

MADRID:

IMPRESA DE H. CAMPUZANO, CALLE DEL AVE MARIA, N.º 17.

1878.

# DICCIONARIO

DE

## EDUCACION Y MÉTODOS DE ENSEÑANZA.

---

N

**NACIONAL (Educacion).** Consideramos de necesidad absoluta una educacion nacional que inspire á la juventud sentimientos de noble y generoso patriotismo y estoy persuadido que no hay asunto de mayor importancia. En efecto, nada interesa tanto á la prosperidad del Estado como la buena educacion de las generaciones que se están formando, educacion de tan poderosa eficacia, que solo por ella abrigo confianza de un porvenir mas lisonjero para nuestra patria.

No desesperemos jamás del género humano ni de su porvenir, porque el género humano pasa y se renueva incesantemente, sin vivir nunca mas de un siglo; no desesperemos tampoco de una nación, porque la tercera parte de sus hijos se halla en la infancia, acaba de nacer, se está desarrollando y puede educarse de una manera conveniente en lo cual estriva su salvacion.

Procuremos obligar á la otra tercera parte de la nacion á que, cumpliendo con su deber, eduque á la primera, lo cual es fácil porque á todos interesa y se habrá conseguido el objeto. La juventud bien educada tendrá paciencia y esperará con tranquilidad á que los hombres adultos hayan terminado su mision, sin anticiparse nunca á lanzarlos bruscamente de la escena de la vida social.

Los hombres de edad provecta y consumada experiencia, en quienes se ha extinguido el fuego de las pasiones violentas y el ardor de los intereses personales, se interesan naturalmente por la buena educacion de la juventud; y no tan solo porque el respeto y las atenciones á que aspiran es el fruto de las ideas y sentimientos que se han inspirado á los jóvenes, sino por consideraciones mas profundas. ¡Cuántas veces no he oido á esos ancianos educados por la desgracia de los tiempos en la

escuela de la indiferencia filosófica, aplaudir con júbilo el movimiento religioso que impulsa á sus hijos! Sin duda alguna quisieran ahorrarles la triste experiencia de sus propios errores, y hé aquí la razon por qué nos hablan con tan generosa franqueza de sus estravíos y de sus desengaños, y no temen confesar que su juventud fué educada con menos acierto que la nuestra.

Hasta esos hombres beneméritos que han envejecido en los campamentos defendiendo al país y en quienes el tumulto de tantas guerras habia hecho menos familiares las santas prácticas de la religion, quieren y reclaman hoy para sus hijos y nietos una educacion cristiana, y mezclando sus recuerdos gloriosos con sus lecciones de virtud, se complacen en repetir que el emperador tenia sentimientos religiosos y despreciaba á los impios.

Si por cierto, digno es de aquellos en cuyas manos descansa el gobierno de los pueblos, empresa digna es tambien de un príncipe sábio y previsor, hacer de la educacion de la juventud el objeto de sus mas solícitos desvelos.

Para unos y otros es un deber, cuyo cumplimiento reclaman la sociedad y la familia, demandando una *intervencion tutelar*, que no se convierta nunca en opresion, porque seria funesta.

Despues de haber meditado estas cosas, no me admiro al leer lo que los mayores genios de la antigüedad han escrito sobre los deberes impuestos en esta grave materia á los legisladores y á los jefes de las naciones. Repetiré sus bellas palabras porque á todos importa meditar sobre ellas, y no es indigno de un obispo repetirlas á los que están llamados á decidir con frecuencia en asunto de tan vital interés para el porvenir del país. Además, es preciso probar á las futuras generaciones, que si perece la educacion en nuestra patria, y que si el país perece por falta de educacion —no lo permitirá Dios que lo proteja—no es porque nosotros los católicos hayamos desconocido la alta importancia de una educacion verdaderamente nacional.

«El legislador, dice Platon, no debe relegar al último ni aun al segundo término de sus planes la educacion: tenga presente que si las generaciones se educan en la práctica de la virtud, el bajel del Estado no vacila; pero que si... Me detengo; no quiero asustar á los que, en un Estado naciente, temiesen siniestros presagios (1).

»El magistrado que dirija la educacion, prosigue el mismo filósofo, no debe de tener menos de cincuenta años; el hombre elegido para este

(1) Platon, *leyes*.

puesto y los que le elijan deben saber que este encargo es una de las mas nobles y sagradas funciones del Estado.» Hé aquí porque Ciceron no vacila en afirmar *que el mejor uso de la sabiduria de los ancianos es la educacion de la juventud.*

En verdad que despues de tan graves palabras , me creo autorizado para decir que el ministro de la educacion en un gran pueblo ejerce el mas elevado destino social á que nada iguala en importancia. Para mí seria muy sábia y previsora la nacion que lo sustragese á las luchas políticas, colocándole en una region superior á las tempestades. Quisiera yo, como Platon, que dispusiera de todo el poder y toda la experiencia que dan los años, y que su cargo fuera la magistratura mas elevada de mi pais.

Un digno miembro de nuestras asambleas legislativas , me ha precedido en este pensamiento al decir:

«Quisiera que, sin sustraerse á la superior vigilancia del Estado el jefe de esta administracion, no fuese lo que llamamos un personaje político, uno de esos que entran y salen, que aparecen y desaparecen á cada cambio de gabinete. En efecto, si existe una administracion cuyo jefe deba aparecer superior á la esfera en la que se agitan esas intrigas que con tanta frecuencia tenemos que deplorar y que, no ha muchos dias, hemos presenciado por todas partes, es sobre todo la que tiene á su cargo la alta y noble mision de formar el espíritu de la juventud (1).

»Si fuese llamado algun dia á los consejos de la Corona, sostendria que es preciso tolerar muchas cosas en el estado siempre enfermizo de nuestras viejas sociedades, pero la mala educacion de la juventud jamás.»

Preciso es ser indulgente en extremo con todas las opiniones políticas, y en épocas borrascosas la indulgencia no es tan solo un acto de prudencia, sino de justicia. Necesario es olvidar lo pasado, perdonar mucho y reconciliar los ánimos. Tener paz en el interior por medio del imperio de la ley, y saberla conservar honrosamente en el exterior, hé aquí la tarea de una inteligencia superior.

La paz es mejor que la gloria y mas dulce que todos los frutos de la conquista; pero en la calma de un glorioso descanso, debe atenderse antes que todo á la buena educacion de la juventud, que crece y se multiplica en el patrio suelo á la sombra benéfica de la paz, porque de lo contrario, triste es decirlo, seria preferible la guerra, que ro-

(1) Mr. de Sade.

bustece las almas, que las arranca á la molicie, que engendra el valor y las acciones desinteresadas y generosas, que hace fuertes á los pueblos y dá al menos las virtudes viriles y guerras.

Repasando las lecciones que nos ofrece la historia, se encuentran hechos que no pueden menos de impresionar al hombre observador, y que demuestran la alta, la inmensa influencia de la educacion moral en el destino de los pueblos.

Entre los romanos, en los tiempos de la república, la instruccion fué débil sin duda alguna; se sabia poco: la educacion moral sin embargo era fuerte, se aprendia á trabajar y á sufrir y la república marchó á conquistar el mundo.

Conquistado el mundo bajo el Imperio, fué propagándose la instruccion; pero la educacion decaia y se afeminaba, y el Imperio cayó.

En la edad media la instruccion era rara, pero en el fondo, en la esencia del orden social encontrábase una educacion fuerte, y aquella época produjo grandes resultados.

Hoy entre nosotros, la educacion parece fuerte y en realidad es débil, el pais sufre y se queja y en eso consiste, compréndase bien de una vez, el secreto del espantoso malestar que nos mina y consume y que nadie pone en duda.

Lo repito, felizmente siempre se está á tiempo para regenerar una nacion y salvar al género humano, y hay un problema histórico que me propongo plantear, estudiarlo, y, si Dios quiere, resolverlo algun dia, y es el siguiente: *averiguar si por una ley providencial y moral, puede acontecer alguna vez que los pueblos perezcan por otra causa que por la falta de educacion.*

¿Y qué ha de hacerse para salvar la patria? Dar á la juventud una buena educacion; hacer que nuestra educacion sea nacional y verdaderamente digna del pais.

*La educacion nacional* es una palabra que corre en boca de todos, pero cuyo sentido no se ha fijado aun de un modo exacto. Por lo que á mí toca me complazco en extremo de que se me ofrezca la ocasion de explicarme con franqueza. Considero como un deber sagrado del maestro el educar á los niños en el amor á su patria y en el respeto á las leyes, el inspirarles interés por cuanto á ella se refiere y toda la abnegacion necesaria para su gloria. Miraria como un mal grave no digo solamente ahogar, sino alterar, directa ó indirectamente estos nobles sentimientos en el corazon de la juventud.

Hé aquí desde luego, á nuestro modo de ver, en qué sentido la

educacion debe ser nacional, y creemos no necesitar lecciones de nadie sobre esta materia: en nadie reconocemos el derecho de proclamarse mas competente que nosotros para tratar estas cuestiones, y poseidos de tales ideas trabajaremos, segun nos lo permitan nuestras fuerzas, en formar una juventud digna del pais.

El amor á la patria será siempre para nosotros un deber inviolable y sagrado: los principios del Evangelio y los ejemplos de nuestro Señor Jesucristo nos imponen respecto á esto graves obligaciones que no olvidaremos nunca. Así, no solo cuando la patria nos trata con distincion y confianza, ó al menos con imparcial equidad, debemos honrarla y amarla, sino que aunque viviéramos oscuros y desgraciados, aun cuando llegásemos á ser víctimas de la injusticia, le deberiamos y dispensariamos siempre nuestra gratitud, amor y respeto, porque al fin la patria nos educó en la infancia, nos sostiene, sale al encuentro de nuestras necesidades y vela por nuestra seguridad; sus fronteras son las que nos guardan y protegen y su suelo el que nos alimenta. Arrojadnos á otras tierras estrañas, no por eso habiamos de olvidarla, y enseñariamos á sus hijos á que la amasen y respetaran.

Vuelvo á decirlo: el deber sagrado de los maestros de la juventud, sin distincion de tiempos ni lugares, consiste en educarla en el amor á la patria, inspirarle interés por su gloria y abnegacion completa en cuanto á ella toca.

Este es ante todo el sentido en que la *educacion debe ser nacional*:

Si mis convicciones están profundamente arraigadas en este punto, hay otro en el cual no lo están menos, á saber: que la educacion no debe ser *política*. Un escritor contemporáneo nos dice:

*No se habla á los niños de política sino cuando se trata de estraviarlos. Dejemos obrar en esta parte á la religion cristiana, la cual les dá la única leccion de política adecuada á su edad cuando les enseña á amar, á respetar y á obedecer.*

Estas palabras son de un filósofo cristiano y verdaderamente dignas de la sabiduria evangélica: hé aqui los grandes principios, estos son los sentimientos, los hábitos y las costumbres sociales que es preciso desde luego enseñar á los niños y en los que el amor ilustrado de la patria exige que se eduquen. Asi es como se logrará inspirar á la juventud el respeto y la obediencia á las leyes y á las instituciones del pais sin ofrecerse el peligroso espectáculo de los disturbios políticos.

¡Imposible parece! ¡Los padres no han sabido comprender estas verdades! En ese campo de ardiente controversia, la sabiduria y la experiencia no han podido aun traer la luz y conciliar opiniones é intere-

reses contrarios. ¿Y habria por ventura maestros tan imprudentes que impeliesen á la juventud hácia la arena de las contiendas políticas y que se complaciesen en escitar de esta manera en las tiernas almas una turbacion profunda acaso sin término? ¡No, no; seria esto olvidarse de lo que se debe á Dios, á la familia, al niño y á la patria misma!

Es, pues, necesario si se quiere que la educacion de la juventud sea verdaderamente nacional, que se la coloque en una region literaria, moral y religiosa tan elevada y por lo mismo tan pura y tranquila á donde no lleguen nunca los tristes ecos de nuestras querellas políticas.

La patria es la familia; ¿quién ha oido nunca que debiera iniciarse al niño en las tristes disensiones que dividen al padre, á la madre á los hermanos y á las hermanas que antes que él vinieron al mundo? Eso seria una inmoralidad, seria complacerse en marchitar su alma cuando empieza á desenvolverse.

No, no; es preciso que los hijos de la patria se eduquen en una feliz ignorancia de todo lo que irrita y divide. Demasiado pronto por desgracia participarán de esas luchas: dichosos al menos si cuando les llegue el turno de ocupar un puesto en el mundo y desempeñar su papel, encuentran estinguidos los odios, calmadas las irritaciones y la paz en vísperas de restablecerse. No dejarán de contribuir á restablecerla si han recibido la educacion conveniente. Nunca fué tan necesaria una elevada educacion como en un pais tan agobiado por largas revoluciones, porque es el único medio de abrir un camino para salir de ellas.

La educacion verdaderamente nacional es la que hace á la juventud superior á las agitaciones políticas, la que forma hombres tan distinguidos por el carácter, tan nobles por el espíritu, de corazon tan generoso, tan independiente por la elevacion de sus principios que al aparecer en el mundo se muestren equitativos, tolerantes con todos sin distincion de partidos y que no rehusen jamas á nadie, bajo pretesto alguno, la verdad, la caridad, la justicia y una libertad bien entendida. Tiempo hace ya, que entre nosotros los hombres de Estado mas notables se han visto en la necesidad de proclamar estos principios.

*Guardémonos, señores, decia M. Thiers en 1844, de confundir así la ciencia con la política, perturbando lo uno con lo otro, y de exponer la juventud á las convulsiones que nos agitan. No llevemos tan cerca de ese volcan el apacible asilo que encierra nuestros mas caros objetos, es decir, nuestros hijos.*

Ademas basta una sencilla observacion para desvanecer las preocupaciones, que hombres impacientes y poco ilustrados pudieran conser-

var en el particular. La educación ejerce su influjo desde los diez hasta los diez y seis, diez y ocho ó diez y nueve años, y esta época de la vida y la indole misma de los estudios que en ella se hacen, son naturalmente estraños á la política. Para interesar en ella á los niños sería preciso violentar su edad y naturaleza, en lo cual no podrá menos de convenir el que haya estudiado á la juventud, pues en esta edad no se forman las *opiniones*, sino los *hábitos*, las *costumbres*, es decir, las virtudes ó los vicios.

A este propósito recordaré las graves y bellas palabras de M. de Barante que exhalan dulce y noble aroma de verdad y de virtud.

«Señores, no es esta la época de la vida en que el entendimiento humano busca un rumbo fijo, en que el jóven piensa en afiliarse á los partidos políticos; lo que conviene al niño, son las costumbres morales, las prácticas piadosas, el respeto á lo que merece ser respetado; hé aqui lo que entonces debe arraigarse en su alma, menos por la enseñanza que por la influencia de cuanto le rodea, procurando desarrollar en él una especie de instinto de moralidad que se asocia á las afecciones y recuerdos de familia.

»Si la primera educación, prosigue M. de Barante, ha sido buena, moral y saludable, no se pierde y aparece de nuevo cuando pasa la edad de las pasiones y de los arrebatos de la imaginacion; asi que el padre de familia evoca á menudo los recuerdos olvidados durante su juventud.»

Inspírese, pues, al niño por medio de la educación el amor al pais, el respeto á los padres, la perseverancia en el trabajo y una religion sincera; consérvese su inocencia y se habrá hecho por la sociedad política cuanto esta tiene derecho á exigir y cuanto puede esperar. Hé aquí la verdad: todo lo demas es un error.

Platon expresa las mismas ideas al decir: «Conservad la buena educación que forma el carácter que hace á los hombres mejores ciudadanos que los que les han precedido.» Pero no se trata de hacer del niño el ciudadano sino el hombre, que el hombre honrado será el ciudadano perfecto. Por eso añadía: «¡Qué grandes bienes no resultan al Estado de la buena educación de la juventud! Los jóvenes bien educados serán algun dia hombres excelentes y como tales se conducirán siempre.

»Todo depende del primer impulso. Si este es bueno el Estado se engrandecerá incesantemente... (1)

No, no; los maestros de la juventud, sean lo que fueren, no tienen

(1) Platon, Rep. lib. 4, tomo IX, p. 201,

otros deberes que cumplir que los ya indicados; y el clero será *el sublime conservador del orden público si prepara las nuevas generaciones á la práctica de todas las virtudes; porque hay menos distancia de la que parece de las virtudes privadas á las públicas, y el buen cristiano es sin trabajo honrado ciudadano*. Me complazco en repetir estas bellas palabras del conde de Molé, fiel trasunto de las ideas de Platon ennoblecidas y elevadas por la inspiracion francesa y cristiana.

La educacion debe ser *nacional*, ha de encaminarse á desarrollar en los niños el amor patrio; pero *no debe ser política*, antes por el contrario, ha de dejarles en completa ignorancia, ó al menos ha de tenerlos apartados de las funestas contiendas, de los tristes debates de los partidos. Y no basta esto; *nacional en el fondo*, debe ser tambien la educacion *nacional en la forma*, si me es permitida esta espresion.

Cada nacion tiene una fisonomia característica que la distingue de las demás y que debe manifestarse en la educacion; ó para espresar mi idea con la mayor sencillez y claridad posibles diré: el francés, por ejemplo, no debe educarse como el alemán, el español ó el italiano; su educacion debe ser completamente francesa, resaltando en ella la noble y elevada fisonomia de la patria.

Solo en este sentido puede admitirse como cierto y razonable el principio de que *la juventud ha de amoldarse á la efigie de la nacion*.

Al decir que la educacion nacional debe inspirar al niño ó conservar en él la fisonomia noble y elevada de su patria, no quiero de ninguna manera dar á entender que deba inspirarle desprecio al género humano y á las demas naciones; tampoco que deba amoldarse servilmente á la efigie de la nacion en donde ha nacido; ni mucho menos es mi ánimo sentar el principio de que deba reproducir los rasgos de una época sea la que fuere, con la exactitud de una copia. Nada admito en ella de exclusivo y mezquino, antes por el contrario, á mi ver ha de ser amplia, elevada, robusta, de modo que tenga en ella cabida todo lo que hay de verdadero, noble y grande sin distincion de tiempos ni de lugares: debe prestarse fácilmente á todos los adelantamientos y á todos los progresos del porvenir.

Nada sería tan funesto como una educacion que para ser nacional resucitase el mezquino y bárbaro patriotismo de las repúblicas de la antigüedad. En nuestros dias y conforme á la ley del cristianismo, el hombre digno de su época y de su pais ha de ser de todos los paises y de todas las épocas.

Fenelon participaba de la misma opinion y era tan buen francés como el primero. *Amo á mi patria mas que á mi familia*, decia, lo cual de

seguro no podrán decirlo muchos de los que hacen alarde de amor patrio, y añadía: *Amo á la humanidad mas que á mi patria*, sin que fuera su ánimo dispensarse del amor á sus vecinos por tener la dicha de amar á los tártaros.

¿Qué es pues lo que Fenelon queria dar á entender con sus palabras? Que hay á veces una abnegacion superior á la del patriotismo; que la caridad católica abraza en su ardiente expansion á la humanidad entera, y tiende á formar de todos los pueblos esparcidos por la redondez de la tierra—lo que fuera del cristianismo no puede ser mas que una utopia—lá gran familia humana fundada en el sublime y profundo principio de la fraternidad cristiana.

Y no se crea que la patria se perjudique por el alejamiento de los que se entregan, llevados de generoso impulso, á remediar las necesidades de la humanidad entera; lejos de eso acrece su gloria. El nombre francés debe su poder en Oriente y la grandeza que conserva aun en los desiertos de América, á los heroicos actos de abnegacion de nuestros misioneros y capitanes.

La educacion nacional no escluye el amor á la humanidad, ni debe *inspirar menosprecio hácia las naciones estrangeras*, porque esto seria muy ruin y miserable. Cada nacion tiene sus buenas cualidades, asi como sus defectos; no imitemos estos últimos; mas ¿por qué no hemos de elogiar sus buenas cualidades? ¿Por qué no hemos de introducir lentamente en nuestras costumbres por medio de la educacion, lo que hay de bueno, de útil, de vigoroso y grande en el carácter, en la literatura y en las costumbres de las demas naciones?

Alemania nos ofrece el ejemplo del trabajo asiduo, infatigable y profundo.

Inglaterra el del carácter formal y de la firmeza en sus designios.

España ha tenido sus glorias; Italia conservará siempre las suyas.

Guardémonos pues, lo repetimos, de despreciar á los demás, de desdeñar todo lo que no es nuestro.

Los que nos desdeñan y menosprecian son injustos para con nosotros; no lo seamos con nadie, mostrémonos mas generosos.

He dicho *que la educacion nacional no debe adaptarse á la imagen de una época limitada*; y he aqui las razones en que me fundo.

Las diversas épocas, las diversas fases de un siglo son falibles; están bajo el dominio del hombre y sujetas á sus caprichos, á su volubilidad y á sus pasiones; unas veces son gloriosas y otras van envueltas en la ignominia. Solo por los esfuerzos de un siglo pueden sobrevivir el buen

sentido y la virtud y llegar á dominar en una nacion, los extravíos y las debilidades de épocas diversas.

Por una de las leyes providenciales del mundo las épocas pasajeras están sujetas á todos los errores del hombre, el cual influye en ellas casi arbitrariamente; pero los siglos tan solo pertenecen á Dios que les reserva el triunfo de la verdad y la justicia.

No debe pues modelarse la educacion nacional á una época limitada, porque se la reduciria á miserables proporciones; porque se destruiria todo progreso intelectual y moral impidiendo á la vez los medios de reparar nuestros errores; porque equivaldria á sentar el principio de que hemos llegado ya al último limite de la perfeccion.

No quisiera tampoco que la educacion nacional fuese la reproduccion servil en todo del genio de la nacion, porque como hemos dicho, cada nacion tiene sus cualidades y sus defectos, y la educacion verdaderamente nacional debe encaminarse á corregir los defectos de la nacion y á desarrollar sus buenas cualidades en el niño.

La educacion será verdaderamente nacional cuando forme del país la primera nacion del mundo, elevándola sobre todas las que le son rivales, desarrollando sus grandes y heroicas cualidades y convirtiéndolo en provecho suyo hasta sus mismos defectos.

Mas para esto es preciso traspasar los reducidos limites de una época: deben olvidarse las antiguas discordias, los rencores de partido y las mezquinas rivalidades. Para que la educacion de la juventud haga revivir en sus hijos la bella y noble fisonomía de la patria, es necesario que aprecie, con independendia é imparcialidad, en todas las épocas, en todos los siglos y en todas las fases de la historia nacional lo que el consentimiento de los siglos, el juicio de las naciones extranjeras, y el fallo de la historia designan como verdaderamente nacional.

Hé aqui lo que debe grabarse en el corazon de nuestra juventud; hé aqui los elementos de su alma y de su vida, lo que debe constituir el fondo inmutable y la forma brillante y pura de su educacion intelectual, moral y religiosa.....

Puede renunciarse á la esperanza de sanar á un individuo que nace raquítico ó contrahecho; pero no se debe desesperar jamás de una nacion, porque no pueden ser raquíticos todos los individuos que la componen.

Dios no la maldice, á menos que ella lo quiera obstinadamente, lo cual no sucede nunca.

¿Pero qué es lo que ha de hacer? Una sola cosa que es suficiente á pesar de sus desgracias, extravíos ó faltas: dejarse educar.

Suele suceder, sin embargo, que los pueblos rechazan lo que podría salvarlos, porque hay en ellos dos instintos contrarios, uno que los induce á invocar el auxilio de Dios, y otro á no admitirlo por temor de que sea demasiado eficaz.

Los pueblos se asustan por lo comun al oír la voz de regeneracion y procuran alejar de si á los regeneradores, como lo demuestra la experiencia en todas las épocas. Una generacion en la que los unos saben poco y los otros saben á medias, en donde tantas facultades se reducen á la nulidad ó á la depravacion que es peor aun, donde tantas inteligencias privilegiadas se pierden, y donde los mejores talentos han defraudado las esperanzas que en su principio hicieron concebir; semejante generacion se decide con gran dificultad, y acaso no se decida nunca, á educar bien á la juventud que debe reemplazarla.

Y esto se concibe fácilmente: no se comprende la obra que se ha de ejecutar; el lenguaje mismo de la educacion se envilece; las nociones mas sencillas se desfiguran, y las mas exactas y determinadas se confunden. Porque se temen no se quiere jóvenes de carácter elevado, de conciencia firme y de religion sincera. Por otra parte, la sociedad y la familia no quieren jóvenes sin respeto, sin fé y sin costumbres; y no sabiendo cómo proceder se vá de mal en peor, y hé aquí descubierto el secreto de tantas dificultades inesplicables y de tan insufribles emociones. Por eso estando conformes en la teoria no podemos avenirnos en la práctica, porque nos tememos mutuamente....

La historia ha revelado en la triste y solemne sucesion de los tiempos una enseñanza que voy á indicar. La sabiduria es mas poderosa que el génio para dirigir la educacion de la juventud, y por su medio la regeneracion de los pueblos; la probidad y el buen sentido valen mas aun que las ciencias y las letras para el desarrollo de las facultades intelectuales en la juventud.

Cuéntanse en los fastos de la historia de las naciones tres grandes siglos cuyo esplendor domina aun é ilustra al género humano, y en esas tres grandes épocas los hombres de genio han venido despues de los sábios, y despues de los hombres de genio los sofistas. La sabiduria, la sencillez y la virtud han precedido al genio y á la gloria; despues han venido la vanidad, la presuncion y la mentira, y por último las revoluciones y los desastres.

Al hacer estas reflexiones se oprime mi corazon, me dá lástima esa decadencia de la humanidad, y me afligen infortunios tan grandes é irreparables.

Por tres veces se ha elevado el género humano hasta el esplendor

del genio, hasta la verdadera gloria, y otras tantas ha sucumbido por su impotencia. El peso de tamaña fortuna era superior á sus fuerzas, y despues de sostenerlo por breves instantes empezó á flaquear legando por fin á la posteridad el espectáculo de sus desastres.

Un gran siglo se presenta desde luego á mi vista, preparado por siete sábios. Pericles le dió nombre, y este siglo de inmortal recuerdo no supo dejar por herencia á la Grecia mas que el sofisma y la mentira, de suerte que el Partenon solo ha quedado en pié hasta nuestros dias para contemplar una série de debilidades y miserias que la pluma se resiste á expresar.

Llega Augusto con el cortejo de los hombres de genio; pero le habian ya precedido los sábios Lelio, Escipion, Terencio, Ennio, los Catones y tantos otros, que habian dado lecciones de probidad y de virtud.

Pero despues de Augusto viene un Tiberio, despues un Claudio imbécil; y á no llegar el pescador de Galilea á sentar su planta en la cima del Vaticano, el pueblo rey hubiera sido presa para siempre de las naciones bárbaras, y la ciudad eterna hubiera desaparecido de la tierra. (Dupanloup.)

**NARRACIONES.** No hay cosa mas á propósito para interrumpir la monotonia de las lecciones, hacer agradable el estudio y formar el corazon de los niños, que las historietas mas ó menos extensas que el maestro les refiere, les lee ó les hace leer. Si cuando el niño sabe leer con expresion y sentido se pone en sus manos una coleccion de narraciones acomodada á su edad, no solo aprovechará la lectura para la educacion moral, sino que se considerará como un placer, como una recompensa, cuya privacion podrá servir de castigo.

Es preciso leer ya con desembarazo, porque de otro modo absorvida la atencion por las dificultades materiales de la lectura, no es posible fijarse bien en el sentido de las frases, se deja escapar el enlace de los hechos, cuando se está en el segundo renglon se ha olvidado el primero, se hacen vanos esfuerzos para comprender, y el que lee se fatiga inútilmente y fatiga á los que le escuchan. Cuando la inteligencia de los niños no está suficientemente formada, leen sin fruto, no retienen sino palabras, no comprenden el sentido de las reflexiones del maestro, y no saben contestar á las preguntas que se les hace sobre lo que han leído, á no ser que lean ó se les refiera únicamente historietas pueriles, que les agradan por un momento, pero que les hastian al instante sin dejar en su espiritu vestigio alguno.

Pero desde que el niño lee con soltura y con alguna inteligencia son muy útiles las narraciones instructivas acomodadas á su edad, clasificadas con método para facilitar el trabajo del maestro en la educacion moral.

En las escuelas alemanas están muy en uso las historietas ó narraciones para instruir á los niños, inventadas por el maestro para poner á su alcance alguna verdad moral. En las nuestras, ya por su organizacion, ya por otras causas, no es posible ni conveniente apelar á este medio de educacion sino en circunstancias especiales. Solo en las escuelas de párvulos puede hacerse uso con frecuencia de las historietas y narraciones tanto para la educacion como para la enseñanza.

No por eso diremos que deben desterrarse totalmente de las escuelas elementales, sino que se usen con parsimonia conforme á los consejos de Overberg que hemos expuesto en el artículo EJEMPLOS. Tampoco pudiera ser otra cosa, porque ni los maestros ni los discipulos de estas escuelas pueden fijarse largo tiempo en esas eternas historias en las cuales se refieren los hechos comunes de la vida, á la altura de los niños, por decirlo así, y en que no se trata sino de niños y niñas. No hay profesor alguno que pueda resistir por muchas horas encerrado en el estrecho círculo de narraciones insípidas y preguntas enojosas. Es preciso elevar la inteligencia del niño para que conozca y aprecie las cosas de la vida humana sin detenerlo demasiado tiempo en las cosas de la vida infantil. Tampoco debe fatigarse á los niños, por mas que diga Overberg, con eternas preguntas cuya respuesta se ha previsto ya de antemano. La manía de interrogar, por otra parte, ofrece á veces graves inconvenientes, además del de perder el tiempo, lo cual se demuestra por lo mismo que dice Overberg. Hé aquí como aconseja que se enseñe una de las historias mas bellas y admirables que nos han trasmitido los libros sagrados, la de José.

«Supongamos, Cárlos, que mientras que tus hermanos se ocupan en hacer leña en un bosque apartado del pueblo, te envia tu padre á verlos. Al momento que te divisan dice uno de ellos: Cárlos viene, matémosle. — No, dice otro; no derramemos sangre; allí hay un grande agujero abierto para cazar zorras, arrojémosle dentro y morirá de hambre. Cogerémos su gorra, la sumergirémos en el agua, y la llevaremos á casa diciendo que acaso se haya ahogado. — Y cuando te acercas á ellos te arrojan en el hoyo y se ponen luego á beber y divertirse. — ¿Qué impresion te haria esta conducta de tus hermanos? ¿qué pensarias? etc.»

Todo esto, que hemos abreviado mucho, es evidentemente detes-

table. En primer lugar, no debe atribuirse acciones criminales é infames, ni por suposicion, á personas conocidas del niño. No debe decirsele jamás, por ejemplo: ¿si tu padre fuese un malvado le amarías? Menos debe suponerse ni aun por juego que los individuos de su familia sean capaces de intentar nada malo contra él. No debe darse lugar á que el niño al volver á su casa pueda decir á los padres que le ha preguntado el maestro que qué pensaria si sus hermanos tratasen de asesinarle. Ademas, presentar un fratricida como una cosa, por decirlo así, comun, que puede ocurrir con frecuencia, ¿no equivale á atenuar el horror que debe inspirar? ¿No es esto familiarizar la imaginacion de los niños con la idea del crimen, en lugar de presentarla como una cosa rara, escepcional y monstruosa? ¿No es esto corromper los corazones con la mas sana intencion? ¡Hé aquí á qué conducen los métodos de enseñanza que se apartan del natural y ordinario y que se presentan como un adelanto cuando en realidad son un verdadero retroceso! Hay en las escuelas alemanas muchas cosas excelentes que importa conocer, pero es preciso estar alerta contra la ciega admiracion de todo y la imitacion de lo que, aunque bueno en sí mismo, no pueda aplicarse provechosamente entre nosotros.

Recomendamos sin reserva alguna otras reflexiones de Overberg sobre el particular que son muy oportunas, como por ejemplo:

«Despues de referir una buena accion conviene dar á conocer las consecuencias que ha tenido para su autor, pero sin presentar sino rara vez grandes ventajas temporales como consecuencia inmediata de loables acciones ó sentimientos generosos; porque se llenaria la imaginacion de los niños de esperanzas quiméricas y de malos deseos ó por lo menos se les haria apreciar menos la existencia modesta en que deben buscar su felicidad.

Debe tambien hacerse ver á los discípulos otros resultados necesarios de la buena conducta, como son: la paz interior, la satisfaccion de la conciencia, el favor divino, la salud del cuerpo y del alma, la posibilidad de mostrarse reconocidos á sus padres y bienhechores.

No debe referirse, aunque pueda suceder, que un aldeano ha llegado á ser rico y poderoso y á habitar un palacio magnifico, á menos que se añada que era menos dichoso en sus dorados salones que lo hubiera sido en su pobre morada.»

Tiene razon el piadoso autor. Debe acostumbrarse muy pronto á los niños á no admirar, á no amar sino lo que sea digno de nuestra admiracion y nuestro amor, la virtud y la sabiduria. La educacion que excita la avaricia y el orgullo y que bajo pretexto de promover

la emulacion presenta á los niños para el porvenir las palmas doradas de la riqueza y los honores, es una educacion corruptora.

Por fin, Dios de quien emana la moral, no quiere solo que se comprenda y practique sino que se ame, á fin de que, como dice el Evangelio, donde está nuestro verdadero tesoro esté tambien nuestro corazon. Por eso debe enseñarse la moral de manera que las verdades que se dirigen á la inteligencia como preceptos, penetren tambien en el corazon como sentimientos.

De aquí se infiere que para instruir á los niños en la moral, el mejor medio es el ejemplo, primero en nuestra propia conducta, como leccion viva, y despues en la narracion de hechos que excitando la curiosidad influyan en el alma, y que elegidos y referidos de una manera conveniente no den lugar á la estéril admiracion, sino á la provechosa imitacion.

No podemos expresar mejor el efecto producido en la juventud por los buenos ejemplos, que trascribiendo de un antiguo escritor las siguientes palabras: «Rodeado de las imágenes morales y viviendo en ellas como en una atmósfera pura y serena, penetrarán las impresiones que produzcan hasta el fondo del alma y se acostumbrará el niño á reproducirlas en sus acciones y en sus hábitos. Alimentada de estas divinas semillas se someterá siempre con placer á la voz de la razon y la virtud, porque se le presentará siempre bajo rasgos conocidos y familiares, y se espantará al aspecto del vicio, porque no reconocerá en él el augusto sello grabado en su corazon.»

**NATAACION.** (*Gimnástica.*) La nataacion es uno de los ejercicios importantes en educacion, porque influye provechosamente en el cuerpo conservando la salud, dando agilidad y desarrollando las fuerzas.

Los principios de la nataacion pueden demostrarse y aprenderse fuera del agua como cualquier otro ejercicio gimnástico. Hé aquí lo que sobre este asunto dice M. Bezard en una memoria muy curiosa: «Parecerá extraño á primera vista que se cuente la nataacion en el número de los ejercicios que deban enseñarse en los liceos, y esta extrañeza subirá de punto al saber que en ellos se practica mas fuera del agua que en el agua. Y, no se crea que esto sea una innovacion; pues ninguna de las partes de la gimnasia se enseña con mas método que esta en los colegios militares. Cada uno de los tiempos en que se divide es objeto de estudio especial: dándose principio por la educacion de los brazos se pasa despues á la de las piernas, en seguida se coordinan las contracciones de cada brazo con las de la pierna correspondiente, y por fin descansando

el alumno sobre el vientre en un caballete, ejecuta con sus cuatro extremidades á la vez los movimientos natatorios. Confieso que á primera vista me pareció que no podia inspirar gran confianza en su resultado esta manera de nadar *por medio de razones demostrativas*, y mucho me temia que, una vez en el agua, el nadador presunto no se hallase muy seguro en tal elemento; pero hecha la prueba, el resultado fue altamente satisfactorio. Treinta y seis oficiales que no habian nadado *sino en seco* fueron á ensayarse á orillas del Marne; no estaban muy seguros de su habilidad, pero se arrojaron al rio y diez y nueve de ellos nadaron al instante y los demas al segundo dia de prueba.

La facultad de moverse en el agua no es natural en el hombre como en la mayor parte de los animales y por eso no nada instintivamente. La organizacion de su cuerpo no es á propósito para ese género de movimiento, pues no le conviene la posicion horizontal sino para el descanso: su peso específico le hace sumergirse en el líquido donde no puede respirar, y ademas su inteligencia le revela peligros cuyo temor basta á paralizar sus fuerzas. Es preciso pues que aprenda á familiarizarse con el agua y á dominar todos los obstáculos que se oponen á la natacion. Hay varios métodos para facilitar este aprendizaje. Unos emplean sucesivamente con este objeto una haz de mimbre en la cual se apoya el pecho, dos vejigas llenas de aire ó grandes pedazos de corcho sujetos al rededor del cuerpo con un cordon; otros desaprueban el uso de estos medios auxiliares, que tienen sin embargo la ventaja de que al mismo tiempo que sostienen el cuerpo dejan al principiante libertad bastante para ejercitar sus miembros y acostumbrarse á los movimientos indispensables de la natacion, y lo único que debe evitarse es que no infundan tal confianza que se crea que no hay riesgo en internarse en el agua, porque pueden desprenderse del cuerpo por cualquier evento.

He aquí algunos consejos tomados de los escritos del célebre Franklin, sobre el particular. El único obstáculo que se opone á los progresos en el arte tan útil de la natacion, es el miedo y solo dominándolo sabremos observar las siguientes instrucciones. Es muy comun en los novicios en el arte de nadar, servirse de auxilios de diferentes clases, á fin de ayudar al cuerpo á flotar en el agua; pero no se llegará á nadar bien sino cuando se haya adquirido el convencimiento de que el agua puede sostenernos, conviccion que se adquiere por un medio cuya utilidad ha comprobado mas de una vez la experiencia. Este medio es el siguiente:

Escojamos un sitio en que vaya aumentando gradualmente la profundidad del agua; internémonos con calma hasta que nos llegue á la altu-

ra del pecho; volvámonos entonces hácia la orilla, arrojaremos un huevo al agua en paraje bastante profundo para no poder sacarlo sin zambullirnos, se irá naturalmente á fondo y le podremos distinguir con facilidad si el agua está clara. Para animarnos á cogerlo, no hay mas que reflexionar que pasamos de una profundidad á otra menor y que siempre estamos á tiempo de sacar la cabeza fuera del agua, pues para esto no hay mas que bajar las piernas y apoyarlas en el fondo; es preciso zambullirse con los ojos abiertos porque una vez en el agua seria difícil abrirlos, lo cual imposibilitaria que fuéramos en derechura á cojer el objeto que nos proponíamos. Al esforzarnos con las manos y los piés para alcanzar el objeto mencionado, advertiremos la tendencia del agua á levantarnos á la superficie y que la sumersion no es tan fácil como generalmente se cree, pues se necesita hacer fuerza para llegar hasta el fondo y cojer el huevo ú objeto en cuestion. De esta manera es como llegamos á convencernos del poder del agua para sostenernos en la superficie, y este convencimiento nos inspira gran confianza. Esforzándonos en contrarestar ese poder del agua aprenderemos la manera de manejar en ella los pies y las manos, medio del cual nos servimos despues al nadar para sostener la cabeza fuera del agua y para avanzar en ella.

Es muy conveniente ensayar este método, pues aunque seria muy fácil demostrar que se puede flotar largo tiempo con solo mantener libre la boca para respirar, sin embargo hasta que no hayamos adquirido esa confianza hija de la práctica, no se puede tener bastante presencia de ánimo para recordar la posicion y los consejos que se nos dieran sobre el particular; la sorpresa nos hace olvidarlo todo. Aprendamos pues á nadar como convendria que aprendiesen todos desde la juventud, pues cuanto mas diestros seamos en este ejercicio, tanta mas seguridad tendríamos, y libres del temor sentiríamos el placer que proporciona un ejercicio tan útil como agradable.

Pasemos ahora á hacer una ligera reseña de los diferentes modos de nadar, dejando para despues el completar lo que nos queda por decir respecto á esta materia con algunos preceptos y reglas de conducta sancionados por la experiencia.

*El braceo.* Consiste el braceo en imitar los movimientos de la rana y por eso se llama *nadar á lo rana*: puestos en el agua de manera que esta llegue á la altura de los hombros, se colocan los brazos junto al cuerpo reuniendo las palmas y los dedos de las manos menos el pulgar que sale fuera del agua, y se inclina ligeramente el pecho hácia delante manteniendo firme la cabeza. En el momento en que los pies abandonan

el suelo, reuniendo ambos talones haremos que toquen la parte superior del muslo y en seguida por medio de un movimiento simultáneo y violento empujaremos las manos hácia adelante y los piés hácia atrás. Los brazos se estienden á la altura del hombro, y las manos se separan abiertas, con los dedos unidos y describen una curva internándose un poco en el agua, volviendo inmediatamente despues á ocupar su posicion primitiva. Las piernas se estiran por medio de la proyeccion rápida y simultánea de los piés. Se repiten estos mismos movimientos con cierta regularidad y sin apresurarse: es necesario, como suele decirse, darse prisa lentamente.

*La plancha.* Esta manera de nadar es muy sencilla y útil pues proporciona el medio de descansar en el agua evitando al mismo tiempo el enredarse en las yerbas. Para ello se inclina poco á poco la espalda hácia atrás y luego se estienden el cuerpo y las piernas sobre la superficie del agua en línea recta, de modo que no sobresalga mas que el rostro, el pecho y las puntas de los piés; los brazos deben colocarse á los costados tocando al cuerpo. Para avanzar no hay mas que mover los brazos á manera de remos y al mismo tiempo los piés, como se ha explicado ya al tratar del braceo. Si se quisiera cambiar de postura y nadar boca abajo, es preciso echar una pierna fuera, abarcar el agua con la otra y volverse del lado de la pierna que coja el agua.

*Nadar de corte.* Preciso es hacer esfuerzos considerables para nadar de esta manera; pero de todos los métodos de locomocion acuática, este es el que proporciona mayor velocidad. Pongámonos boca abajo sacando del agua el brazo derecho extendido hácia delante, doblando las últimas falanges de los dedos de modo que forme la mano una especie de cavidad ó taza: ejecutemos á la vez con los piés un movimiento igual al indicado al hablar del braceo; sumergiendo la mano en el agua pasándola rápidamente á lo largo y cerca del pecho; para colocarla despues detrás del cuerpo. Cuando hayamos dado á esos movimientos del brazo derecho y de las piernas todo el brio y soltura necesarios y que el cuerpo haya comenzado á sumergirse en el agua, ejecutaremos con el brazo izquierdo lo que acabamos de indicar con respecto al derecho. Durante el movimiento alternativo de los brazos, el cuerpo se inclinará á la derecha cuando se extienda hácia adelante el brazo derecho, y á la izquierda cuando se extiende el izquierdo.

Los tres métodos de natacion que acabamos de enumerar son la base de todos los demás, que pueden variarse hasta lo infinito. Nos dimitaremos pues á indicar algunos más.

*Nadar á lo perro.* Es el modo de nadar mas sencillo y natural,

pues para ponerlo en práctica no hay mas que imitar los movimientos del perro, es decir, sacar alternativamente fuera del agua los pies y las manos, funcionando la mano derecha con el pié izquierdo y viceversa. La mano debe introducirse en el agua á manera de zarpa levantándola hácia fuera cuando se aproxime al pecho. Y así el nadador atrae y repele el agua con regularidad.

*Nadar de costado.* Ocasiones hay en que nos puede ser útil este modo de nadar, por ejemplo, cuando no queramos perder de vista la orilla del rio; con este objeto se inclina uno sobre el costado derecho ó sobre el izquierdo. Si se nadara por el primer sistema —el braceo— y se quisiera variar el movimiento y nadar de costado, no hay mas que volver la cabeza á la derecha apartando con brio el agua con la mano derecha, la que aproximaremos despues al pecho para seguir ejecutando el mismo movimiento. Cuando nos volvamos del lado derecho la mano izquierda es la que debe hacer el oficio de remo, funcionando los pies como de costumbre.

*Nadar con los brazos fuera del agua.* Es preciso para esto ejecutar los mismos movimientos que hemos indicado al hablar del primer método, inclinándonos sobre el costado izquierdo y sacando la mano derecha fuera del agua. Necesario es al mismo tiempo dar mayor fuerza impulsiva á las piernas para suplir la inaccion del brazo derecho que se halla fuera del agua, de la cual se sacará la mano izquierda por medio de movimientos contrarios. Es de alguna importancia ejercitarse en nadar de esta manera sin sostener al principio ningun peso con la mano que se halle fuera del agua; pero cuando hayamos adquirido alguna práctica, será muy útil cojer diferentes objetos cuyo peso y dificultad en llevarlos vayan siendo progresivamente mayores. Con este método llegan los buenos nadadores á poder atravesar un rio ó una grande extension de agua nadando con una sola mano y llevando en la otra sus vestidos ú otros objetos sin que estos toquen al agua.

*Zambullirse.* Si nos dedicásemos á la natacion sin otro objeto mas que divertirnos ó por convenir así á nuestra salud, no nos seria indispensable el aprender á zambullirnos en el agua; pero como el fin principal que debe proponerse todo el que trate de aprender á nadar es el poder salvar su vida ó la de alguno de sus semejantes en determinadas circunstancias, necesario será para conseguirlo contraer anticipadamente la costumbre de arrojarse al agua, sumergiéndose en lo mas profundo de ella sin asustarse ni aturdirse. Adquirida la costumbre, ya sea que nos caigamos por casualidad al agua, ó bien que se nos precipite en ella con algun fin siniestro, ó ya por último que volem

al socorro de alguno , es casi seguro que saldremos airosos del lance.

Para aprender á zambullirse debe buscarse un sitio donde el agua llegue á la altura de la rodilla y sentarse allí extendiendo los brazos á una persona que deberá colocarse de pié en frente de nosotros con las piernas abiertas , á fin de que las nuestras que mantendremos juntas puedan fácilmente colocarse entre las suyas , que nos sujete por las muñecas mientras que nos inclinamos hácia atrás , y que , cuando el agua nos haya cubierto el rostro, nos vuelva á colocar en la posicion primitiva. Este ejercicio debe repetirse hasta que con el auxilio de la expresada persona nos tumbemos y volvamos á levantarnos con facilidad.

Hé aqui otro medio de aprender á zambullirse. Entremos primero en el agua hasta que llegue esta á la cintura, y absorviendo la mayor cantidad de aire posible y deteniendo el aliento permaneceremos algunos segundos debajo del agua. Volvámonos á levantar y repitamos varias veces este mismo ejercicio , sin hacer caso del agua que pueda introducirsenos por las narices , la cual será en corta cantidad. Suele tambien introducirse alguna cantidad de agua por los oidos causando un poco de sordera y un zumbido desagradable , pero no nos puede perjudicar en manera alguna y cuando menos se piensa sale el líquido y el oido no experimenta ya aquella incomodidad. Cuando nos hayamos acostumbrado á contener el aliento y á sumergir la cabeza en el agua , podremos pasar á otro sitio mas profundo. Despues de haber nadado algunos instantes en la superficie , zambullamos primero la cabeza encorvando bruscamente el cuerpo y elevando las piernas; alarguemos los brazos y nademos en esta postura llegando hasta el fondo del agua , el cual alcanzaremos tanto mas pronto cuanto mas rápidos sean nuestros movimientos y cuanto mas se aproxime nuestra posicion á la perpendicular. Para volver á la superficie debemos mantenernos de pié bajo el agua é imitar con las piernas el movimiento que se ejecuta cuando se suben los peldaños de una escalera , practicando un movimiento análogo con los brazos que estarán pegados á lo largo del cuerpo , con la palma de la mano hácia el fondo del agua ; de este modo volveremos con presteza á la superficie. Cuando el sitio que hayamos escogido para zambullirnos tenga poca profundidad es muy fácil volver á la superficie , pues no hay mas que mantener el cuerpo reeto y tocando en el suelo con el pié tomar impulso. Algunos se zambullen en el agua introduciendo antes los piés y otros la cabeza primero , lo que se llama *dar primero el pié ó la cabeza.*

*Nadar entre dos aguas.* Para nadar entre dos aguas basta to-

mar una posición horizontal después de habernos sumergido y nadar por el método del braceo como si estuviéramos en la superficie del agua.

Ocurrirán ocasiones en que nos sea forzoso arrojarnos al agua vestidos, por lo que es preciso acostumbrarse á nadar con nuestros trajes, lo que aumenta las dificultades. Cuando hayamos adquirido alguna soltura en nadar, empezaremos por acostumbrarnos á echarnos al agua con pantalones y calzado, después con una chaqueta, un frac, haciendo así cada vez mayor el embarazo.

*Reglas de conducta.* Preciso es tener en cuenta para el ejercicio de la natacion la observancia de ciertas reglas y tomar algunas precauciones que la prudencia aconseja. Antes de entrar en el agua después de una larga carrera, es preciso esperar no tan solo á que cese la traspiracion del cuerpo, sino á que esté completamente seco. Lo mas conveniente es entrar de golpe, pues de esta manera se previene la accion ascendente de la sangre que podria producir dolores de cabeza, jaquecas, etc. No debemos vestirnos luego de salir del agua, sino cuando todas las partes del cuerpo estén perfectamente enjutas, y es tambien muy saludable dar un ligero paseo después de vestidos. Debemos abstenernos de bañarnos después de las tormentas, porque el agua se apropia entonces algunos miasmas mefíticos de los pantanos. Tambien es prudente abstenerse de la natacion cuando el sol está en toda su fuerza, siendo las horas mas á propósito para este ejercicio, ó por la mañana en ayunas ó mejor aun á la caída de la tarde. Las aguas corrientes, tales como las de los rios, son preferibles para el baño á las estrechamente encajonadas ó guarecidas por los árboles de ambas riberas. Debe escojerse, siempre que sea posible, un fondo llano y sin piedras, á fin de poder zambullirse sin lastimarse. Debe evitarse tambien el nadar entre juncos ó matorrales, pues se corre el riesgo de enredarse en ellos, y es un peligro este que los mas hábiles nadadores no pueden vencer.

Los nadadores se hallan expuestos á la contraccion muscular llamada *calambre* que imposibilita el ejercicio del miembro que ataca; pero no hay por eso motivo de alarma, pues con un poco de sangre fria es poco temible. Cuando el nadador se vé atacado de calambres en el pié ó en la pierna, deberá sacudirla con fuerza agitando el talon y levantando los pies hácia arriba; si esto fuera infructuoso es preciso tenderse boca arriba y dejarse llevar por la corriente, ó bien nadar con las manos hasta que se reciba auxilio. Si el calambre ataca solo una pierna, se nada con la otra, y si las dos están paralizadas es menester recurrir á los brazos. Lo importante es saber conservar siem-

pre la serenidad, porque el mas hábil nadador, si se deja dominar por el miedo, ó si se aturde, corre los mismos peligros que el que no sabe nadar.

(Beleze.)

**NATURALES (Ciencias).** Las nociones de ciencias naturales en las escuelas de primera enseñanza, por mas que asuste el nombre, están admitidas por las personas inteligentes que aprecian toda su importancia en la educacion. Lo único que hay que temer es el abuso; pero si se encierra el estudio en justos límites, si prescindiendo de lo que sea puramente científico, se concreta á los conocimientos de aplicacion comun en los usos de la vida y á hacer comprender en lo posible las bellezas y las curiosidades, asi como lo útil y lo dañoso de los objetos que nos rodean, todos los argumentos contra la extension del programa de las escuelas en este sentido son infundados. Y esta instruccion es menos útil bajo el punto de vista de la enseñanza que por la educacion estética é intelectual, moral y religiosa. En efecto, los conocimientos no solo constituyen un poder, sino que ennoblecen y elevan el alma al propio tiempo que nutren é ilustran la razon, y bien sabido es cuánto importa despertar la curiosidad de los niños y satisfacerla en cierta medida, no tanto para enriquecer la inteligencia con nociones variadas, cuanto por cultivar la razon y desenvolver todas las nobles facultades del alma.

La educacion del sentimiento de lo bello requiere que se llame la atencion del niño hácia las maravillas de la naturaleza, cuyo estudio es tambien un excelente medio de educacion intelectual, asi como la contemplacion de sus bellezas y armonias es de grande importancia para la educacion religiosa. La alianza de la religion y de estos estudios destruye y aniquila las supersticiones que desmoralizan y degradan á la multitud.

Ademas es preciso generalizar ciertas nociones sobre la naturaleza, evitando todo aparato técnico ó demasiado científico. Hay plantas y animales nocivos y conviene darlos á conocer sin aspirar por eso á formar botánicos ni zoólogos, ni mencionar siquiera estos nombres. Los fenómenos mas comunes ofrecen peligros que es preciso explicar sin pretensiones de invadir el dominio de la fisica. Con algunos conocimientos y un poco de prudencia pueden evitarse multitud de accidentes y prescindiendo de las ventajas que la ciencia ofrece á la industria penetrando en los secretos de la naturaleza, presenta otras muchas de que pueden sacar gran partido los que tienen ideas acerca de los objetos que les rodean.

Hasta en las escuelas elementales pueden darse ciertas nociones útiles de historia natural, de física, química y cosmografía por medio de los libros de lectura que usan los niños, haciendo comprender á estos lo que leen, para lo cual es preciso entrar con ellos en explicaciones y detalles instructivos. Hasta la enseñanza religiosa supone cierto conocimiento de la naturaleza y del universo. No pedimos pues nada nuevo, inusitado, inaudito, al reclamar los estudios de que tratamos; solo pedimos que en lugar de darse á la ventura, cuando se ofrece ocasion oportuna, se den mas directa y regularmente, que sean un poco mas completos, sin que tengan carácter científico y sin traspasar los límites marcados, de una parte por las facultades del profesor y de otra por el desarrollo intelectual y las necesidades de los discípulos.

La gran dificultad consiste en la eleccion de lo que á estos conviene, para lo cual convendria un libro que contuviera á la vez el método que debe seguirse y las nociones mas útiles é interesantes.

En *mineralogía*, despues de enumerar los principales minerales, desde el mas comun hasta el mas precioso, y dar á conocer los que están al alcance del niño, debe hacerse ver las maravillas que se encierran en el seno de la tierra, entrando en sencillos detalles sobre la explotacion de las minas, la metalurgia, las petrificaciones, etc. La *geología* suministra enseñanzas en extremo curiosas é interesantes para la religion y la historia de la especie humana.

En *botánica* basta explicar á los discípulos aventajados la organizacion de la planta mas perfecta, las condiciones y el desarrollo de la vegetacion y familiarizarles con el nombre y los caracteres de los vegetales del pais, de los árboles frutales y de los bosques, de los arbustos, de las plantas útiles ó nocivas, de las flores que esmaltan los campos, los jardines y las selvas. Para esto no se necesita acudir á la ciencia, pues hasta puede emplearse los nombres vulgares y bastaria una flora del pais para servir de guia.

En cuanto á la *zoología* debe seguirse igual marcha que en la botánica, es decir, limitarse á tratar especialmente de los animales del pais. La historia natural de la hormiga y de la abeja es de grandísimo interes. Por medio de un microscopio puede hacerse ver la maravillosa organizacion de los mas pequeños insectos, y de los seres vivientes para los cuales una gota de agua es un mundo. Los animales domésticos y los servicios que prestan al hombre deben ser objeto de estudio especial. Por fin se hace comprender la superioridad de la especie humana sobre las demas criaturas vivientes, con las cuales tiene muchos puntos de contacto en cuanto á la organizacion y condiciones materiales, pero de

las que se distingue por la razon, por el sentimiento de lo bello y de lo bueno, de lo justo y de lo injusto, y por el sentimiento religioso, instinto divino que á la vez que atestigua en cuanto á la naturaleza humana, mas alto origen que el de los animales, es para el hombre la prenda del porvenir que le espera en otro mundo mejor.

La descripcion del hombre exterior é interior, del hombre fisico y del hombre moral, completaria el estudio de la naturaleza y prepararia y serviria de fundamento á la religion, á la moral y á la higiene.

Por lo concerniente á la *fisica*, basta que se haga comprender á los discípulos los fenómenos mas comunes, como la lluvia, el rocío, el granizo, la nieve, el rayo, el trueno, el arco iris, etc. Con un libro que explicara algunos principios sencillos y con el auxilio de instrumentos de poco valor, podria darse esta enseñanza con provecho.

He aqui la lista de los aparatos mas útiles para un gabinete de fisica popular, segun un profesor inteligente:

*Mecánica.* Aparato para la demostracion de las palancas, poleas, etc. — Modelo de bomba aspirante. — Modelo de bomba impelente.

*Aire.* Barómetro. — Eslabon neumático. — Bomba. — Martillo de agua. — Sifon. — Globo de Heron.

*Calor.* Dos termómetros. — Lámina de compensacion. — Petardo de vidrio. — Esferas de Franklin. — Un sencillo aparato destilatorio.

*Luz.* Espejo plano. — Lente. — Prisma. — Linterna mágica. — Microscopio.

*Magnetismo.* Iman y aguja imantada.

*Electricidad.* Electróforo. — Botella de Leiden. — Escitador.

Con estos aparatos, cuyo coste no ascenderia á mil reales, pueden darse multitud de conocimientos sumamente interesantes y mucho mas si se agregase una máquina eléctrica y una pila de volta con sus accesorios, que siendo sencillo uno y otro, tampoco aumentaria mucho el coste del gabinete.

**NATURALEZA Y ARTE.** (*Sentimiento en el niño.*) El buen sentido, la capacidad y los conocimientos son cosas tan evidentemente necesarias en la vida humana, que no puede haber diversidad de opiniones acerca de la importancia de ejercitar en los niños el raciocinio, reconociéndose de tal modo que se han concentrado en esta parte de la educacion todas las miras y esfuerzos de los hombres inteligentes, y apenas habrá idioma alguno en el cual no se hayan escrito excelentes obras, conforme á la marcha gradual de la inteligencia en cada uno de los estudios. En cambio ¡qué silencio sobre los medios de asociar á la

inteligencia esos sentimientos que constituyen su vida! Es bien notoria la accion y la reaccion reciproca por las cuales se modifican el pensamiento y el corazon; y sin embargo, no se ha apreciado bastante esta idea ni se ha sacado todas las consecuencias posibles de su aplicacion.

Admitiendo desde la primera ensenanza el principio de la separacion absoluta de los ramos del saber, lo cual siempre altera en parte la armonía interior, se reserva tambien á la educacion moral la cultura de los sentimientos, objeto de gran interés, sin duda alguna, para la moralidad, pero que como tiene además otro fin, es preciso enterarse al menos si los cuidados del educador se han dirigido al corazon. Cuando sus tendencias son represivas, cuando por el temor de los excesos solo persuade al niño que se perjudica á sí propio ejecutando lo que se llama el mal, ¿qué sentimientos han de desarrollarse? Siembra el egoismo y recojerá sus frutos. En vano será esperar que ejerza sana y saludable influencia en el ánimo.

Créese generalmente que los sentimientos se desarrollan naturalmente, y que basta impedir que lleguen á la exageracion, lo cual es muy cierto tratándose del amor propio, que es lo que fomentamos; pero no lo es tratándose del amor al prójimo, ni menos del amor á Dios, único móvil que reprime los actos culpables al mismo tiempo que reanima el corazon.

Además, no basta que estos sentimientos existan; para que influyan en la inteligencia, es preciso que se expresen, que se ejerciten fuera del dominio de las acciones. Los estrechos vínculos que los unen con las ideas es precisamente lo que influye en el espíritu, de lo que depende su accion y su encanto, como lo demuestra la experiencia, pues la amabilidad en el trato social proviene de los sentimientos. Del mismo modo que robustecen el ingenio, que dan á la elocuencia el poder de arrebatarse, así comunican tambien á las medianías el don de agradar, el poder de persuadir. Solo los sentimientos hacen valer las limitadas facultades como dan al genio su irresistible ascendiente.

No puede haber duda de que en esto el sentimiento moral y religioso ocupa el primer lugar. ¿Podrá jamás apreciarse lo bastante la energia y el vigor que dá al espíritu la firmeza de los principios, y la dignidad del carácter, así como la sagacidad y la delicadeza que adquiere con el hábito de sondear los pliegues del corazon y la expansion y la generosidad que le comunica un viso de entusiasmo? En verdad que estos sentimientos son muy sagrados, y cosas muy santas el amor á Dios y al deber para hablar aquí de ellos; se trata ahora de formar

la inteligencia, pero de todos modos aunque muy noble asunto es siempre inferior á lo principal.

La religion, la moral, la dignidad de carácter, son de por sí motivos suficientes para que necesiten de otros, ni de mas inspiracion que la suya propia; hacerlos servir á nuestras miras particulares es en cierto modo una profanacion. Influyen de una manera eficaz y segura en la educacion, así como en toda noble empresa, y sin embargo, seria rebajarlos valerse siempre de ellos como medios.

Pero hay otros sentimientos recomendables é interesantes por su naturaleza, que sin que al parecer tengan relacion directa con la religion y la moral, ejercen poderoso influjo en el desarrollo del espíritu. Quizá dimanen tambien de la gran fuente de todo sentimiento, pues la onda vivificante se derrama sin que lo advirtamos por estos canales, que sin duda sirven para esparcirla en la tierra por mil conductos desconocidos por nosotros.

Entre estos sentimientos hay uno que apenas me atrevo á nombrar porque parece superior á los alcances de la primera edad, el sentimiento de lo bello. Acostumbrados á atribuirle los goces mas exquisitos que las artes y la naturaleza pueden proporcionarnos, nos resistimos á buscarlo en el ridículo encanto que mil objetos fútiles causan á la infancia. Sin embargo, nos engaña en este punto un injusto menosprecio, efecto de que nuestra arrogante superioridad no nos permite apreciar en la educacion las bellas dotes ocultas bajo formas pueriles.

Nada revela mejor el origen celestial del alma humana que las emociones independientes de la conservacion de la vida material; emociones que nunca experimentan las criaturas inferiores y que parecen servir de introduccion á una existencia mas elevada. Es muy natural que la educacion procure cultivar con preferencia los grandes atributos propios y peculiares del hombre, haciéndolos brillar en el niño.

¿Por qué no desarrollamos, pues, con algun cuidado esa admiracion tan viva en la infancia, esa inclinacion á los placeres independientes de los instintos materiales y del móvil egoista de la vanidad? Es que esperamos, se dice, para cultivarla, á que la admiracion pueda obrar sobre objetos dignos de ella. No nos detendremos á calificar lo que se entiende por la palabra *digno*, pero si diremos que quizá se ahogue de ese modo la dulce tendencia á la admiracion; pues si rehusamos nuestra simpatía á las pocas emociones de este género que el niño pueda experimentar, se avergonzará en cierto modo ellas, y se habituará á placeres mas vulgares.

Sin embargo, aun en el niño despliega la admiracion su noble na-

turalaza, y su origen es mas puro que el de los placeres sensuales. Dése al niño una golosina y se pondrá muy contento, se ruborizará acaso de emocion; pero la avidez con que la devore parecerá exenta de alegría. Por el contrario, regálesele un objeto agradable, una bonita muñeca por ejemplo, y veremos como baila, como canta y como llama á todas las personas de su cariño, para hacerles participes de su felicidad; se advertirá en todo su aspecto una expansion y serenidad que no le proporcionan otros placeres. La admiracion es saludable, dilata, mejora el corazon; es una afeccion social, hasta religiosa, que nos pone en armonía con nuestros semejantes, y hace que nos elevemos á Dios.

Ademas el sentimiento de lo bello prepara de antemano la disposicion contemplativa y las dotes brillantes ó felices que á él pueden referirse, gérmen precioso que debe de fecundarse, y hacerlo brotar. Sin duda que esta disposicion se manifiesta poco en los niños, pues á esta edad la viveza es muy grande, y la sangre corre con mucha rapidez, para que los objetos exteriores no absorvan la atencion casi por completo; pero el placer que siente el niño al expresar lo que experimenta, muestra, sin embargo, que nota sus impresiones. Desde entonces, obligándole á definir las, se le acostumbra á reflexionar sobre lo que siente, y á reconcentrarse á veces en sí mismo.

Verdad es que el gusto del niño no se asemeja en un todo al nuestro, y que lo que él llama bello, no lo es para nosotros. El placer que experimenta es puramente de sensacion; le gusta el contraste marcado con colores vivos y hermosos; un objeto aislado le impresiona por su brillo, pero sin apreciar el conjunto. Carece del sentimiento de la armonía y mucho mas del de lo infinito, y lo que se pierde desvaneciéndose ó en la vaguedad es nulo para él. La belleza en conjunto, la belleza tal como nosotros la entendemos supone una impresion general, un todo formado en nuestro pensamiento con los objetos que admiramos; y eso es precisamente lo que sucede en los niños. Si, como suele decirse, la unidad en la variedad constituye la belleza, el niño no la comprende en semejante sentido. Los detalles le causan efecto cada uno de por sí sin relacion al todo; ellos mismos son un compuesto de sentimientos y de cualidades aisladas; todo está en ellos separado, esparcido, el bien, el mal, el placer, el dolor, los gustos, las antipatías. Seméjanse á la incipiente primavera en que los mas risueños colores encantan la vista, pero en que todo es heterogéneo, falto de unidad, todo transparente y ligero; así vemos masas de fresco verdor formando desagradable contraste con ramas secas aun, y deliciosas flores al lado de una

tierra árida todavia; y lo mismo que en la primavera hace frio y calor, sin que se experimente una sensacion dulce y continua, del mismo modo ningun estado en el niño es armonioso y prolongado. Esta situacion se forma poco á poco; el tiempo y la reflexion influyen en parte, y mucho mas aun el presentimiento de las emociones de la juventud; pero estas son cosas de que no tenemos que ocuparnos.

Por consiguiente, fácil es juzgar que el niño no puede aun admirar la naturaleza campestre, en la cual, sin embargo, halla mil placeres que le preparan sin saberlo á sentir algun dia todo su encanto. Mejor comprende las artes de imitacion, pero entiéndase esto de artes formadas expresamente para él, cuya teoria es peculiar y en la que lo bonito reemplaza á lo bello; que no es la naturaleza embellecida sino la naturaleza bonita la que agrada al niño; idea que los fabricantes de juguetes han comprendido á las mil maravillas, pues las capillitas brillantes, las figuras de colores vivos, exageraciones de la realidad, es lo que arrebata en la infancia. ¿Por qué no ha de tener el niño sus bellas artes peculiares? Si pedimos al escultor, al pintor y aun al poeta que pongan á nuestro alcance las impresiones agradables que rara vez produce en nosotros la realidad, que las hagan al mismo tiempo mas frecuentes y mas pronunciadas, ¿por qué no ha de tener el niño igual derecho? Puesto que las artes van á escoger en todo el universo lo que está en relacion con nuestra alma, puesto que compensan los defectos de sus diversas imitaciones con un llamamiento mas directo á nuestras íntimas emociones, ¿por qué no han de corresponder tambien á las sencillas emociones de los niños?

Como el niño es pura actividad, las obras del estatuario en miniatura, la figuritas de relieve, la imitacion de otros objetos aislados que él puede manejar, y arreglar á su capricho, le agradan mas que las pinturas, porque de aquellas puede servirse para poner en escena hombres y animales. A todas partes le acompaña ese espíritu dramático; la representacion de las acciones es la única que le agrada en poesia, dejándole completamente frio las sentencias y los pensamientos morales. Pero si la poesia y la música se unen en su primitiva sencillez; si se cantan himnos heróicos y guerreros sobre aires cuyo ritmo sea muy marcado, se verá qué júbilo, qué transportes de alegria, qué movimiento de inspiracion se transmiten hasta á los niños de mas corta edad. Así es como puede encenderse en su pecho el fuego sagrado del patriotismo, pues sabido es el efecto que producen en pueblos enteros las antiguas canciones nacionales; y como lo viejo y lo nuevo son de la misma fecha para la primera edad, me admiro de que no se emplee con

mas frecuencia un medio tan infalible y agradable de inspirar sentimientos generosos y hasta un noble entusiasmo.

Si alguna persona de verdadero y natural talento se dedicase á la educacion de los niños, se abriria á su paso un camino provechoso y encantador. La sagacidad del corazon, una imaginacion dulce y risueña le harian descubrir un método nuevo, tan distante de la afectacion como de la trivialidad. Ante todo procuraria comprender la infancia sin menospreciar sus disposiciones, teniendo presente que lo mismo le desagrada el que se aspire á brillar entre otras personas que el que se aparente descender para colocarse á su alcance.

Una idea falsa y absurda es la que hace marchitar frecuentemente el gérmen de la admiracion en los niños, mostrando desprecio hácia sus goces. Se pretende de ellos un gusto severo; y ¿cómo han de tenerlo si consiste en la delicadeza y el tacto para el trato social, en discernir las conveniencias, en el exquisito sentimiento de la armonía, tanto de lo que la hace poderosa y completa, como de lo que puede turbarla? ¿Dónde han de haber aprendido todo esto? Lejos de crear en él los elementos de que el buen gusto se compone, la censura en este caso no hace mas que ahogar las sensaciones agradables que hubieran servido para formarle. Al exigir que no admire mas que lo que deba admirarse con justo título, no eleva su pensamiento mas allá del juicio que ha de pronunciar. Su impresion no es ya pura y tranquila y para mas seguridad, inquiera en nuestros ojos lo que debe sentir.

Dejemos, pues, al niño entregarse á las sencillas impresiones de su edad; no le estorbemos en sus goces y guardémonos sobre todo de imponerle el gusto de nuestras propias ideas, pues obligándole á considerar como bello lo que aun le es indiferente, no produciríamos mas que la afectacion, que reprime todo movimiento espontáneo. Por otra parte, realmente no hay mal gusto en el arrobamiento del niño; lo que admira es bello en sí, aunque no sea ni bien proporcionado ni parecido á la realidad de las cosas. No goza sino con lo mas sencillo de las armonías, con lo que produce una sensacion agradable y un placer puro; pero de la combinacion de todo esto se desenvolverá un dia en él la mas elevada armonía. Lo que ya posee, la viva sensibilidad por la belleza de la cual se forma idea, es la condicion mas necesaria, quizá la mas difícil de encontrar, para el desarrollo del verdadero gusto.

Paréceme tambien que Mad. Hamilton, en una obra que estimo en mucho, se enoja inoportunamente contra las niñeras, porque la palabra *bonito* representa un gran papel en sus discursos; queriendo que cuando un objeto haya fijado la atencion del niño por su belleza, se le den

á conocer al instante sus usos y propiedades, dirigiendo de esta manera sus pensamientos hácia lo útil; lo cual admitiríamos en buen hora si de ese modo se lograra interesarle, dejándole antes gozar por un momento de la belleza pura. El mismo Criador ama la belleza, que no en vano dió á las flores y á las aves tan magníficos colores; ocultándose sin duda en este lujo de la naturaleza uno de los medios de elevar nuestros pensamientos á mas altas regiones.

Preténdese preservar á los niños de la frivolidad, de la vanidad, con cuyo fin se han compuesto millares de historietas. Acerca de la vanidad confieso que hay mucha razon, pero nada se le parece menos que el amor á lo bello, sentimiento que tiene su origen en nuestro interior mientras que la vanidad solo consulta la opinion de los demas. En cuanto á la frivolidad, ¿cómo ha de fijarse el sentido de esta palabra? Qué hay en la vida humana que no sea frívolo, fuera de lo que exige la estricta necesidad? Todos los deseos propios de cada edad son frívolos para los que la han pasado, y llegará un dia en que nos lo parezca todo lo que no nos haya conducido á nuestro verdadero fin.

Si se entiende por inútil lo que no conduce al fin que nos hayamos propuesto, cualquiera que sea este, puede hacerse notar al niño que un objeto que solo es bonito no sirve para otra cosa que para mirarlo, y que si maneándolo le estropea lo inutiliza para su único destino. El instinto de la conservacion que ha debido ya desarrollarse, unido al de tocar y obrar que tiene naturalmente, le harán preferir muy pronto los juguetes sólidos, á los que se prestan á diferentes usos. De ese modo se le imbuye la nocion de lo verdadero sin cortar los vuelos á su entendimiento y sin correr el riesgo de caer en extrañas contradicciones á que podria dar lugar el secreto designio de inculcarle ciertas máximas morales. ¿Quién está seguro de que nunca se le sorprenderá defendiendo una cosa inútil? Si, despues de haberle aleccionado contra la aficion á lo inútil, se quiere un dia que aprenda música, y desalentado por las dificultades de este arte preguntase para qué sirve, ¿qué se le responderia?

Pudiendo disponer á nuestro albedrio del desarrollo de las facultades, deberia comenzarse por lo indispensable; pero no es asi, sino que á la manifestacion de nuestras diversas facultades preside un orden que no parece exigir la imperiosa necesidad. Pasada cierta edad, no hay esfuerzo humano capaz de hacer vibrar cuerdas mudas hasta entonces. ¿Cuántos hay que nada miran, que nada sienten, que no reciben nunca una impresion viva y original, fatigándonos sin cesar con la monotonía de sus juicios! Siempre fríos, siempre secos y calculadores, la

vanidad, el interés, el espíritu de partido son los únicos móviles de sus acciones; adivínase fácilmente su intencion y nada hay que esperar de ellos; nunca acercará su corazón al nuestro una emoción común, ni esa simpatía instantánea, eléctrica, que podría reconciliarnos hasta con un enemigo. Cuando la falta de sensibilidad priva á la vez de una gran dicha y de un poderoso medio de agrandar, cómo no ha de procurarse preservar de esa falta á los niños?

Para desarrollar tanto el sentimiento de lo bello como del raciocinio, lo mejor es fijar la atención en las cosas antes que en las ideas; verificándose naturalmente el paso de uno de estos ejercicios al otro, al obligar al niño á expresar bien lo que experimenta, pues aunque el objeto en que piensa es material, cuando trata de definir sus sensaciones se entrega á un trabajo semejante al de la redacción literaria. Después de tales ensayos, comienza á sentir placer con las descripciones escritas, con lo cual han adquirido mayor interés para él la misma naturaleza y las obras de ingenio que la describen.

Al efecto de la poesía en el corazón deben preceder algunas impresiones vagamente poéticas; porque es preciso haberse formado interiormente un tesoro de imágenes agradables para gozar al sentirlas renacer y reanimarse á la voz del ingenio; al que nada dice la vista del campo, nada le dirán tampoco los inspirados versos de Virgilio.

Es ya un requisito de la educación esmerada preparar los discípulos á los goces de las bellas artes; pero el sentimiento de la naturaleza proporciona tan inmensa felicidad que no hay ninguna clase de educación en que no sea un deber cultivarlo en el alma. Nada hay más fácil que excitarle, pues todo dispone á producirlo y fortalecerlo: doquier se hallan esparcidos con abundancia objetos encantadores, á los que la simpatía dá fácilmente valor. Participemos de los gustos del niño y pronto se asociará á los nuestros; y cuando hayamos comprendido lo que le agrada, cuando hayamos observado con él todos los detalles que le interesan, dirigiremos poco á poco sus miradas más lejos, y le haremos admirar la belleza en un gran conjunto. Así, cuando el arco iris despliega sus vivos colores, cuando las nubes se guarnecen de un cerco de oro, cuando las sombras juguetonas trazan mil formas fugitivas, cuando el sol hiriendo la transparente onda extiende raudales de luz sobre las blancos guijarros del fondo del agua, cuando una barca con sus velas se mece en un lago tranquilo y ofrece la imagen de un ave colosal que extiende sus alas bajo un cielo azulado, hagamos observar al niño estos grandes efectos de la naturaleza, de modo que nada de lo que en la creación pueda encan-

tarle pase desapercibido para él. Cuanto mas se llame su atencion hácia las formas, los sonidos y los colores del espectáculo que nos rodea, tanto mas distintos llegarán á ser á sus ojos los infinitos placeres que la bondad divina nos dispensa, tanto mas se elevará su inteligencia, y abrirá su corazon á los sentimientos religiosos. El amor á Dios, el sentimiento de lo bello, afecciones correlativas de nuestra alma, que resuenan una en otra y se comunican sucesivamente fuerza y santidad; hé ahí lo que sacará el niño de la contemplacion de la naturaleza.

(Mme. Necker de Saussure.)

NATURALEZA ( Estudio de la ). Creemos que no ofrece peligro de ningun género el estudio de las ciencias naturales ; antes bien su tendencia, caso de tener alguna, ha de ser moral, porque como sus progresos provienen del exámen atento y escrupuloso de los fenómenos sensibles, inspiran aficion á la verdad, y es fácil al profesor imprimirles la direccion conveniente. Las verdades secundarias las descubre el discípulo en el encadenamiento de los hechos pasajeros de este mundo, y la verdad primitiva é inmutable mas allá del mundo y de sus hechos. El testimonio de los sentidos, y las inducciones que de él se sacan, producen en nuestro espiritu la evidencia en el órden terrestre, y el testimonio de la razon viene á ser la fuente de otra clase de evidencia, cuya claridad no pueden oscurecer los errores de los sentidos. La verdad mas grande, aquella á que no pueden alcanzar las diversas causas de los falsos juicios, reside en el fondo de todos los hechos que el discípulo estudia, en los cuales la hallará siempre.

Y no se crea que esto sea imposible para el niño ; por el contrario quizá le sea mas fácil que á nosotros mismos, porque no sucediéndose en su pensamiento en tanto número las causas secundarias, le velan menos la causa primera y la cadena que liga todas las cosas con Dios es mas corta para él que para nosotros. Como ha dicho un ingenioso escritor, *nuestra ciencia, nuestros descubrimientos, nuestras explicaciones, no hacen mas que ocultar en parte el milagro de la voluntad divina, al paso que la ignorancia del niño se le hace admitir en seguida.* Bajo cierto aspecto, está pues aquel mas cerca que nosotros de la eterna verdad; y ¡ cuán importante no será que conserve esta ventaja durante el curso de sus estudios !

El espectáculo religioso de la naturaleza es el origen de una felicidad tan grande, es tan bello, tan consolador hallar en todas partes el pensamiento divino, comunicar con el sentimiento universal que cor-

responde á todas nuestras emociones , y luego esta disposicion que no nos abandona durante la vida , es en la juventud el principio de tantos progresos, que todo cuanto se haga por su conservacion será poco. Las verdades secundarias no perderian nada en ello, pues el espíritu de exámen y la imparcialidad, que es lo que debe presidir á su adquisicion , quedarán en completa libertad, y aun serán favorecidos por una juiciosa educacion. Insensato seria, casi culpable , el que descuidara el cultivo de los dones preciosos de la pura inteligencia, de los dones que nos hacen ver claro durante toda la vida , y que contribuyen tambien á la moralidad calmando la efervescencia de las pasiones, y disipando las ilusiones que renacen sin cesar. Hay pues falta de fé y aun de razon en la idea de que los progresos del pensamiento no han de contribuir siempre á acrecentar la adoracion que tributamos á Dios.

En efecto, este sentimiento se apodera fuertemente de nosotros á medida que empezamos á descubrir las leyes que rigen á todas las cosas : desplégase á nuestra vista un órden tan maravilloso, descubrimos tantos y tan inmensos beneficios , que no puede menos de arraigarse en nuestro corazon santo respeto y tierno reconocimiento. Al descubrir nuevas pruebas de la bondad divina en todos los conocimientos que adquirimos , se rompen las cadenas con que el hábito entorpece el espíritu , se vigoriza y aclara la idea de esa bondad infinita , y la estabilidad de las leyes de la naturaleza es á nuestra vista la expresion permanente de la voluntad de Dios.

Así, cuando contemplamos la regularidad del órden terrestre, concebimos la idea de que el Señor del universo no ha querido gobernarle arbitrariamente, y que se ha impuesto leyes á sí mismo. Desde entonces, nos proponemos el descubrimiento de estas leyes, y lo conseguimos, al menos parcialmente, con grande certidumbre. Cuando llegamos á apreciar la sucesion constante de ciertos hechos , pasamos á otros cada vez mas generales á medida que nos remontamos de causa en causa ; ábrese para nosotros el camino de las verdades de este mundo, y observamos hallarnos de acuerdo con la inteligencia suprema. Mas si nos faltan algunos anillos de la gran cadena de las causas secundarias, si nuestra razon se detiene confundida, si llegan á turbarla fenómenos, á la vez ciertos é inexplicables, entonces se apodera de nosotros una conviccion quizás aun mas profunda de la accion y de la presencia de Dios, una especie de temor religioso sobrecoje nuestra alma, y adoramos en silencio á aquel que á la vez sentimos tan cerca y tan superior á nosotros.

Todas estas ventajas se reunen en el estudio de la historia natural.

¿Cómo no referir á su eterno origen el fenómeno mas familiar y maravilloso, la vida, tan generalizada, tan prodigada en el universo? Por todas partes se la ve extinguirse y renacer; y ya desaparezca, ya se renueve, no podemos menos de recurrir directamente, sin intermedio, á la primera causa y exclamar: *Dios lo ha querido*. Y hasta la conservacion de la vida es tan milagrosa como su origen y su fin, pues que la respetan y aun la conservan por mas de ochenta años multitud de elementos destinados á devorarla y la accion atmosférica que en pocas horas puede disolver la frágil organizacion humana. El alma invisible comunica su incorruptibilidad al cuerpo corruptible y su eterno movimiento á la materia inmóvil, y cuando el fenómeno de la vida se reproduce sin cesar bajo diversas formas, cuando todo lo que no es vida está destinado á sostenerla y vigorizarla ¿cómo no reconocer en Dios la causa de toda existencia? ¿Cómo no comprender que la vida misma en su origen sublime es el principio y el fin, el *alfa* y *omega* del universo? Y la infinita progresion por la cual la vida débil y casi imperceptible en la planta, se eleva á la sensacion en el animal, y á la inteligencia en el hombre; ¿no proclama en voz alta el dominio de la inteligencia? Los seres que disfrutan en sumo grado el beneficio de la vida están al servicio de los demás; la materia inanimada provee á las necesidades de la planta, la planta á las del animal, las especies inferiores de los animales á las de los superiores, y el hombre, tan débil por su constitucion física como poderoso por su ingenio, domina toda la creacion dotada de vida, y si no logra avasallarla, nada tiene por lo menos que temer de ella. ¿Quién no vé en esta progresion el dominio del espiritu sobre la materia? ¿Quién no descubre hasta la evidencia que la suprema sabiduría domina el mundo entero?

Pero mucho antes de la edad en que tales reflexiones están al alcance del niño, el maestro inteligente le habrá inspirado interés por las diferentes tribus de animales, presentándolos como humildes compañeros de su existencia, como contemporáneos suyos en la tierra, creados como él por la bondad infinita. ¡Cuánto no nos conmueve la idea de Dios al considerarlo como Criador y padre universal, cuyo amor se extiende á toda la naturaleza, sin olvidar al mas insignificante pajarillo! ¡Qué afectos no se apoderan de nuestro ánimo al contemplar esa familia inmensa, esos seres dotados de sensibilidad que cubren la tierra, que surcan los aires y las aguas, todos dichosos, encontrando en la misma falta de razon el fruto de la razon mas superior posible, el sentimiento de una completa libertad, obedeciendo en todo y por todo á la ley de Dios!

Otras impresiones análogas casi tan saludables recibe el niño religioso en la fría región de la naturaleza inanimada, en la cual domina la idea del orden, eterno, inmutable en medio de la perpétua mudanza de las cosas, orden cuyas leyes se nos ocultan á veces en la complicacion y extremada delicadeza de los efectos orgánicos, pero que se manifiesta claro y distinto en la materia inerte á pesar de la variedad y movilidad de sus formas. En ella, los mas terribles agentes, las mas espantosas plagas están sujetas á determinadas reglas, de suerte que cuando parece mas trastornado el equilibrio del mundo físico, entonces precisamente está á punto de restablecerse por el contrapeso de fuerzas contrarias. En una parte vemos el triunfo de la razon humana, y en otra observamos que investiga la verdad con extraordinarios resultados, pues que no contenta de los hechos que le ofrece la naturaleza, la obliga á producir otros nuevos. No teniendo que respetar, como en la naturaleza animada, el soplo fugitivo de la vida, el hombre destroza, disuelve, consume el cuerpo sometido á su exámen, lo compone y lo descompone sucesivamente, formando con sus elementos otros cuerpos desconocidos, y á fuerza de atormentar la materia, consigue al fin arrancarle algunos secretos del Criador. ¡Y qué alegría no experimenta al descubrirlos! ¡Qué placer mezclado de noble satisfaccion no siente en seguir sus vestigios y remontarse por el curso de los pensamientos divinos! Cada dia hace mayores y mas importantes descubrimientos; el orden que suponía en la naturaleza, orden cuya existencia no estaba demostrada, le sirve de hilo conductor, y este orden aparece cada vez mas claro ante sus ojos. Todas las aparentes irregularidades se resuelven sucesivamente ante el conocimiento de un sistema cada vez mas vasto de asombrosa y magnífica unidad. La idea del Criador parece engrandecerse en la de la creacion, y demuestra incesantemente que el mas bello de sus sentimientos se acrecienta con el progreso de la inteligencia.

En nada es mas íntima esta union que en la mas admirable de las ciencias, la astronomía. Jamás se ha hecho aplicacion tan exacta del conocimiento de los números y de sus leyes, hasta donde ha alcanzado la abstraccion, haciéndolo servir para la medida del curso del tiempo, como en la apreciacion del movimiento de los cuerpos celestes. Esos astros brillantes, por siempre jamás inaccesibles al hombre, el cual comparado con ellos es un átomo en el espacio y un instante en su duracion, se someten con tal docilidad al dominio del cálculo, que vienen á parar á punto fijo al sitio que de antemano se atrevió á designarles en el espacio. Y en la parte mas conjetural de esta ciencia, en esas

asombrosas hipótesis por cuyo medio se supone la reunion de sistemas enteros de soles con los mundos á que alumbran en un punto blanquecino, de cuya especie se descubren millares por entre las profundidades del cielo, el pensamiento se remonta á concepciones tan atrevidas, que retrocede espantado ante lo que osó entrever; y sin embargo esta idea prodigiosa y sorprendente de la Omnipotencia creadora, no deja entrever el limite de sus designios.

Mas esto no corresponde ya á la razon severa que debe asegurar los pasos de cada uno. La grande utilidad de las ciencias naturales para los jóvenes es la de enseñarles á llegar á la verdad con certidumbre, bajo cuyo aspecto es inapreciable la ventaja de estos estudios. Como en ellas todo descansa en hechos, en objetos reales y sensibles, es evidente á sus ojos el encadenamiento de los efectos y de las causas; acostúmbranse á comprender á fondo y no se pagan de palabras, como sucede frecuentemente cuando se les ocupa en estudios abstractos.

¿Qué peligro, pues, han de ofrecer estos estudios? Ninguno, encerrándolos en justos limites, pues nada hay mas inocente que la contemplacion del mundo sensible en que vivimos, con tal que el discípulo no olvide nunca que existe tambien un mundo invisible; pero si la idea de un órden terrenal ocupase de tal modo su atencion que absorbiese el sentimiento de un órden superior, entonces sí que resultarian ideas de consecuencias deplorables. Entonces el curso regular de los astros, la accion uniforme de las fuerzas físicas no serian á sus ojos mas que el resultado de un mecanismo, estaria expuesto á deificar á la razon humana, porque descubre algunas de las leyes del universo, anteponiéndola al legislador que las ha concebido é impuesto; y por último, podria llegar á la desconsoladora doctrina del materialismo, desgracia que no seria bastante á compensar la adquisicion de ninguna ciencia.

Este peligro es muy fácil de evitar, pues con el continuo y sincero cuidado de inspirar sentimientos religiosos á los niños, no hay temor de que las nociones de ciencias naturales impriman en su espiritu malas tendencias. Desarrollemos en igual grado todas las fuerzas morales, dejando á cada una en libertad de ejercitarse, que la religion no pretende poner trabas á la razon, la cual sojuzgada deja de existir. La razon tiene sus leyes y su curso está arreglado por quien nos la dió para que nos sirviera de guia en este mundo. Obligada á marchar de consecuencia en consecuencia, llega irresistiblemente á un término desconocido por nosotros, del cual resultan todos los descubrimientos en las ciencias; y cuando nada se opone á su marcha, llega por fin á verdades que concuerdan necesariamente con la verdad eterna.

Sin duda que es un don admirable esta fijeza en el curso de una razon sana y cabal. ¿Quién sino el autor de la naturaleza hubiera podido trazarla? Preciso era que existiese perfecta correspondencia entre las leyes de la inteligencia y las de la naturaleza inanimada, para que pudiéramos conocer el mundo exterior, pues si la sucesion lógica de nuestros pensamientos no estuviese conforme con el encadenamiento de las causas y de los efectos en el universo, jamás hubiésemos penetrado los secretos de la naturaleza; jamás, sin esa secreta armonía, hubiéramos logrado en el órden moral entendernos con nuestros semejantes. Si hay principios eternos es porque la razon sigue un curso necesario; y si son imperecederas todas las grandes verdades es porque un don tan precioso nos conduce forzosamente á la rectitud, y aun á Dios, porque era preciso, que las ideas augustas que son objeto del culto involuntario de nuestra alma estuviesen profundamente arraigadas en la razon para que su sagrada autoridad no fuese jamas desconocida entre los hombres.

Todas nuestras facultades adolecen sin duda de nuestra imperfeccion natural, mas la razon tiene mucha menos culpa de la que se le atribuye en los errores humanos, en lo que se llama *estravios* suyos. No se la emplea de buena fé, sino con artificio, haciéndola servir para justificar opiniones que se forman sin consultarla, y constituyéndola en abogado y no en juez. Dueños de su punto de partida, y en plena libertad para llevarla al exámen de un asunto con preferencia á otro, podemos detener su accion cuando nos plazca, y prestándole ó retirándole la atencion necesaria para su ejercicio, hacemos finalmente que llegue donde queremos. Así la aplicamos á deducir hasta lo infinito las consecuencias de un principio cuya solidez no le hemos dado á sondear; hacemosla examinar una sola faz de las cosas, y cuando por acaso llega á un resultado que nos contraria, la rehusamos la atencion. La libertad de que estamos dotados para interrumpir determinada série de pensamientos para llevar nuestro espiritu al objeto que nos conviene, esa libertad, que podria ser tan preciosa, es con frecuencia un obstáculo que se opone al recto curso de la razon.

Quizá no se distinga convenientemente la instruccion del niño de la del hombre. El entendimiento ejercitado concibe bien que las ciencias no pueden traspasar sus propios limites, y que no hay derecho para censurar el que las que tienen por objeto el conocimiento del mundo fisico no traten directamente las ideas morales.

Pero el niño no tiene formado el entendimiento; instruirle segun la etimologia de esta palabra, es *construirle en su interior*, es prepararle

para llegar á hombre, ser compuesto de sentimiento y de razon; así que el amor á Dios, tan indispensable para satisfacer las necesidades del alma, debe excitarse por medio de aquellos estudios que no pueden despertar en él ningun otro sentimiento mas que ese mismo amor.

Por otra parte la razon, cuyo desarrollo se quiere favorecer, aspira en todas las edades á salir del círculo en que se la encierra, pues universal en su accion, franquea los límites marcados á las ciencias y buscando la verdad en el mundo material, llega al umbral de las verdades divinas; así que el origen del menor de los seres la conduce al Ser eterno, y la explicacion del hecho mas insignificante la lleva á la causa de las causas.

Si tal es el curso de la razon en un alma pura, no temerá conservar la sus justos derechos un profesor ilustrado, pero se opondrá á la adquisicion de hábitos exclusivos que la encadenarian so pretexto de enaltecerla. Penetrado del sentimiento de la superior vocacion del hombre, creerá que todas nuestras dotes son necesarias para cumplirla, y dará tanto mas valor al conocimiento de la naturaleza, cuanto que le parecerá descubrir en ella la forma sensible ó el símbolo de los grandes atributos de su autor.

Pero la unidad de miras de toda obra perfecta, y la de la educacion con especialidad, no es un objeto esencial para las almas mundanas, que no ocupándose del cielo y muy poco del alma, no ven los estudios sino cada uno de por sí, por separado. Propensos á no admitir mas verdades que las atestiguadas por los sentidos tienen aficion á los hechos materiales, y solo se interesan por las ciencias físicas porque satisfacen esa inclinacion. Con tales maestros, entregados constantemente los discípulos á la observacion material, estarian como sometidos á una especie de mecanismo hasta en el ejercicio de la razon, y aunque esta les obligase á reconocer un creador en la creacion, esta idea seria estéril para ellos. Extraños á la grandeza de las ciencias que cultivasen, nunca experimentarían las tiernas emociones que el orden admirable del mundo físico puede despertar en un corazon sensible. Sus adelantamientos, demasiado parciales, aumentarían sin cesar la desproporcion moral entre uno y otro. A la idea del orden material en sus estudios sucederia pronto la de los intereses materiales en la realidad, y á no ser que grandes cualidades naturales estableciesen un contrapeso á la influencia de la educacion, su conducta en la vida demostraria acaso algun dia que los conocimientos del sabio y la sagacidad del que todo lo analiza, no excluyen un modo de pensar vulgar y limitado.

NATURALEZA. (*En sus relaciones con el hombre.*) Hay á no dudarlo mucha grandeza en la severa imparcialidad que preside á las investigaciones científicas. El poder de hacer abstraccion de sí mismo y de prescindir de sus intereses es una de las mas nobles prerogativas del hombre. Sin embargo es preciso tener presente que solo los sentimientos influyen en su alma, y que las ideas que no le escitan no producen mas efecto en su vida moral que los objetos luminosos en el espejo que refleja su imágen. Descubierta la verdad, pueden interesarse por ella los sentimientos, pero el espíritu de exámen no tiende á desarrollarlos; así que las maravillas de la creacion, estudiadas prescindiendo de nosotros mismos, nos admiran alguna vez sin conmovernos, siendo preciso para apreciar el valor de los objetos que nos rodean, que consideremos nuestra pequeñez y la constante necesidad en que estamos de auxilio extraño.

El constante objeto de nuestro reconocimiento está en la naturaleza, que acude á las necesidades del hombre é inunda nuestro corazon de delicias al contemplar su belleza. Y hé aquí, cómo el estudio de las artes necesarias en que reina la idea de la utilidad, y el de las artes liberales en que domina el culto de la belleza, ofrecen al profesor nuevos medios de desarrollar convenientemente el alma del discípulo.

La nocion de lo útil, si se ha de concebir fácilmente, es preciso que se forme por la educacion.

La infancia, indiferente de por sí, apenas conoce la necesidad, considerándose libre del peso de su duro yugo. Sus deseos son vivos é impetuosos, y si se tarda en satisfacerlos experimenta dolor violento, mas pasajero; desconoce los males inherentes á la privacion de las cosas mas necesarias, y como le guia la esperanza y no el temor, sus mas graves disgustos no son en realidad mas que contratiempos. El niño y el pájaro ignoran que morirán si no comen, pero les tienta una fruta y la comen.

Es por lo tanto esencial abrir los ojos al niño acerca de los tristes efectos de la indigencia, y ponerle al corriente de las condiciones á que se halla sometida la vida; pues de ese modo, aprendiendo cómo se provee á las necesidades urgentes de nuestra naturaleza, adora la bondad de Dios que ha suministrado los medios de satisfacerlas, cobra aficion á las personas que los preparan, y no deja ocioso el corazon mientras ejercita el espíritu. Con la edad se arraigan mas poderosamente estas ideas en su ánimo, pues á medida que su inteligencia adquiere fuerzas, el discípulo aprecia mejor los efectos del movimiento industrial tan notable en nuestro siglo.

¡Qué asunto mas á propósito para las meditaciones del filósofo que el de la ley de progresion que por do quier parece unida á la humanidad, y cuyo poder se extiende hasta nuestra naturaleza fisica!

Las necesidades materiales, escasas en número y satisfechas por los hombres en las épocas mas atrasadas en civilizacion, sin traspasar los límites de un reducido territorio, y por lo comun sin grandes esfuerzos, han tenido tal desarrollo, que para satisfacerlas es hoy indispensable recurrir á las producciones de todos los climas, y que las ciencias mas sublimes, las fuerzas, los trabajos, la vida entera de multitud de seres humanos concurren á subvenir á las necesidades fisicas de otros seres que no imaginan tener mas que lo necesario. Aun los que trabajan experimentan y satisfacen deseos de que no se hubieran formado una idea hace algunos siglos, pues lo que era lujo para una generacion, es necesidad para la siguiente; no contentándonos ya con lo que era bueno para nuestros padres, y siendo imposible prever dónde se detendrá esta progresion, pues la naturaleza tiene siempre reservados nuevos tesoros para recompensar las nuevas investigaciones de los hombres, y su liberalidad parece tan ilimitada como nuestros deseos.

Este movimiento parece superior á nosotros y á la influencia que ejercemos en la infancia. En vano seria exigir al discípulo que considerase como un lujo frívolo las construcciones y los inventos mecánicos que encantan la vista y escitan la imaginacion, que son monumentos de gloria y que inspiran universal aficion á los goces que proporcionan. La educacion espartana sobre no ser oportuna seria en la actualidad mas artificial que otra cualquiera, como lo seria tambien la del campo. Para aproximarse á la sencillez rústica, debería existir en alguna parte en su primitiva pureza, y en tal caso quedaria privada de los recursos intelectuales. En un órden de cosas tan general es preferible ver la expresion de la voluntad de la Providencia; una educacion cuidadosa enseña á sacar partido de las circunstancias casuales, y trata de que se consideren las cosas y los hombres tan favorablemente como lo permite la moral.

El nuevo impulso de la sociedad se presta sin duda á la admiracion bajo muchos aspectos. Cuando se considera que las artes de lujo contribuyen á la prosperidad de las artes necesarias, pues que allí donde los trabajos se multiplican, florece tambien la agricultura, y los operarios convertidos á su vez en consumidores ponen en actividad á otras profesiones; cuando se vé el incremento incesante de las riquezas de un pais, y refluyendo lo supérfluo en el Estado, armar escuadras, mantener á sueldo tropas que velen por la tranquilidad de los ciudada-

nos, al mismo tiempo que constituyen la fuerza y la gloria nacionales; cuando se consideran, repito, tales resultados, ¿cómo no reconocer los beneficios del prodigioso desarrollo de la industria? ¿Cómo no convenir en que las naciones civilizadas la deben no solo su esplendor, sino también su seguridad? ¿Cómo negar que, gracias al predominio que les dá, no tienen que temer ni la invasión de pueblos bárbaros, ni el oscurecimiento de las luces que sería su consecuencia inmediata; y que por lo menos bajo el aspecto de la fuerza exterior y de la ciencia, ha triunfado al parecer definitivamente, la opinión del perfeccionamiento progresivo de las sociedades humanas?

Estas consideraciones son poderosas y concluyentes. Nadie duda que deban reunirse todos los esfuerzos de los hombres sensatos para conservar y perfeccionar el inmenso edificio de las artes mecánicas, en las que el pensamiento del inventor ha tomado cuerpo, por decirlo así, y parece haber recibido la fijeza de la materia en cambio del movimiento que le ha comunicado.

El estudio de los descubrimientos industriales puede tener en la educación diversas tendencias morales. Como el de las ciencias de las que no son más que una aplicación las artes mecánicas, puede fomentar el amor á lo verdadero con el de lo útil; y al aspecto de la inmensa muchedumbre de seres laboriosos que con el sudor de su frente conquistan el sustento de la vida, ábrese el corazón á la caridad, se apodera del ánimo profunda compasión, interesándonos vivamente por esos pobres hermanos, hijos de un mismo Dios; estendemos hasta su alma nuestra solicitud, y no podemos menos de reconocer que mejorando sus disposiciones internas se endulza también su suerte en el mundo.

Más esta dirección es la que falta precisamente al movimiento del siglo. En vano busco el espíritu religioso en los ardientes promovedores de la industria; su absoluto silencio acerca de los medios de inspirar sentimientos piadosos, demuestra lo bastante hasta dónde llega su indiferencia en este punto; de suerte que solo olvidan esto en la educación del pobre; más por desgracia es lo esencial.

Sus intenciones, debo confesarlo desde luego, son puras y generosas; se duelen de los males de los artesanos, pero ¿quién no se compadece y no abriga la firme persuasión de que para socorrerles eficazmente é inspirarles hábitos de orden, es preciso ilustrarlos? Sin embargo, no adoptan los medios convenientes, porque para realizar el bien que se proponen, debieran aspirar á otro mayor, considerando que el hombre no proviene solo de la tierra, y que la cultura de

las facultades debe alcanzar á todas ellas. En último resultado la religion sola es la que educa, la que nos lleva del orden físico al orden moral, y hasta los grados superiores de este orden.

Pero aunque fuera cierto, que el orden moral solo contribuyese á asegurar el goce de los bienes terrenales, ¿no es evidente que los seres mas expuestos á sucumbir á las tentaciones que pierden al hombre hallarian en la religion el mas firme apoyo para la resistencia? ¿Cómo privar de los consuelos mas eficaces en la vida á los que mayor necesidad tienen de ellos, ni cómo cerrar la puerta de las únicas regiones donde reina la verdadera igualdad á los que están abatidos por el sentimiento de su dependencia en el mundo? Y estas esperanzas, estos manantiales de paz y de ventura, necesarios aun á los que disfrutan de la abundancia, se arrebatan á los que viven rodeados de privaciones. Las esperanzas con que se les alimenta son ilusorias, porque los adelantamientos en la carrera, el bienestar, el ejercicio de los derechos políticos son patrimonio de muy pocos. Y cuando tocan el desencanto, cuando su inteligencia mas desarrollada solo sirve para haer ver su triste é irremediable situacion, cuando el desaliento se apodera del hombre, ¿qué ha de ocurrirsele mejor que cerrar los ojos, y gozar en cuanto pueda de los placeres sensuales, únicos de que tiene idea, y que á pasos agigantados le conducen á la miseria?

No será este el impulso que un jóven de principios religiosos quisiera comunicar á la industria. Excitado desde su infancia al trabajo por la piedad, por el sentimiento del deber que cada uno está llamado á cumplir en la tierra, no concebirá otro móvil de sus esfuerzos ni se le ocurrirá proponerlo á los demás, y penetrado de la semejanza entre las obligaciones de todos y de que se halla al nivel del pobre, se ensancha y extiende su afecto, adquiere el convencimiento íntimo de la igualdad fundamental entre los hombres, lo cual multiplica sus medios de accion y realza al indigente ennoblecíendose á sí mismo.

El jóven que hubiera recibido semejante educacion, ¿sabria liberarse de la codicia que al parecer domina en todas las clases? Llamado quizás á aumentar su fortuna, nada tendrá esto de particular á sus ojos, y sobrado entendido para ignorar que la fortuna proporciona medios de influir en la moralidad y dicha de sus semejantes, solo por este motivo la dará algun valor. ¡Mas cuán distante no estará siempre de la pasion al dinero, azote de los tiempos en que vivimos, resultado muy comun de una educacion mezquina, y prueba patente de la degradacion de las ideas cuando no se les dá la conveniente direccion desde la infancia!

El alumno destinado á alistarse en la carrera industrial, necesita especiales cuidados para preservarlo de esa alteracion gradual de las mas sanas intenciones á que nuestra naturaleza está sujeta. Solo el exámen severo y continuo de su conciencia ante Dios podrá conservar en él ese grado de moralidad que le dá derecho á exigir la, de apelar á la conciencia de sus semejantes. Nadie sin ser bueno puede ejercer saludable influencia, ni nadie puede ser bueno sin vigilarse á sí mismo; cuanto mayor sea el peligro de dejarse subyugar por la codicia, tanto mas necesario es recurrir á la mejor salvaguardia.

Asi es como en la educacion el estudio de las artes industriales puede servir para cultivar la moralidad. El desarrollo siempre creciente de la industria, aumentando las relaciones de los hombres ilustrados con la clase indigente, multiplican las ocasiones de serla útil, unos por la instruccion que difundan, otros por sus invenciones, fuente de nuevos trabajos, y todos manteniendo la simpatía y el amor á Dios en el corazon de los pobres; el cual es un bien, que aunque el discípulo crea dispensarlo á otro, redundará mucho mas en provecho suyo.

Otras artes, objeto de estudios mas amenos, pueden ejercer tambien benéfico influjo en la educacion. Si la prevision de la Providencia por nuestras necesidades excita el reconocimiento, quizás le experimente mayor el discípulo al considerar los placeres tan vivos, y en apariencia tan inútiles de que somos deudores á la bondad de Dios. Y asi como el don de un fútil juguete es para el niño una prueba mayor del amor de su padre que el alimento que de él recibe, del mismo modo el perfume de las flores, los atractivos sonidos de la música, la admirable belleza de los campos, y todo el lujo en fin de la creacion es quizá lo que mas profundamente nos conmueve entre los infinitos beneficios que nos dispensa.

Para sentir estas dulces impresiones en toda su fuerza es preciso que se haya desenvuelto oportunamente en el corazon el sentimiento de lo bello, á fin de evitar que á la falta de atencion del niño se sucedan inmediatamente las distracciones apasionadas de la juventud y mas adelante el entorpecimiento de la edad madura. En un ser incapaz de admirar nada, carecen de significacion multitud de conocimientos, pues que el sentimiento de lo bello es lo que espresan las artes y la parte poética de la literatura, en que el encanto del lenguaje produce en nosotros el efecto de un arte haciendo apreciables para los sentidos las impresiones inmateriales del alma.

Consideradas en su esencia y no en los abusos á que pueden dar

lugar las bellas artes, no nos ofrecen nada que no sea puro. Así como la creación cuya idea reflejan en días diversos, revelan al corazón la bondad de Dios, y nos muestran la grandeza de la facultad de entusiasmarse concedida al hombre, por medio de esos dones en que trasmite sus propias impresiones reuniendo los rasgos que le encantan en la naturaleza. Consagradas desde su nacimiento á la religión, atestiguan con frecuencia su alto origen, añadiéndose á los efectos de su encanto particular, un efecto mas solemne y saludable, y como dice la inscripción del museo de Florencia: «*Levan di terra el Ciel nostro intelletto.*»

Las bellas artes sin embargo no afectan directamente la inteligencia, sino que su admirable lenguaje se deja oír por el intermedio de las sensaciones, por lo cual cabe en ellas cierta tendencia mundana, y su estudio mal dirigido seria peligroso. Es preciso apelar al sentimiento de la belleza moral despertándolo y escitándolo por medio de la religión en los jóvenes, para que prevalezcan dos elementos mas puros, y puesto que en la region de las bellas artes mas que en otra alguna aparece bajo su doble aspecto espiritual y corporal la naturaleza humana, procuremos profundizar en ella el sello divino.

No obstante, esto no puede verificarse sino con la ayuda del tiempo, pues aunque el sentimiento de lo bello existe realmente en el niño, se manifiesta bajo formas tan pueriles que para descubrirle se necesita grande atención.

Para recorrer hasta el fin el dominio de los conocimientos, debiera tratar ahora de cada una de las ciencias morales, señalando su doble tendencia, trabajo que no emprenderé porque en estos estudios, reservados para el último período de la educación, no puede hacerse hasta entonces otra cosa que prepararlos. Solo aconsejaré que esta preparación tenga su fundamento en la historia. Ante todo es preciso conocer la naturaleza humana, y lo que no puede enseñarnos la observación contemporánea, lo encontraremos en la historia, vasto campo donde se esconde la raíz de todas las cosas y donde el espíritu puede recoger un alimento que le recree y fortifique desde la mas tierna infancia hasta la edad caduca. Mas para que este alimento sea siempre agradable se necesita dar vida al relato de los hechos, que las narraciones sean sencillas y animadas, que nos hagan respirar, por decirlo así, el espíritu de los diversos siglos, espíritu que en cierto modo es preciso comprender para que los juicios históricos no sean falsos, parciales, y hasta injustos.

Se abusa demasiado, á lo que creo, al inculcar opiniones formadas tratándose de la historia, impidiendo el ejercicio de la razón é impo-

niéndole bien ó mal juicios ajenos. Sin duda se deducirán algun dia ideas y doctrinas del conjunto de los hechos, y se revelará la moral y la religion que ocultan los sucesos considerados en conjunto, pero dejemos que el tiempo complete la obra. Confíemos en el poder de una educacion piadosa y en el arranque de los sentimientos virtuosos cuya expresion no podrá contener el profesor cristiano, y no entibiemos la aficion á un estudio útil y ameno convirtiéndole en un curso de moral ó en la enseñanza prematura de un sistema filosófico. Una vez conocidos los hechos interesantes, la idea que los une se hace agradable; pero presentados como prueba de una doctrina abstracta pierden su mas atractivo encanto. Hacer presentir y apropiarse las grandes verdades sin enseñarlas dogmáticamente, es el fruto que puede obtenerse de la historia para la juventud; efecto que produce en alto grado el estudio de los libros sagrados y aunque mas indeciso y confuso, se obtiene tambien real y efectivo con el de los anales del género humano.

¿Y no es posible, se dirá, apresurar y asegurar este efecto? ¿Y considerando las ciencias naturales como medio eficaz de desenvolver buenos sentimientos en el niño, no ha de sacarse partido alguno del estudio de la historia, que es aun mas á propósito para influir en la moralidad? ¿Pero no puede darse tambien tendencias peligrosas, que deben evitarse? A esto puede replicarse que una narracion animada excitará facilmente nobles movimientos en el jóven, que siempre responde á la voz del patriotismo, á la voz del valor y de la abnegacion; pero exigir que se juzgue acerca del mérito moral de las acciones ó de los caracteres es, segun creo, no conocer de qué es capaz el niño. En el estudio de la naturaleza los hechos materiales se explican por medio de hechos del mismo género, sin que se altere jamas su encadenamiento por la idea de la causa primera é inmaterial; lo contrario sucede en el estudio de la historia, en la cual se llega en seguida al órden moral. Las pasiones, las opiniones, los intereses explican los actos, y el estado de la conciencia decide de su moralidad; ¿cómo habia el niño de juzgar acerca de tales objetos? ¿Puede acaso hacer intervenir con oportunidad la causa primera? ¿No correria el riesgo de imputar á Dios las faltas de los hombres?

Déjese tranquilo el buen sentido para conservarlo intacto; para no falsear la facultad que juzga, dirijámonos á la facultad que pinta. La imaginacion puede presentar al niño á grandes rasgos bellísimos cuadros, al paso que el juicio, acostumbrado á ejercitarse en la realidad de la vida, todo lo refiere á esta, todo lo empequeñece, y por lo comun profana para largo tiempo la majestad de la historia.

Enseñemos sin embargo á los niños el camino que nos proponemos seguir; digámosle, que nos dirigimos á ellos como á seres religiosos, y que si no reinasen en su alma sentimientos de piedad, en los anales de lo pasado acaso apreciarian en mas la fuerza, la habilidad y la victoria que la virtud. Sin pretender apagar á sus ojos los colores de la historia, ni entibiar emociones casi siempre generosas, advirtámosles que las leyes de eterna justicia no sancionan siempre la admiración que producen ciertos actos de abnegacion, heróicos solo en apariencia.

Así es como la moral, buscándola en su origen aparece en toda su santidad, tal como nos la ha mostrado el cristianismo. Cuando se llega á renunciar á la idea de la pureza original del corazon humano, no se busca la perfeccion sino en el único modelo acabado que ha aparecido en la tierra. Todas las cosas desde entonces se muestran con verdad, sin que venga á turbarnos ningun temor por los principios y puede hacerse justicia á lo que haya de grande en nuestra decaida naturaleza. La religion nos libra hasta de lo que pueda haber de peligroso en los demas estudios. El sentimiento siempre triunfante rechaza los efectos de las influencias contrarias. El discipulo recoge sin peligro los ricos tesoros que han acumulado las ciencias, y así como los buzos van en busca de perlas al fondo del mar, él está siempre dispuesto á remontarse á las regiones superiores.

(*Mme. Necker de Saussure.*)

NECKER DE SAUSSURE. Véase SAUSSURE.

NEGLIJENCIA. Una jóven *es negligente ó descuidada*, cuando abandona lo que deberia hacer, ó lo hace imperfectamente y sin fijar la atencion.

La negligencia no excluye la actividad, ni impide que la jóven sea muy activa en las diversiones y aun en trabajos que le hayan caido en gracia, ni se opone á que obre algunas veces con viveza, aunque sin orden y fuera de propósito. Por consiguiente no puede confundirse con la indolencia.

Las madres de familia tienen que corregir frecuentemente este defecto, si no en la extension que suponemos, por lo menos lo bastante para que cada una reconozca en su hija rasgos del retrato comun que vamos á bosquejar.

Nuestra discipula puede ser negligente ó descuidada respecto al vestido y á las ocupaciones caseras, ó bien respecto al estudio ó al cumplimiento de los deberes del corazon.

¿Qué cuarto es ese, de aspecto desagradable, en que no se ve ningún objeto en su puesto, en que los muebles están cubiertos de polvo, y en que la araña labra sus telas sin temor de que nadie vaya á inquietarla? Es el cuarto de una jóven de doce ó catorce años, pero de una jóven descuidada. Si la madre no pasa revista y no examina minuciosamente todos los rincones, para conseguir que haya órden y limpieza, aumenta la confusion de dia en dia sin que la niña lo note siquiera; y solo cuando llega á ser demasiado embarazosa, se adopta alguna medida, de prisa y corriendo, la cual produce nueva confusion. Los vestidos, pañuelos, etc., andan rodando por las sillas, de las cuales ninguna está en su lugar, sino antes bien desordenadas por en medio, estorbando el paso y sin dejar acercarse á la puerta ó á la ventana; y la ropa sucia que la niña se ha quitado al mudarse, en vez de estar en el sitio destinado para ella, está tirada en el suelo á vista de todos.

Por la mañana olvida los cuidados mas comunes de la limpieza, ó no los desempeña sino porque su madre se lo manda. Si la reconviene como merece por esta negligencia, responde como cosa muy natural: «No me he acordado, ó no he tenido tiempo;» viste mal y sin gusto, y quiere disculparse con que es el traje de levantarse, como si por serlo no mereciera llevarse bien.

Llega la hora del estudio y apenas encuentra sus papeles, esparcidos por todas partes; las plumas se le han perdido y el tintero no tiene tinta desde el dia anterior, ni se ha acordado de ponerla. Va á estudiar y toma sus cuadernos, descosidos y manchados de tinta, con las hojas arrugadas y ennegrecidas y las cubiertas hechas pedazos. Lo mismo sucede con sus libros, si es que su madre la permite que tenga algunos en su poder. Escribe, es verdad, pero hace los renglones torcidos, forma mal las letras, y no cuida de los acentos, de la puntuacion, ni de lo demas que hace legible lo escrito, sin pensar en que por bueno que sea lo que se escribe es inútil para los que no pueden leerlo. Y no es eso solo, pues pasando la negligencia de la forma al fondo de las cosas, extracta ó escribe sus lecciones con indiferencia, para salir del paso, sin cuidado ninguno, porque no comprende la utilidad del estudio, y en lo cual no ha querido pensar nunca.

Suponemos que tiene buen corazon y que desea hacer bien, pero acostumbrada á descuidarlo todo, lo que se le encarga como lo suyo propio, pierde la ocasion de hacer un bien sin sospecharlo siquiera. Una pobre mujer le ha interesado para que hable á su madre á fin de que le conceda alguna cosa que necesita, y la jóven ha prometido

hacerlo, con la mejor voluntad; pero al principio no lo hace porque le parece que no corre prisa, después se atraviesa alguna otra cosa, y al fin lo olvida, como todo, y la pobre mujer ha contado con ella en vano.

Por el pernicioso influjo de esta enfermedad moral, dá la jóven poca importancia á lo que la tiene muy grande, pues la negligencia ofusca el juicio y embota la inteligencia. Muchas veces siente cuando ya no es tiempo lo que ha dejado de practicar, una circunstancia imprevista suele ser para ella como un rayo de luz, pero un rayo pasajero que al punto se desvanece, recobrando el hábito su imperio y entregándose á la rutina de dejar que esté todo en desorden y confusion, porque eso es mas fácil que sujetarse á una regularidad que no conoce.

La *negligencia* tiene por auxiliar á la *distraccion*. Este es un pretexto de que se vale la niña algunas veces para excusar su defecto esencial, y no será extraño que se alabe de que es distraida, aunque añadiendo que lo es involuntariamente. ¿Cómo se le ha de reconvenir por una cosa que no depende de la voluntad? Por desgracia tambien hay madres dispuestas siempre á cohonestar los defectos de sus hijas, llamando *distraccion* á lo que es verdadera *negligencia*.

Cuando se reprende á la jóven negligente, le parece que la reprimension nunca es proporcionada á la falta, y se admira aunque no replique porque la suponemos sumisa, de verse objeto de una severa reconvencion. Por ejemplo, olvida guardar los vestidos que se quita al venir de fuera, echa borrones de tinta en sus cuadernos, ó no se acuerda de dar las buenas noches á su madre: ¿acaso es un crimen? ¿Merece por ello que la reprendan sériamente?

Si por sierto, diríamos nosotros á la pobre jóven. Lo merece porque todas esas faltillas traen con el tiempo consecuencias muy sérias. En sí mismas son ya verdaderas faltas y origen para el porvenir de vicios y desgracias. La jóven descuidada será un dia madre de familia, y ciertamente no será entonces mas cuidadosa ni amante del orden que antes; comprometerá los intereses de su casa, hará desagradable la mansion en ella, y sus hijos, á quienes no sabrá educar, la devolverán en disgustos de todo género, lo que ella ha hecho sufrir á su madre.

Pero limitémonos por ahora á ver cuáles serán las consecuencias inmediatas de este defecto.

La primera observacion que ocurre, es que la negligencia nos roba una porcion considerable de tiempo, de ese tiempo precioso,

que segun Franklin, es *la tela de que se hace la vida*. Cuando los materiales para el estudio se hallan diseminados, se necesita tiempo para reunirlos y ponerlos en orden, y los momentos que debian consagrarse al estudio se pierden en preparativos. A veces hay necesidad de consultar una nota escrita, unas señas, una apuntacion del precio de tal ó cual cosa; si por negligencia se ha extraviado esa nota, se pierde el tiempo en buscarla, acaso inútilmente, y lo que pudiera haberse hecho á propósito, queda sin hacer ó no se hace cuando se debia. Si se repiten bastante en una semana estas omisiones y olvidos, calcúlese cuánto tiempo se perderá en los siete dias.

La jóven descuidada, que vé que rara vez le sale bien nada de lo que emprende, porque no sale bien lo que se hace sin cuidado, se desanima y abandona. Hace muy pocos progresos en el estudio, y se resigna; encuentra pocas simpatías tanto en los estraños como en las personas de su familia, mas si alguna vez piensa en esto de paso, lo olvida al momento y no se corrige. Llega á considerarse como extraña á cuanto la rodea, ó por lo menos no se fija consecuente y decidida, y el resultado es que su corazon se marchita por la indiferencia, asi como su entendimiento se entorpece por faltarle el concurso de la voluntad.

Si alguna vez hace esfuerzos para salir de aquel caos en que hasta entonces ha vivido, se asusta al ver acumuladas todas sus omisiones, no cree poder nunca arreglar lo que ha dejado atrasado. Aunque sus negocios no sean muchos, al fin una niña que está ya en la edad de la adolescencia, puede y debe ayudar á su madre en los cuidados de la casa, y luego tiene sus labores y sus estudios. Todas esas ocupaciones, aunque ligeras, si se han ido descuidando se acumulan y forman un conjunto espantoso para la que nada ha hecho jamás con orden y exactitud, á pesar de que seria muy poca cosa para la jóven cuidadosa y atenta que quisiera ponerlo en orden.

Para combatir la negligencia, la madre examinará ante todo si el juicio de su hija, aunque parece mudo en este punto especial, ha adquirido algun desarrollo; porque pudiera muy bien suceder que con el deplorable hábito de la negligencia, se encontrase, si no en las acciones de la niña, por lo menos en sus palabras, algun signo visible de sana reflexion y de sentido recto á que solo falta la voluntad de aplicarse. En este caso las conversaciones bien dirigidas podrán hacer mas que los castigos, y la persuasion gradual será mas eficaz que el temor.

Si el juicio está ya pervertido por efecto de la negligencia, lo cual

acontecerá mas de una vez, este medio no es tan poderoso, y entonces es preciso que la jóven que no es capaz de comprender los razonamientos de su madre, comprenda y respete su autoridad, y que esta autoridad obre y mande con perseverancia y sin desanimarse nunca. A pesar de todo, siempre debe dejarse una parte á la razon, pues la madre, á fuerza de presentar á su hija ideas exactas, acabará por borrar de su espíritu algunas ideas falsas, y el camino se allanará mas fácilmente ante esa alianza de la razon y de la autoridad materna.

Es necesario que la jóven descuidada, vea que su madre considera muy seriamente el defecto y los medios de corregirlo. Si no llega á convencerse de ello, como es muy inclinada á acomodarse fácilmente á todo lo que sea inaccion, no tardará en aprovecharse de la indulgencia que le manifieste su madre, sin que esta consiga persuadirla de que la aflige. Se figurará la jóven, que lo que un dia ha hecho reir á su madre no será otro dia motivo de disgusto, y si por una misma cosa un dia se la reprende y otro se la disimula, interpretará la diferencia en su favor, y como debilidad de la madre.

Está por lo contrario, debe hacerle comprender la necesidad de su firmeza y constancia en corregirla de la negligencia, y al mismo tiempo no perder ninguna ocasion de hacerla sentir y palpar los perniciosos efectos de este vicio, y de preservarla de las recaidas, encaminándola y alentando los progresos que haga. Empezando por las ocupaciones de la casa y los pormenores del vestido y aseo, es necesario, como dice Mad. Campan, acostumbrarla á que en presencia de su madre reciba la ropa de la lavandera, separando la que tenga que componer, y guardando la demas en su sitio con cuidado; y debe reprendérsela siempre que tenga el vestido desgarrado ó con manchas, ó cuando cometa cualquiera otra falta de esta especie; pero sin acritud, aunque con incansable perseverancia.

Por lo que toca al estudio, se le obliga á repetir lo que haya hecho mal, porque privándole de una media hora de recreo, le hará conocer tal vez los inconvenientes que trae consigo la negligencia. Sobre todo es preciso ser severá en cuanto al modo de tratar los cuadernos, los libros y todas las cosas, porque este hábito de orden exterior, es mucho mas importante de lo que parece.

En cuanto á las ocasiones de manifestar los efectos de la negligencia, relativamente á las obligaciones morales, no le faltarán á la madre. Si la niña no se ha despedido de ella al acostarse, ó no ha venido á saludarla cuando se levanta, al pedir alguna cosa se le contesta con frialdad, perdonándola luego si dá muestras de arrepenti-

miento, y en otro caso se persiste en la negativa, diciéndole simplemente el motivo.

El ejemplo de la negligencia ó de la exactitud de otra jóven podrá citarse alguna vez, pero este medio es peligroso y debe usarse con mucha prudencia, porque puede dar motivo á envidia ó á indiscreciones.

(Théry.)

**NERVIOSO (Temperamento).** El niño dotado de complexion nerviosa es por lo comun delgado de cuerpo, de miembros débiles y delicados, de cabeza abultada, de ojos azules, de cabellos blondos, de rasgos expresivos y sobre todo de excesiva sensibilidad. Para él todo es placer ó sufrimiento; tan pronto está triste como alegre, y es caprichoso y mudable hasta el exceso. La menor contrariedad y el mas leve mal le abaten al parecer; lo cual conviene que tengan presente las madres, para no asustarse en muchas ocasiones.

Todos los niños son nerviosos, pero algunos lo son en tal grado que la menor impresion les causa temblores ó movimientos convulsivos; este temperamento predomina en las ciudades mas que en las aldeas y en las niñas mas que en los niños. Las madres ociosas y habituadas á una vida muelle y sensual, suelen transmitir esta complexion á sus hijos, complexion que predispone á convulsiones, á fuertes romadizos, á catarros sofocantes, á la epilepsia, etc. (1)

Quando se advierte este temperamento en el niño, es preciso no perdonar medio alguno para modificarle. En primer lugar se le proporciona una nodriza robusta, que no tenga la sensibilidad de la madre, y luego se procura robustecer sus delicados miembros por medio de un ejercicio conveniente, bañándolo con frecuencia en el rio ó en agua de lluvia expuesta por algun tiempo al sol, pues no le convienen los baños tibios sino rara vez, y solo cuando esté muy exaltada su sensibilidad. El régimen del niño de complexion nerviosa debe ser bastante nutritivo, pero evitando siempre los manjares excitantes, los vinos y licores espirituosos, el té verde y el café, los cuales le serian muy nocivos en todas las épocas de la niñez.

Sin consentir en todos sus caprichos, es preciso sin embargo, evitar al niño delicado y nervioso todo motivo de contrariedad, de celos, de susto, etc., y sobre todo lo que pudiera excitar sus sentidos y disponerle al onanismo. Conviene que tenga pocos amigos y que se le

(1) Véase *Traité de la complexion nerveuse*, Gand, 1842.

entretenga en sus juegos, iniciándolos el padre ó la madre cuando él no lo hace de por sí. Los progresos de la inteligencia son á veces en él muy precoces, y la prudencia exige que se contenga en vez de apresurarse su desarrollo moral, contestando en pocas palabras á sus preguntas, calmando su imaginacion, y como en él hay exceso de vida intelectual con gran debilidad de cuerpo, es preciso fortalecer este por largo tiempo antes de dar principio al estudio, pues como dice Donet: «que el espíritu debilite el cuerpo es acaso un mal soportable, pero no que lo mate.»

Mas adelante será preciso evitar los sonidos penetrantes de la música, las prolongadas vigiliias, las lecturas novelescas, los bailes, los espectáculos en que todo concurre á exaltar la imaginacion y á acrecer su susceptibilidad. Si cuantos rodean al niño comprendiesen cuán desgraciadas son esas personas delicadas y nerviosas, á quienes todo impresiona y excita, y que sienten todos los dias dolor de cabeza, espasmos y males infinitos que no tienen nombre, comprenderian tambien la importancia de observar estos preceptos, y no perdonarian medio para excusar á sus hijos del doloroso privilegio de sentir hasta el exceso.

(Sovet.)

NIEMEYER. (*Historia de la educacion.*) Cuando se verificaba una gran revolucion en las escuelas, cuando las ideas de Rousseau en materia de educacion se extendian por todas partes con grande aceptacion, mas bien por la elocuencia del Emilio que por la exactitud de los principios, vino al mundo uno de los hombres que han tenido mayor parte en la propagacion de las buenas doctrinas pedagógicas, con sus escritos y con su ejemplo. El doctor Augusto German Nieme-  
yer, muy conocido ya de los lectores del Diccionario, nació en Halle, en 1.º de setiembre de 1754.

Hizo sus primeros estudios con aprovechamiento, y pasó luego á instruirse en las ciencias teológicas en la Universidad de la misma poblacion donde habia nacido. Apreciado por su saber y aplicacion, fué sucesivamente profesor é inspector del seminario teológico y del Real Instituto pedagógico, director de este último establecimiento y de la célebre casa de huérfanos de Halle, que hallándola en decadencia la levantó á grande altura, director del seminario y del colegio de pobres, consejero del Real Consistorio de Prusia, del colegio superior de Berlin y de estado del reino de Westfalia, y cancelario y rector de la Universidad de que habia sido discípulo. En 1813, suprimida la Univer-

idad por Napoleon á causa de los sentimientos patrióticos de que en ella se hacia alarde, fué deportado á Francia, sin que al restablecerse la escuela al año siguiente volviera á ocupar su destino. En el año 1794 se habia recibido de doctor en teología; en 1816 fué nombrado consejero del Consistorio y corresponsal del de Magdeburgo y luego se le condecoró con la cruz de distincion del Águila roja de Prusia. En el año de 1827 celebró su jubileo por contar cincuenta de magisterio y murió en 7 de julio del siguiente de 1828.

Adquirió gran fama de hombre honrado y caritativo, hizo grandes servicios á las ciencias y fué un escritor distinguido. Entre sus obras de pedagogia, estudio á que se dedicó con especialidad, cuéntanse las siguientes: *Principios de educacion y enseñanza*, *Guia de pedagogia y didáctica*, *Problemas pedagógicos*, *Guia de los examinadores*, *Historia de la pedagogia alemana*, *Carácter de la pedagogia de los tiempos antiguos*, *Intervencion de los padres en la educacion é instruccion de las escuelas*, *Ideas de los clásicos griegos y latinos sobre educacion*, *Melanchthon como preceptor*, *Libro de canto para las escuelas*.

De todos estos trabajos, el mas importante sin duda alguna es el primero de que hacemos mérito y del cual hemos tomado varios artículos para el Diccionario. *Los Principios de educacion y enseñanza*, por mas que se miren con desden por algunos escritores de nuestros dias, fundándose unos en que son poco filosóficos y otros en la razon contraria, cuentan aun muchos partidarios y admiradores que los consideran como uno de los mas importantes repertorios pedagógicos, por sus excelentes consejos y observaciones en que no se olvida punto alguno relativo á educacion, y por su rica y escogida bibliografia. Lo único que puede censurarse es la falta de lógica en el orden y encadenamiento de algunas de sus partes.

Sin remontarse á la teoria de otras ciencias que sirven de fundamento á la educacion, porque de ese modo la obra hubiera sido interminable, presenta el autor los resultados, las reglas deducidas ya, añadiendo á veces demostraciones abstractas sobre lo mas esencial. Estos resultados son el fruto de largos años de estudios é incesantes observaciones, asi como las reglas y preceptos prácticos lo son tambien de ilustrada y rica experiencia, y de rara meditacion y exámen. Apenas habria en su tiempo tratado de pedagogia de alguna importancia que no hubiera consultado; estaba en relaciones íntimas con los hombres mas distinguidos en educacion; se ocupaba en dirigir y aleccionar á la niñez por si mismo, asi que reunia cuantos elementos podian contribuir al acierto en su trabajo.

Libre Niemeyer del espíritu de exclusivismo que dominaba en aquella época entre los hombres dedicados á la pedagogia, no admitiendo métodos especiales absolutos, y alejado de los partidos y banderías, en medio de la agitacion general examinaba con calma é imparcialidad todas las doctrinas antiguas y modernas, para descubrir las de verdadero mérito, y facilitar á los principiantes el conocimiento de lo que les convenia saber para el ejercicio de su profesion. Igual imparcialidad y prudencia observa en las infinitas citas y recomendaciones literarias. Fácil le hubiera sido hacer una reseña completa de los libros de pedagogia publicados hasta entonces, y mas fácil aun apropiarse su contenido; sin embargo, se propuso dar una literatura pedagógica selecta y así lo hizo, de suerte que no habla de un libro, y son muchísimos los que menciona, sin haberlo leído y examinado detenidamente.

Por eso los *Principios de educacion y enseñanza, por Niemeyer*, obra que consta de tres tomos voluminosos, de letra compacta, ha tenido grande aceptacion, de suerte que se han hecho de ella nueve ediciones, y tendrá siempre importancia, tanto por sus principios y doctrina como por sus datos históricos. El tomo primero trata de la educacion, el segundo de la enseñanza, y el tercero de la historia de la pedagogia.

**NIÑERAS Y CRIADAS.** Luego que el niño entra en los cuatro meses gusta de que le lleven en brazos de una parte á otra, y de que le mezan en las rodillas. Como padece á causa de la denticion, el aire libre le refrigera, el canto repetido le entretiene, y exige estos servicios así de dia como de noche. Su madre no puede siempre desempeñarlos, ni arreglar las horas de darle el pecho. Si pide por la noche de mamar, despues de haberle satisfecho necesita dormir. Para la eleccion de una niñera es preciso un gran cuidado, aunque por lo comun se encuentran muchas mujeres diestras para el servicio que necesitan los niños en la cuna. Todas las aldeanas están hechas desde su tierna edad á llevar niños en brazos.

La naturaleza ha dado á las mujeres una compasiva aficion á los niños. Así las jóvenes como las ancianas, jamás ven una criatura de pecho sin sentir cierta emocion que los hombres no perciben: no es, pues, difícil encontrar una buena niñera.

Luego que el niño está algo crecido y no se le lleva en brazos, suele destinarse para que le cuide otra mujer de mayor edad, diferente de la niñera y del aya, á quien vulgarmente se dá en algunas partes el

nombre de ama seca. Debe advertirse que entonces empieza el niño á aprender los nombres de las cosas que llaman su atencion, y á recibir las primeras ideas: por consiguiente, entonces se dá principio á la educacion. Es incalculable el influjo de estas primeras ideas: no hay despues hábito ni documentos que puedan desarraigarlas del todo, porque se graban indeleblemente en su tierna razon. Asi que la eleccion de una ama de esta especie, es mas dificil que la de una niñera, y aun de las cosas mas importantes. Por lo general se pone el mayor cuidado y esmero en buscar una buena aya: se toman prolijos informes acerca de sus costumbres, de su talento é instruccion, y no hay duda que es muy bien hecho; pero el aya ha de tratar con los niños cuando ya estos tienen edad suficiente para conocerla y contradecirla.

El ama seca por el contrario, sin contradiccion ni censura alguna graba á su antojo en el entendimiento de los niños las opiniones mas absurdas y funestas. Ejerce con ellos una especie de despotismo desconocido á los padres, y este es el objeto de casi todas ellas: tratan en su cuarto con aspereza al niño que acababa talvez de ser acariciado en la sala, y allí disponen como árbitras de la verdad y la mentira. Si una madre inconsiguiente ó inconsiderada cree una sola vez la falsa relacion del ama, y por la malignidad de esta se castiga injustamente al niño, el cuarto de la misma se convierte en una casa particular distinta de la de los padres: el niño aterrado no descubrirá nada de lo que en ella pasa, será víctima de los caprichos, testigo del desórden, y temiendo no ser creído mentirá tal vez para ocultarlos.

Todos estos inconvenientes que destierra sin dificultad una madre juiciosa y vigilante, son mas de temer cuando dichas amas presumen de discretas. Debe, pues, buscarse una que sea dócil y no la eche de entendida, cuidando al mismo tiempo de que no tenga modales ordinarios para que no se los comunique al niño.

En Inglaterra donde son muchas y estan bien montadas las escuelas para todas las clases del pueblo, se encuentran mujeres de esta especie mejor educadas que en Francia; y así en Paris muchas personas ricas han adoptado el uso de servirse de inglesas para este ministerio. Se ha observado por otra parte que la pronunciacion de los idiomas aprendidos desde la infancia no es perjudicial, antes bien facilita la enseñanza y rectifica en la lengua nativa las impropiedades que suelen cometerse en la infancia. Entonces es cuando el niño ha de aprender de su madre el idioma pátrio, y ella es quien debe con su esmero

allanar las dificultades y reparar los vicios de la educacion (1).

La madre que no haya querido entregar sus hijos á una persona extraña para que les dé el pecho, tampoco les buscará una mujer de mala educacion que imprima en ellos las primeras ideas tan duraderas despues: ella misma cuidará de sus hijos, los acompañará, y no se valdrá de otras criadas sino para que la ayuden en ciertas tareas penosas, ó la sustituyan algunos ratos. En el capítulo destinado para guiar á esta verdadera madre, reuniré cuanto me ha enseñado la experiencia sobre la educacion de los niños.

(*Mad. Campan.*)

NIÑAS (Educacion de las). A la manera que es uno y comun el fin general á que se ordena la educacion de cualquier hombre, así tambien son unos mismos los principios en que se funda y gobierna. De aqui es que la doctrina que hasta el presente hemos dado indiferentemente, sirve no solo para la crianza de cualesquiera niños, sino tambien para la educacion de las niñas. Pero del mismo modo que es preciso contraer la instruccion, el método, y la práctica de las acciones á aquel destino, que mas particularmente conviene con la natural disposicion y ocupaciones que hayan de tener los niños, del mismo modo es necesario que se haga esto respecto de las niñas. El sexo de las mujeres es mas débil en cuanto á las fuerzas corporales que el de los hombres. Por lo que respecta á las del ánimo, excede en perfeccion algunas veces, en acciones que siendo fáciles, piden cierta movilidad y presteza en ejecutarlas; pero falta por lo comun en las mas dificiles, por la mayor profundidad, extension y constancia que requieren. Dios le hizo para ayudar al hombre (2); y por consiguiente le formó con relacion á este fin, proporcionado para los asuntos económicos, y para seguir en todo la direccion de los hombres. Mas no se entienda por esto, que se ha de tener en poco, ó se debe descuidar de la educacion de las niñas; antes bien se ha de poner en cierto modo tanto ó mas cuidado que en la de los niños, por dos razones. La una porque las mujeres componen la mitad del género humano; y además, atendido el desórden de las cosas, sucede con frecuencia, que muchos hombres se dejan alucinar, arrastrar y gobernar, no solo por los buenos dictámenes, sino tambien por los caprichos de las mujeres; y por consiguiente, arreglada y mejorada la educacion de las niñas, se podia es-

(1) Lo que se ha dicho hasta aquí, puede aplicarse en España á cualquiera especie de criadas ó doncellas que cuiden de los niños y los acompañen.

(2) Gen. cap. 2. v. 18.

perar que se arreglase y mejorase la mayor parte del género humano. La otra razon es, porque la misma educacion de los niños, en gran parte está á cargo de las mujeres: en los primeros años absolutamente depende de su cuidado; despues, como los padres regularmente tienen que atender á otros negocios exteriores, las madres son las que pueden y deben velar mas sobre ella; y por último, sucede muchas veces, que muere el padre dejando hijos, y entonces carga sobre la madre todo el peso y cuidado de la educacion. Así, lo que antes dije, solo sirve para manifestar que la disciplina de la educacion en las niñas, no ha de ser tan rigorosa, y los objetos de su instruccion no tantos ni tan elevados como en los niños, sino acomodados á los particulares destinos de las niñas.

Como las mujeres por lo regular no se ocupan en los cargos de la república, ni en los ministerios de la Iglesia, sus principales ocupaciones solo se diferencian por el estado que eligen, ó en que se las coloca. Aun muchas de ellas son comunes á todas; porque no tan solamente la mujer casada entiende en los negocios económicos de su casa, sino que esto mismo hace la monja en cuanto á los de su convento. Por esta razon debe ser casi uniforme la educacion que se dé á cualesquiera niñas en los primeros años. Los principios de la religion, leer, escribir, contar, la economía de la casa, algunos principios de dibujo, con las labores propias del sexo, deben aprender todas las niñas, siguiendo el método que se propuso en el libro primero, ú otro un poco mas reglado. Si andando el tiempo manifiesta vocacion al estado religioso, y tiene capacidad para ello, no solo deberá perfeccionarse en leer latin, sino que tambien se la podrá facilitar alguna inteligencia de este idioma, para que lea con mas conocimiento y fruto lo que debe rezar ó cantar en el coro. Pero si las niñas se educan para el estado del matrimonio, ó para ser madres de familias, la instruccion se deberá proporcionar á la clase ó grado en que están ó esperan colocarse. Los conocimientos que quedan referidos, bastan para las labradoras y mujeres de artesanos; solo deberán preferirse entre las labores, aquellas que siendo compatibles con sus fuerzas, y el cuidado de la casa y familia, tengan mas afinidad con el arte ú oficio del marido. Cuando la niña que se educa es de una clase superior, no por eso debe dispensarse de los conocimientos comunes; sino que debe perfeccionarlos y adelantarlos en cuanto lo permitan sus fuerzas y capacidad, supuesto que ellos son los que la han de poner en estado de desempeñar dignamente las funciones de madre de familias. Habiendo de tratar por su grado y condicion, sujetos de dis-

tintos países, convendrá añadir á los dichos algunos conocimientos de la geografia, y de la historia; como tambien, caso que haya de dejar el suelo pátrio, la lengua de aquel en que haya de establecer su habitacion. En quanto á la música, dice el Sr. Fenelon (1), que solo en caso de tener la inclinacion y voz proporcionada para ella, se les debe facilitar este entretenimiento, sin permitir que se apasionen á él con demasia. Mas favorablemente discurre en orden á la pintura; así convendrá, que en quanto lo permita el génio, vaya perfeccionando los principios de dibujo que aprendió en los primeros años. Respecto del baile y demás juegos y diversiones, se han de tener presentes las reglas que abajo se pondrán. Pero es necesario que se entienda, que las niñas, atendido su temperamento, y lo moderado de sus ejercicios, no necesitan tanto de juegos como los niños para recrear el ánimo, y darle algun desahogo. Por lo comun basta que alternen las ocupaciones referidas, y cuando mas, que se interponga la conversacion familiar, ó algun paseo, con los ratos correspondientes de descanso.

Aunque se debe procurar la instruccion de las niñas con el esmero que queda referido, no es este el principal cuidado que se ha de tener acerca de ellas, sino la formacion, y si puede ser la inocencia de sus costumbres. Para esto vuelvo á encargar la buena moralidad de la familia, especialmente de las ayas y criadas con quienes tratan y conversan con frecuencia. Como las niñas son de suyo dóciles é inclinadas á la imitacion, el buen ejemplo de las madres es lo que principalmente influye en la formacion de sus costumbres. Enséñenlas, pues, por este medio á amar el retiro de sus casas, el estar ocupadas decentemente, la modestia y circunspeccion en su trato, vestidos y adornos, y á conservar ilesa la castidad. No bastan para esto las instrucciones; es menester además preservar de los riesgos; y los hay en todos, y por todas partes: así, el medio mas seguro es, que las madres dentro y fuera de casa tengan siempre sus hijas á la vista. No tan solo han de evitar que en su presencia se haga ó se diga cosa deshonesta, sino que tampoco han de permitir, aun respecto de las que se destinan al estado del matrimonio, que las criadas las hablen acerca de ello con anticipacion. No es decible la indiscrecion con que hacen esto en todo tiempo, y los daños que de una práctica semejante, por nuestra desgracia demasiado comun, se originan. Ya queda insinuado con doctrina de Aristóteles (2), cuánto importa para lo sucesivo acostumbrar á las niñas á la

(1) Education des Filles, cap. 12.

(2) Lib. 1. cap. 19.

continencia; y el Eclesiástico (1) manifiesta igualmente esta importancia, con lo difícil que es de conseguir. Como nuestro intento no es tratar por menor de la educacion de las niñas, no obstante que en esta obra se halla la doctrina suficiente para dirigirla, podrán consultarse tambien el tratado *De institutione feminae christiane*, de Juan Luis Vives, y la *Educacion de las niñas*, del Sr. Fenelon; y en caso de dedicarse al estado religioso, las *Cartas de San Gerónimo á Leta y á Gaudencio*, que tratan del modo de educar las niñas consagradas á Dios. Como tambien para las que se inclinen al estado del matrimonio, será útil el libro de la *Perfecta casada*, del maestro Leon.

(Rosell.)

**NÑEZ.** El niño es fin y lazo de la familia, por quien y para quien esta existe. La esperanza de ese nuevo ser, prenda de duracion de la especie humana, es lo que ennoblece la relacion de ambos sexos; la seguridad de esa criatura frágil, el interés moral de esa alma inocente, es lo que estrecha el vínculo conyugal. El niño es la vida y la virtud de la familia. Por su mediacion la familia estrecha sus lazos con la humanidad, y le prepara un nuevo miembro que á su vez vendrá á satisfacer su deuda de trabajo y de sacrificios.

Por mas insignificante que parezca la tierna criatura, que al venir al mundo apenas se distingue del animal, no debe la filosofia desdeñarse de fijar la atencion en ese primer bosquejo de la humanidad. Debe por lo menos fijar en él su consideracion desde que empiezan á manifestarse los primeros albores de la inteligencia, y sobre todo desde que comienza la vida moral con la primera sonrisa, con aquella sonrisa tan dulce para los padres, tan indiferente para las personas extrañas, pero tan digna de atencion y tan admirable para el observador y el filósofo, que en ella ven, si así pudiera decirse, la inflorescencia de un alma racional. Desde aquel punto se echa ya de ver un lenguaje superior al de los animales mas inteligentes y afectivos, y ¿no es asombroso el cómo aquel ser tan humilde, tan impotente y tan adormecido haga ya uso del hermoso idioma de la sonrisa, que andando el tiempo expresará todos los grados hasta los mas finos y delicados del sentimiento? Despues de la sonrisa viene el movimiento de extender los brazos, siguiendo al signo de alegria y bien estar, el del afecto. Adviértese que el niño empieza á tener conciencia de si mismo y á inclinarse á

(1) Cap. 7. v. 26. cap. 26. v. 13. cap. 42. v. 9.

unos y á desviarse de los demas, cuando cree observar en ellos signos de cólera ó de amenaza. Cuando esos ligeros movimientos nos revelan los primeros vestigios de la individualidad no nos parecerán despreciables, pues nos hacen ver desde luego que el niño no es una máquina, ni una planta, ni un animal, sino que apenas acaba de nacer cuando ya posee y manifiesta caractéres peculiares de su especie, ya tiene un alma dotada de sentimiento y voluntad, con derecho á que no se le considere como un juguete ó como un objeto de adorno ó de ostentacion, sino como criatura digna de amor á la cual es preciso tratar con la mas exquisita solicitud.

Dejemos al niño en la cuna, cuya historia se ha repetido muchas veces y por observadores tan hábiles, que seria supérfluo el reproducirla. Considerémosle libre ya de andadores, desprendido de los brazos y del regazo maternos, lleno de vida, ligero, apasionado, rico y poderoso; tan difícil de sujetarse al análisis del filósofo, como su móvil fisonomía al lápiz del dibujante. Para educar la niñez es necesario comprenderla y amarla, mas para amarla bien es preciso saber lo que tiene de verdaderamente hermoso y verdaderamente amable.

Todas las edades de la vida humana tienen su belleza. La de la vejez consiste en la majestad, en la benevolencia para con los mas jóvenes, y en la confianza en la verdad y la virtud, no sin alguna mezcla de dulce ironia y de ligero escepticismo. La belleza de la edad madura es la fuerza, el valor, el respeto de sí mismo y de los demas, el afecto, y la severa experiencia. La belleza de la juventud es la generosidad, el honor, el amor apasionado de lo grande y el desprecio de la bajeza y del vicio. La belleza de la niñez es la inocencia.

No hay que confundir la gentileza de la niñez con su verdadera hermosura. Por una parte la pequeñez del cuerpo, la finura de las facciones, la ligereza de los movimientos, lo donoso de las formas, la frescura de la voz, y por otra, el primer tartamudeo, el ensayo de los pensamientos, las réplicas impensadas, y las ráfagas de una imaginacion que empieza á despertarse, presentan irresistibles encantos sin duda alguna; mas bajo el punto de vista moral no es eso lo que mas interés ofrece en el niño. Hay algunos cuyas formas son pesadas y groseras, cuya inteligencia adormecida se desarrolla penosamente, y que á pesar de todo no son menos interesantes que los demas; otros por el contrario dotados de brillantes cualidades, dan lástima al verlos cuán pronto dejan de ser niños.

Podria definirse el niño diciendo que es una persona que no tiene conocimiento de si propio. El niño ama sin saber lo que es amor; tiene

aversiones sin comprender lo que es odio; piensa tan pronto en sí mismo, como en los demás, pero sin reflexionar en qué fija su pensamiento; obedece á sus instintos sin comprenderlos; tiene algo del atractivo de la naturaleza que es hermosa sin saberlo y sin envanecerse: comprende que la vida es en él demasiado poderosa para que tenga necesidad de aumentarla por medio de la reflexion. La niñez goza de la vida con un abandono y una confianza admirables: conságrase enteramente al placer del momento; y segun la bella expresion de Bossuet, tiende por todas partes sus velas al viento que las hinche y las impele.

¿Por qué son tan agradables é interesantes los juegos de la infancia? Porque nos revelan un alma inocente que goza de la felicidad con delicias y sin ulteriores pensamientos. Considerad el hombre en medio del placer: nunca lo disfruta por completo: sus sentidos están agradablemente conmovidos, pero su imaginacion le atormenta; ó bien su imaginacion está encantada, pero el pensamiento se halla inquieto. Por otra parte en medio de sus placeres reflexiona: sabe que los disfruta y los saborea, porque prevee el fin: por último, esa misma incertidumbre le impele no pocas veces á traspasar el limite de sus necesidades, y á buscar goces mas allá de lo conveniente y lo natural. De aquí provienen las pasiones que constantemente llevan al hombre á situaciones violentas. Volvamos los ojos á la niñez. ¡Qué naturales son sus juegos! ¡Qué sinceros sus movimientos! ¡Cuán plena y espontáneamente se manifiesta en ellos la alegría! ¡Cuál se trasluce toda el alma en las acciones, en los gritos y en la fisonomia! ¡Qué bella imágen de la serenidad y de la dicha! no de esa dicha profunda y suprema que tiene conciencia de sí misma, y que á los mas afortunados no es dable casi mas que entrever, sino de esa dicha cándida que nada desea, que nada teme, y que no se pregunta á sí misma si ya ha principiado, ó si está próxima á concluir.

La risa del niño presenta el mismo encanto: no proviene como en el hombre del ridiculo, ni de la extraña é inesperada relacion entre las ideas, sino simplemente de la alegría interior. La cosa mas insignificante arranca al niño aquella risa tan franca, tan sincera, tan rica en cierto modo, y que tan al vivo retrata su profundo contento. Alguna vez experimenta tambien el hombre esas risas de niño, que no pueden explicarse y que son producidas por la causa mas fútil é insignificante. Esta es la risa mejor y mas sana, que relaja provechosamente todas las fibras del alma, y nos dá una idea de la felicidad de la infancia, felicidad que ya hemos olvidado, porque consiste precisamente en un abandono y olvido de sí mismo que no deja huellas en pos sí.

Hasta las mismas lágrimas del niño tienen atractivos, si no las produce el dolor ó la cólera, sino que nacen de la tristeza. El dolor en los niños es desgarrador, porque es incomprendible, porque la desigualdad de las fuerzas y del mal causa compasion, y porque la hermosura de esa edad parece estar en contradiccion con los padecimientos que la asedian. La cólera del niño, aunque se explica fácilmente por su debilidad é ignorancia, presenta sin embargo algo repugnante y feo. Pero la tristeza del niño es una de las cosas mas interesantes. ¡Es tan poco lo que se necesita para afligir á aquel ser tan móvil! ¡Puede dársele consuelo con tanta facilidad! Así nos demuestra cuan ajeno é ignorante se halla de las grandes miserias de la vida humana, y nos dá márgen á sentir compasion y placer á un mismo tiempo al ver un dolor tan vivo, y un mal de tan poca entidad. Por lo demas la niñez siente por completo tanto el dolor como la alegria; pudiendo decirse que esa plenitud de dolor se observa rara vez en el hombre, por la razon de hallarse siempre mas ó menos distraido por algun involuntario pensamiento. En cambio el dolor de este profundiza mas, y no estando tan al exterior mina y destruye con mas intensidad. En el niño el dolor tiene grande apariencia y ocupa por un momento todo el espiritu; pero pasa sin dejar huella, y viene á ser meramente un signo de vida, por cuya razon nos encanta al mismo tiempo que excita nuestra ternura.

Consideremos por último todas las acciones del niño y veremos que agradan porque dan testimonio de una naturaleza plena, libre, feliz, confiada é inocente. Nada sabe de la vida; padece y llora sin ser desgraciado, y hace mal sin ser malo. Prescindo de las escepciones que en todo nos ofrece la naturaleza: hay niños tan abrumados por el dolor fisico ó moral, que antes de tiempo suelen adquirir el conocimiento de la humana miseria: hay otros tan miserablemente educados, ó de tan deplorables inclinaciones, que llegan á conocer los vicios antes, por decirlo así, de haber conocido las pasiones. Mas hablando en general, la infancia es dichosa y buena; dichosa sin saberlo y buena sin quererlo; lo cual, preciso es confesarlo, nó es la verdadera dicha, ni la verdadera bondad.

No diré que el niño no obre jamás mal, ni aun que deje de hacerlo alguna vez voluntariamente. Mas por de pronto hay que distinguir diversos períodos en la infancia: en cierta época la idea del bien y del mal se desenvuelve en la mente del niño, y entonces cabe en él cierto grado de voluntaria maldad, lo cual sucede mas ó menos tarde segun la índole de cada uno; pero todos pasan por una primera niñez mas ó menos cándida que hace el mal sin saberlo, ó por lo menos sin com-

prenderlo; que podrá saber que una cosa es mala, y sin embargo practicarla; mas no sabrá la razon por qué es malo hacer una cosa mala. Abstengámonos de juzgar á la niñez como nos juzgaríamos á nosotros mismos. Hay acciones que serian malisimas en un hombre y no lo son en un niño, aun cuando las haya hecho tal vez con intencion, porque no le habrá sido posible consumarlas á la luz de los principios que nosotros tenemos. Al reprenderse San Agustin tan amargamente y con tan eficaz arrepentimiento en sus *Confesiones* de haber robado peras en su niñez, poniendo en juego algunas travesuras propias de la edad, exagera mucho el valor de aquella falta, pues no cabe duda que semejante rapiña no iria acompañada de las ideas de un ladron de profesion (1).

Cierto es que las acciones de los niños presentan algunas veces caracteres de mas gravedad, como el famoso robo del pañuelo que nos cuenta J. J. Rousseau en sus *Confesiones*, y del cual consintió que se acusara á una pobre sirvienta. Era realmente una accion odiosa y de funesto agüero para el porvenir; mas no se olvide que el mismo Juan Jacobo Rosseau nos dice, que apenas pasó por la infancia, ademas de que no debe juzgarse de la niñez en general por algunos individuos que se hayan distinguido extraordinariamente en el bien ó en el mal, ni por actos aislados.

He dicho que la niñez, generalmente hablando, no comprende el mal; pero no que carezca de defectos. Convendrá distinguir estos en dos clases, unos que pertenecen á la naturaleza misma del niño, y otros que no siendo propios de la niñez provienen de una educacion mal entendida, ó de cierta predisposicion natural demasiado desarrollada. Los primeros no siempre despojan de su encanto á la niñez.

(1) Madama Necker de Saussure refiere la historia de un niño que hallándose en un jardín por donde una codorniz domesticada corria libremente junto á la jaula de un ave de rapiña, tuvo no sé qué tentacion de coger la pobre codorniz y darla á devorar al ave. El mismo héroe de esta aventura es quien refiere el castigo que se le impuso. «Aquel dia hubo muchos convidados: el dueño de la casa se puso á contar el lance friamente y sin reflexion, pero despues de haberme nombrado. Asi que acabó de hablar hubo un momento de silencio y todos me miraban como con horror. Nadie me dirigió la palabra, pero por algunas que oi pude comprender que en todos los convidados producía el efecto de un monstruo. (Mad. Necker de Saussure, *Education progressive*, t. VI, cap. IV.) El castigo era muy acertado y razon habia para tratar al niño de manera que se horrorizara de lo que habia hecho. Mas tambien habria sido injusto el enpeñarse en ver en semejante accion el testimonio de una crueldad natural, cuando tal vez no seria mas que una accion impensada y sin consecuencia. El niño no tiene acerca de la crueldad las mismas ideas que nosotros tenemos: no comprende la analogía que hay entre el padecimiento de los animales y el de los hombres, no piensa tal vez en el dolor de la victima, y no vé mas que una mera diversion en un acto donde cualquiera hombre veria casi un crimen.

No hay duda que deben combatirse con esmero; pero á veces se hace indispensable tolerarlos por política. Los segundos se introducen no pocas veces bajo la máscara de la cortesanía, y son precisamente los que mas importa combatir y extirpar. Hay algunos niños en quienes semejantes vicios parecen naturales, mas en general, siendo nosotros los que los comunicamos á la niñez, de nosotros depende tambien el evitarlos. Deben considerarse como los mas graves los defectos que nos son mas desagradables. Nos disgusta y con razon un niño sucio, mas á poco que se reflexione se comprenderá que lo que mas choea en el desaseo de los niños, es el que por lo comun suponemos en los padres, porque el niño no comprende fácilmente el motivo porque nos interesa el aseo del cuerpo y el vestido, y le parece mas importante el juego que el cuidado de su traje. Otro tanto puede decirse respecto de la grosería del niño: la urbanidad no es para el niño sino una traba, cuya razon no alcanza á comprender, ademas de que como tiene que ser cortés para con todo el mundo y nadie tiene que serlo para con él, ignora la principal causa que nos impele á usar de mútuas atenciones, es decir, no comprende la utilidad de nuestros recíprocos miramientos, y considera la urbanidad como un yugo y nada mas. Alguna vez la falta de urbanidad nace de timidez. Se obliga al niño á recorrer un gran círculo saludando á cada uno en particular, y si se niega se le trata de indócil, cuando por lo comun procede así por cortedad. No quiere esto decir que deje de habituarse pronto al niño á la urbanidad, sino que no debe maravillarnos de que falte á ella, no comprendiendo su utilidad.

Hay defectos mas graves, pero que tambien dependen de la naturaleza del niño, como la pereza y la cólera. ¿Qué tiene de particular que aquella naturaleza impetuosa, impaciente de vida, y que en cierto modo no acierta á respirar sino entre el ruido y el movimiento, tenga trabajo en aplicar de un modo regular y constante su tierna inteligencia á cosas que aunque estén á sus alcances no tienen al parecer relacion con sus intereses y necesidades? Que el niño no se avenga gustoso á la regla, al reposo, al trabajo intelectual; que procure librarse de todo esto por los medios posibles; que su imaginacion esté en el juego cuando la mano está sobre el papel y los ojos sobre el libro, ¿qué tiene de particular nada de eso, cuando el hombre mismo en toda su madurez no se sujeta la mayor parte del tiempo al trabajo, sino por el vínculo de hierro de la necesidad?

Menos excusable parece la cólera que la pereza; mas si se forma verdadera idea de la niñez, nadie se admirará de que á manera de esos

vigorosos árboles animados de sávia inagotable, consienta alguna vez romperse antes que doblarse. No se desarrolla la niñez sino porque posee una fuerza de accion muy enérgica, ¿cómo pues ha de preveer los obstáculos, ó cómo ha de dejar de irritarse al encontrarlos? ¿Dónde ha debido aprender el niño que estamos obligados á sacrificar nuestros deseos á la regla, al orden y á la necesidad? Para llegar á esa deducion es preciso que pase por gran número de experimentos y no es extraño que para hacerlos sufra contrariedades.

De lo dicho no se infiere que la pereza y la cólera sean defectos dignos de excusa; sino naturales. Combátaseles; lúchese contra ellos por medio de la razon ó de las reprensiones, con la severidad ó la dulzura, con la leccion ó el ejemplo, ó con cualquiera de los medios que se indican en los innumerables tratados de educacion. Mas no creamos haber consumado nuestra obra, si al comprimir esos defectos dejamos introducir, ó introducimos nosotros mismos otros mas perniciosos, menos aparentes, y hasta agradables quizás á primera vista, que roban al niño su candidez, y que corrompiendo prematuramente la naturaleza moral en su origen, preparan seres falsos, dobles, impotentes é insoportables á sí mismos y á los demás. Fácil seria citar muchos de esos defectos, y entre ellos la afectacion, la vanidad, el egoismo y la falsedad, vicios verdaderamente perniciosos, no solo porque pervierten al niño, sino porque anuncian su perversidad futura.

¿Qué cosa puede haber mas contraria á la indole de la niñez que la afectacion? Teniendo la niñez sus gracias naturales ¿á qué hacerle ostentar otras estudiadas? Solo un gusto depravado puede habituar á la niñez á las formas y las maneras del gran tono, pues aunque el mundo admite fórmulas convenidas que indudablemente tienen su razon, no deben considerarse como leyes sagradas, tan obligatorias, y tal vez hasta mas respetables que las morales. No conviene que lo que en la sociedad se llama *buen tono*, ó *bien parecer* sea superior al *hago lo que debo*. Puede tambien la niñez tener sus modales distinguidos, sin que sean los mismos que los de las personas adultas. El *buen tono* en el niño consiste en la sinceridad, lo cual no se tiene presente al habituarle á modales impropios de su edad, al aplaudirle por ciertos gestos y ademanes, y al insinuarle como verdades absolutas opiniones convencionales, de las que hay poco que tomar, y por el contrario mucho que dejar. De esta manera se forman caracteres serviles para los cuales *el qué dirán* es la suprema ley de la moral, y que juzgan de todas las cosas con arreglo á la última moda, y segun la opinion del estrecho círculo que lo rodea. ¿De qué se ocupa el mundo

en lo general sino de comparar incesantemente las personas y las situaciones? Cada cual se hace el honor de creerse mas que otro y sufre no saliendo ganancioso en la comparacion; pérfido placer, amargo sufrimiento que constituye la vida de los hombres de mundo. ¿No es horrible el insinuar á la niñez esas miserables pasiones, el enseñarle á comparar, á envidiar y á despreciar (1)? No le hagamos ver demasiado pronto las diferencias que la fortuna, el traje, el nacimiento y la posicion establecen entre los hombres: habituándola al respeto cuando convenga, dejémosla prolongar cuanto pueda esa sencilla ignorancia incompatible con el orgullo y la vanidad.

Por mucho que la niñez nos encante, por grande que sea el amor que nos inspire, no le demos nunca demasiada importancia. Se habla mucho á los niños y se les obliga tambien á hablar con exceso, se hace ostentacion de ellos, se les aplaude, se les adula y se vacila ya en decirles sus verdades. Lo que mas se admira en el niño son sus gracias, y á trueque de hacerlo gracioso se descuida tal vez la bondad de su corazon. Dos especies de finura caben en el niño: una que resulta de la inocencia propia de esa edad encantadora, y la otra de la precoz imitacion de lo que es peculiar de edad mas avanzada; la primera es deliciosa, pero la segunda deplorable. Nada mas chocante que un niño que ostenta los modales, los gestos, las frases y el modo de vestir de una persona adulta. Son en verdad muy deplorables las costumbres que el lujo ha introducido hoy en el adorno, y por consiguiente en el espíritu de los niños. Los hombres de gusto se duelen al ver esas hermosas criaturas, cuyo atractivo consiste en la sencillez y en el abandono, ridículamente ataviadas de lazos y adornos almidonados, con trajes de telas finas, compitiendo en elegancia con los personajes de la moda y respirando con ellos el árido perfume de la vanidad. Puede viciarse á los niños de dos maneras; por debilidad, esto es, por demasiada indulgencia para con sus leves defectos (debilidad que, teniendo sus inconvenientes, solo puede perdonarse cuando procede de la bondad, cuyo origen es

(1) Recuerdo, dice Madama de Remusat, que en cierta ocasion estaba yo admirando el traje de percal de una niña de ocho años, cuyas guarniciones habian sido bordadas con un esmero que seguramente debia haber costado muy caro. La niña parecia hallarse muy satisfecha de que su traje llamara tanto la atencion y contestó á mis preguntas con aquel aire semi-sincero, semi-contento que habria aprendido sin duda de ciertas mujeres que al hablar de sus adornos hacen siempre protestas de humildad y de modestia bien poco sinceras: «¡Pues es muy sencillo!...» En tanto que me hablaba de este modo vi cerca de ella otra niña casi de su misma edad, cuyo vestido blanco no tenia ningun adorno; noté el modo de mirarse de ambas niñas, y su mirada me pareció que no pertenecia á la niñez, y no pudo menos de inspirarme compasion la una y la otra. (*Education des femmes*, chap. XII.)

casi divino), y haciéndoles adquirir artificialmente defectos que no adquirirían por sí mismos, por no ser propios de su edad sino de la nuestra, imbuyéndoles ideas falsas, imbuyéndoles nuestras ridiculeces, y admirando estúpidamente en ellos nuestros propios desarreglos. Esto es lo que en rigor puede llamarse viciar la niñez, es decir, corromper en su origen una de las obras mas exquisitas del autor de la naturaleza. Una buena educacion deberá preservar y prolongar la niñez en el niño todo el tiempo posible.

No puede negarse que en la actualidad se educa á los niños con mucha complacencia y debilidad. La antigua disciplina doméstica se proponía como objeto principal imponer respeto: hoy propendemos decididamente á captarnos el amor. ¿Podrá esto considerarse como un bien? ¿Será un mal? La cuestion es de las mas delicadas. Por mi parte confesaré que me interesa mucho esa intimidad, esa confianza, esa libertad que reinan hoy en las familias y creo que ciertos caracteres sombríos exajeran mucho las cosas cuando dicen que nuestras costumbres de familia son peores que las de nuestros antepasados. La familia de nuestros tiempos tiene una vida muy vigorosa. Si la idea de jerarquía se presenta algun tanto debilitada, en cambio creo que nuestros afectos son mas vivos. Los que desearian cambiar nuestras costumbres de cordialidad interior para reproducir un orden mas solemne y menos natural, creo que nos harian dar un mal paso si siguiéramos su consejo. Poco es lo que ganaríamos en verdadero respeto, y perderíamos mucho en afecto. Todo está compensado: mimamos los niños, pero cuidamos de ellos: antiguamente les imponian respeto, pero los descuidaban. Aun hay actualmente familias en que los niños no ven á su madre mas que en ciertas horas del dia: esto nos parece bárbaro, y con razon. No opino, pues, que se deba hacer una revolucion en nuestras costumbres: la prudencia aconseja atenerse á lo que es bueno, sin aventurarse á buscar lo mejor posible. Mas el amor que profesamos á nuestros hijos no debe convertirnos en aduladores ó cortesanos suyos: no es necesario que la ternura sea humilde ni la complacencia servil.

Un autor alemán distingue dos generaciones de niños, las mimadas y las educadas con severidad. Esas generaciones, en concepto de aquel autor, se van sucediendo alternativamente, pues cada cual, al conocer que ha sido mal educado, emplea medios opuestos cuando se ocupa en la educacion de sus hijos. Y como las generaciones presentes pertenecen á la clase de las mimadas; es de creer, continúa el autor, que no tardemos en ver las que se educan con severidad. Ni creo ni deseo nada de esto; pero si semejante alternativa nos trajera una generacion algo

mas gravemente educada, menos engalanada, menos aplaudida y menos idolatrada, creo que llegaríamos á tener niños mejores, y tal vez andando el tiempo hombres mas fuertes y de mejor temple.

He dicho que no conviene colocar á la niñez en un puesto demasiado importante en la sociedad: pero no es esto decir, que no sea de la mayor importancia el que naturalmente tienen; sino aconsejar que se procure no dárselo á conocer. En el seno de la familia es donde particularmente debe considerarse el niño como una rueda del mayor interés. Hay familias sin hijos, bien sea porque la naturaleza no los ha concedido, ó bien porque la muerte ha arrebatado los que existían. Esos matrimonios son incompletos; aunque por ese medio se libran de grandes desazones, no acierto á decir si son mas dignos de lástima que de envidia. En tanto que un matrimonio se halla en la flor de la juventud puede bastarse á sí mismo, porque la plenitud del afecto conyugal reemplaza ó dá treguas al amor paterno. Mas cuando el amor va entibiándose con la edad y con la imaginacion, es muy frecuente ver que aquella inanimada interioridad trata de despertarse por medio del desorden, degenerando tal vez en fria y triste cohabitacion, como si la falta de una prenda viva de amor autorizára el divorcio y anonadára el vigor de los juramentos mutuamente prestados!

Un hijo es un beneficio para la familia. Si el matrimonio se ha verificado bajo la influencia de un afecto vivo y apasionado, el nacimiento de un hijo lo hace grave y formal. Templa los movimientos demasiado impetuosos, que no carecen ciertamente de peligro, y hace que las fruslerias de la pasion se reemplacen con desvelos no menos interesantes, pero de carácter mas grave. Si en el enlace ha presidido la razon de conveniencia y la fria especulacion, el niño le anima y le inspira nueva vida y calor. Asi va poco á poco desapareciendo la diferencia entre un matrimonio de inclinacion y otro de conveniencia. Es una verdad, aunque á primera vista parezca paradoja, que el niño estrecha la intimidad de los esposos por mas que desde luego pueda presumirse que los desvia. Desde el punto que la familia cuenta con un niño, no tienen ya los padres tan cómoda ocasion de estarse sin cesar mirando y contemplando, sea para complacerse, sea para criticarse mutuamente. El niño poniendo en cierto modo trabas al amor, previene la saciedad y el fastidio, y dando al mismo tiempo interés á la indiferencia la eleva casi á la altura del amor. El niño es una especie de idioma entre los esposos: ambos procuran complacerse, complaciéndole, y manifestar su mútuo afecto por medio de los cuidados que le dispensan: para los corazones sensibles es una nueva y delicada fórmula de la pasion, y para

las almas algo frías un dichoso y fácil suplemento de los afectos que les faltan.

Tampoco puede dudarse que el niño desarrolla en sus padres un vigor moral que anteriormente no tenían: les enternece y les dá nueva fuerza; su sonrisa dá expansion al alma mas árida: sus necesidades nos arrancan del egoismo, y siendo fuerza pensar en el niño, por último nos acostumbramos á pensar en nosotros mismos. Sus padeceres nos desgarran el ánimo y abren en el fondo de nuestro pecho un raudal de piedad y de compasion. Las ansiedades que causa, las vigiliass, las alternativas de temor y de esperanza que nos inspira su frágil existencia, ese tormento que solo un padre ó una madre acertarian á definir, viene á ser como un curso de energía moral, muy superior á cuanto pudiera decirse. Esas noches lentas y tristes en que la vista no se separa un momento del desfigurado rostro del niño, siguiendo llena de espanto todos los detalles del combate entre la vida y la muerte, sea que terminen por un postrer suspiro dolorosamente arrancado, ó por una inefable sonrisa, signo de inesperada resurreccion, penetran el alma hasta profundidades desconocidas y al mismo tiempo la subliman á la mayor altura de la grandeza moral.

No es menos necesario el niño para la educacion de los padres que estos lo son para la educacion del niño. Los padres que verdaderamente aman á sus hijos, y se honran de no darles nunca mas que buenos ejemplos, se tratan con mas circunspeccion delante de ellos, modifican su carácter, se abstienen de pronunciar una palabra indiscreta, luchan contra la pereza y hacen esfuerzos para que sus palabras no sean desmentidas por sus acciones. Esta costumbre de vigilarse á sí mismo por amor á los hijos se convierte insensiblemente en principio de perfeccion y de mejoramiento. El niño hace renacer la paz en un matrimonio desunido, el decoro y la modestia en una casa desarreglada, y el orden y economia en una familia disipadora. Ante esa criatura llena de pureza é inocencia enmudecen las pasiones; los vicios se ocultan, y la familia se purifica. No pocas veces ocurre que el niño que cree haber recibido de sus padres la sabiduria, no sabe que él mismo es quien se la ha inspirado á ellos.

(Janet.)

**NIÑOS** (Disposiciones de los). Ya hemos acordado en otro lugar la íntima union del alma con el cuerpo, y la dependencia mútua que hay entre estas dos partes del hombre. Esta dependencia es causa de que, segun la varia disposicion del cuerpo, se observen en él diferentes incli-

naciones, y mas ó menos proporcion y aptitud para muchas acciones ó destinos. De aquí es, que habiéndose observado los temperamentos que resultan de la combinacion de las cuatro cualidades: calor y frio, humedad y sequedad; y las inclinaciones y aptitudes que á ellos suelen acompañar, se fundan sobre esta observacion varias conjeturas relativas al temperamento que sobresale ó predomina en cada uno. Pero es tal la variedad en el modo de explicarse los autores en esta parte, y la poca solidez con que otros extienden sus observaciones á la disposicion del cuerpo y fisonomía del rostro, que se debieran tener en poco, á no entrar en el exámen otras que con mas individualidad las contrapesen. Supuesta esta desconfianza diremos algo, tomado de diferentes, que pueda servir de muestra al que quiera hacer este género de observaciones.

No suele descubrirse fácilmente el temperamento en los niños hasta que llegan á los años de la pubertad. Si entonces se observa que el muchacho es de estatura grande para su edad, blanco y suave al tacto; que tiene los cabellos y cejas de un castaño ó pardo muy claro, ojos azules y halagüeños, pulso lento y lánguido, escupe y hace sus funciones naturales con facilidad y frecuencia, y es naturalmente tardo en sus acciones, ofrece un temperamento *flemático*; esto es, húmedo y frio que nada promete grande de bueno ni de malo. Porque los flemáticos, aunque suelen ser dóciles y desconfiados de si mismos mas que de los otros, son de ingenio tardo y torpe, y perezosos en el obrar: tímidos, poco amorosos, y poco iracundos, y algun tanto tristes.

Cuando la estatura del muchacho es baja respecto de su edad, tiene el cutis seco, un poco moreno, ó que amarillea, los músculos bastante expresados, los cabellos casi negros, las cejas bien pobladas, los ojos vivos y rutilantes, el pelo fuerte y frecuente, la respiracion cálida, grande apetito, pronta digestion, tardo en las funciones naturales; y se le observa pronto en sus acciones, atrevido y colérico, se le ha de atribuir el temperamento *bilioso y colérico*, llamado asi á causa de la bilis amarilla ó cólera, y en él predominan el calor y la sequedad. De los biliosos ó coléricos se dice, que suelen ser de agudo ingenio, prontos, vanos, dominantes, atrevidos en las empresas, impacientes, menospreciadores de los peligros, rebeldes al consejo, fáciles en enojarse y desenojarse; miran como suyo el interés ajeno, y cuando aman es con gran vehemencia; aunque son inclinados á riñas y disputas, por lo que con dificultad son amados de otros por largo tiempo.

Si el muchacho es de estatura proporcionada á la edad, y tiene el

pelo de un castaño claro, el cutis suave al tacto y flexible, bellas carnes, color vivo y encarnado, hace sus funciones naturales regularmente, y se le observa alegre, festivo y sin cuidados; es de temperamento *sanguíneo*, en el cual predominan la humedad y el calor. De los sanguíneos se dice que son afables, amorosos, suaves al trato, urbanos, decidores, liberales, benéficos: que aman la diversion, y huyen del trabajo, guardan poco el secreto, descuidan de sus obligaciones, y se portan con esplendidez y ostentacion en cuanto pueden.

El temperamento *melancólico* está complexionado de frialdad y sequedad, y es el que mas tarda en descubrirse. Se echa de ver por un aspecto pálido ó aplomado, pelo negro ó casi negro, cejas pobladas, arrugas en la frente, ojos profundos, pensativo y tardó en sus acciones. De los melancólicos se dice, que son tristes, taciturnos, sigilosos, detenidos, sospechosos, tímidos, envidiosos, difíciles al trato urbano; que tardan en amar ó en enojarse, pero si entran en ello no lo dejan, porque son pertinaces en lo que emprenden: son ingeniosos, disimulados y malignos, inclinados á la avaricia, y descuidados del atavio y adorno del cuerpo.

Estas son las cuatro especies principales de temperamentos, que por la mezcla de unos con otros se hallan diversificados de mil maneras. Pero segun sea el que sobresale, así serán las principales inclinaciones y disposiciones del sugeto, y así juntamente se templarán unas con otras. Por ejemplo: si se mezcla el sanguíneo con el bilioso ó con el melancólico, ó al contrario, resulta uno ventajoso para las ciencias y para las artes, y aun para las costumbres, con alguna desigualdad, como se verá mas adelante. Acerca de esta doctrina es digno de que se lea el sabio y piadoso médico D. Andrés Piquer, en el libro primero de su *Filosofía moral*, prop. 47 y siguientes. Tambien debo advertir aquí, que Aristóteles en sus problemas (1) dice: que todos los hombres que se distinguieron en ingenio, ó en los estudios de filosofía, ó en gobernar la república, ó en asuntos de poesía, ó en el ejercicio de las artes, fueron de temperamento melancólico, y muchos de ellos sujetos á los vicios y pasiones de la atrabilis. Por último advierto tambien, que los modernos suelen explicar de distinto modo la doctrina de los temperamentos, para deducir de ellos las costumbres que acompañan á cada uno de los hombres, como puede verse en Heineccio, *Philos. moral*, cap. 2, sec. 2.

Digamos ahora alguna cosa relativa á la disposicion exterior del

(1) Sect. 30. Probl. I.

cuerpo. Los que son pequeños de cuerpo, no siéndolo por debilidad de la naturaleza, suelen ser de agudo y pronto ingenio, fuertes, atrevidos y habladores. De muchos se refiere, que siendo pequeños de cuerpo, se distinguieron por su ingenio y fortaleza.

Los que son grandes de cuerpo, por la mayor parte son tardos de ingenio y tímidos, sino es que la naturaleza corrija por otra parte el vicio. Pero si su temperamento es húmedo, son tardísimos y muy cobardes; mas si prevalece la sequedad, estan mas bien dispuestos.

Los de mediana estatura, si son tambien proporcionados de miembros, estan muy bien dispuestos para todos los oficios de la vida humana.

Los que son enjutos de carnes, son precipitados en el obrar; mas aquellos cuyas carnes son frescas y húmedas, suelen tener mas espera y juicio.

El hombre que es proporcionado de cuerpo, y tiene los cabellos de color oscuro, la voz grave y entera, ó media entre grave y aguda, los ojos grandes, levantados, salidos, refulgentes y húmedos; las niñas de ellos negras, el círculo del rededor resplandeciente, todo lo demas limpio sin mota alguna, los párpados remisos, y la frente larga de sien á sien, tiene carácter de justo.

El ingenioso tiene las carnes blandas, húmedas, y medianamente suaves al tacto. La estatura ni muy alta, ni muy baja; el color blanco que tira á rojo; el aspecto manso; los cabellos lisos y no muy espesos; los ojos grandes, casi redondos; la cabeza mediana y proporcionada; el cuello recto y bien proporcionado; los hombros un poco caidos; las mejillas y piernas sin carnosidad; la voz clara y templada, entre delgada y gruesa; las palmas y los dedos largos y un poco delicados; rie, llora y burla poco, y el aspecto parece formado para la alegría y gusto.

Los mecánicos tienen las manos y dedos largos; los ojos húmedos que se abren y cierran; y el color del cabello un poco rojo.

Los pensativos, ó aquellos en quienes sobresale la imaginacion, tienen la frente de cabra ó elevada en medio; el aliento fácil, y que sale sin estrépito; el cuello inclinado y el andar tardo.

El constante rie poco; tiene las cejas negras y cerradas de pelo; y los ojos oscuros y húmedos, de la justa proporcion.

El memorioso, de medio arriba es mas corto que de medio abajo; tiene los miembros bien formados y llenos de carne, aunque no gruesos en demasia, y las orejas grandes.

El fuerte, segun Vegecio, es vivo en el mirar; tiene la cerviz recta

y es ancho de pechos; los hombros musculosos, dedos fuertes, largos brazos, el vientre angosto, los muslos poco carnosos; las piernas y pies musculosos y apretados con la fuerza de los nervios.

El que quiera dar mas extension á sus conocimientos en esta parte, puede consultar el *Physiognomicon* de Aristóteles, y á Juan Bautista Porta, napolitano, en su libro *De humana physiognomia*, del cual se han sacado algunas de las imágenes referidas. Pero es necesario que se lea con mucha crítica, colocando cada cosa en el grado de verosimilitud que le corresponda ó despreciándola enteramente. Porque no hay conexión cierta entre la disposición natural, y señales del cuerpo, con las virtudes y vicios del hombre. Pues el hombre virtuoso, obra contra sus inclinaciones naturales, las domina, y hace vanas las señales que las indican. Solo resta ahora advertir que para hacer uso de las imágenes y señales que arriba se han puesto, se ha de tener presente la edad de los niños, en la cual no estan acabados de formar los miembros. Así, es menester que se entienda, que de medio abajo y los brazos crecen mas que el cuerpo y la cabeza; que cuando los nudos ó coyunturas de los huesos, especialmente las rodillas, son abultadas, prometen que los mismos huesos ó canillas tomarán considerable aumento. Las carnes en los niños tambien estan flojas y abultadas, y con la edad se enjugan y aprietan; el color del pelo y de los ojos igualmente se oscurece con el tiempo, y asi de otras cosas á este tenor. Véase la *Symetria* de Alberto Durero.

Como es de tan grande utilidad y consecuencia el acertar la carrera ó destino mas conforme á la aptitud natural que ofrecen los niños, he procurado ilustrar cuanto me ha sido posible este asunto. Mas como lo que se dice de los temperamentos y disposición del cuerpo, habla en general, y no consta bastantemente de las señales para aplicarlo á cada uno de por sí, conviene hacer otras observaciones que mas particularmente lo determinen. Estas observaciones principalmente se dirigen á explorar los objetos á que naturalmente son llevados los niños por su inclinación. Ya porque esta inclinación nace de la constitución natural del sugeto, acordé con los objetos á que sin deliberación es llevado; ya tambien porque la afición es el requisito primero é indispensable, para que haga progreso en la carrera á que se dedique.

La ocasión en que suelen manifestar esto los niños con menos rebozo, es cuando se entregan á sus juegos y diversiones. Véase, pues, si les gustan aquellos que tienen alguna afinidad con los negocios serios, ú ocupaciones de los hombres, y si descubren maña y artificio

en disponerlos. También convendrá dejarles en proporción que puedan registrarlos; algunos libros, instrumentos de música, de matemáticas, y de las artes; modelos de fortificación, armas, etc., para ver á cual de estas cosas se abalanzan. Igualmente se les referirán ó leerán las vidas y hechos de los que han sobresalido en armas, letras y artes; observando juntamente la atención que ponen á ello, y los afectos que cada relación les mueve. Ulises para descubrir á Aquiles, vestido de mujer entre las damas que componían la corte del rey Licomedes, las presentó algunas armas entre los adornos del sexo: y logró su intento; porque la inclinación á las armas en Aquiles, le hizo abalanzar á ellas sin hacer caso de los adornos. Al famoso pintor Caracho le hacían notable impresión, cuando aun era niño, las cosas que oía contar de Rafael. Carlos XII se ponía fuera de sí cuando leía la vida de Alejandro Magno.

También se debe explorar en cuanto sea posible la casta de los talentos, graduando las facultades interiores que en ellos sobresalen y el fondo que ellos tienen. En esta parte es menester gran cuidado en no dejarse engañar de una cierta brillantez prematura, que se observa en algunos niños, la cual por falta de fondo y raíces, se desvanece con la edad. Hay algunos que salen al encuentro, y todo cuanto saben lo dicen; ni necesitan para hablar de entender lo que profieren, pues solo el sonido de la voz les basta, y á él se hacen con facilidad. Quintiliano (1) los compara á aquellas yerbas que por no tener hondas raíces como el trigo, sin levantar el tallo, al primer calor echan la espiga, que inmediatamente por falta de jugo se seca y desvanece. Al que se muestre pues fecundo en cosas fáciles y obvias, será conveniente probarle en otras más difíciles, y ver si las entiende á proporción. Bien es verdad, que siempre deberá tenerse por buen talento aquel que perciba con claridad, y refiera con buen orden lo que ha entendido por fácil que sea. Pero en la clase de buenos, hay talento que es más profundo que otro; y esta mayor profundidad se echa de ver en cuanto se puede superar más ó menos la dificultad de los asuntos. El señalar un trozo de lección, y ver la facilidad con que se toma de memoria, se repite, y se conserva, será prueba proporcionada para conocer los quilates de la memoria; mas no es bastante para formar concepto del grado en que están el entendimiento y la razón. Para este efecto será más útil hacer al niño algunas preguntas, acerca de cosas que no haya estudiado, pero de las cuales tenga algunas ideas, y ver cómo se impone

(1) Inst. lib. I. cap. 3.

y discurre en ellas. La fuerza de la imaginacion, por lo que respecta á las artes y ciencias, se echa de ver en sus juegos, cuando en ellos remedan é imitan las cosas que han visto y observado: tambien cuando se entretienen en hacer casillas de barro, figurillas ú otras cosas; ó en rasguñar, dibujar ú ordenar las cosas de diferentes maneras: y finalmente, por su aficion á oír músicas, ver pinturas ú otras cosas para las cuales es necesaria esta facultad.

De estas materias trató con curiosidad y doctamente, segun dice D. Nicolás Antonio (1), Juan Huarte, médico español, en un libro muy estimado de los extrangeros, que intituló *Exámen de ingenios*. Conventrá, pues, verle y hacerse cargo de su doctrina, mayormente siendo tan pocos, ó casi ninguno, los autores que tratan de esta materia. Y por quanto al dia de hoy es bastante raro este libro, me ha parecido trasladar aquí uno de sus principales pasajes, y el que hace mas al asunto que tratamos. Sienta Huarte, que gran memoria, gran entendimiento y grande imaginacion, se oponen, y no pueden hallarse fácilmente en un mismo sugeto. Por consiguiente afirma, que el muchacho que muestra mucha facilidad en aprender lenguas, no tiene disposicion para las ciencias. Igualmente, que el que descubre vena de poeta, tampoco tiene aptitud para lenguas ni ciencias. Pero oigámosle:

«Así, tengo por cosa muy llana, dice (2), que el muchacho que saliere con notable vena para metrificar, y que con liviana consideracion se le ofrecieren muchos consonantes, que ordinariamente corre peligro en saber con eminencia la lengua latina, la dialéctica, filosofia, medicina y teologia escolástica, y las demas artes y ciencias que pertenecen al entendimiento y memoria.... Pues ¿qué diremos del canto, del órgano y de los maestros de capilla, cuyo ingenio es ineptísimo para el latin, y para todas las demas ciencias que pertenecen al entendimiento y memoria? La misma cuenta lleva el tañer, y todo género de música. El escribir descubre tambien la imaginacion; y asi, pocos hombres de grande entendimiento vemos que hacen buena letra. Y si alguno lo quisiere ver y notar, considere los estudiantes que ganen de comer en las universidades á trasladar papeles de buena letra, y hallarán que saben poca gramática, poca dialéctica y poca filosofia; y si estudian medicina ó teologia no ahondan nada. Y asi, el muchacho que con la pluma supiere dibujar bien un caballo muy bien sacado, y un hombre con buena figura, y hiciere unos buenos lazos y

(1) Biblioth. Hisp. verb. Huart.

(2) Exámen de Ingenios, cap. 8.

rasgos, no hay que ponerle en ningun género de letras, sino con un buen pintor que facilite su naturaleza con el arte.

»El leer bien y con facilidad descubre tambien una especie de imaginativa; y si es cosa muy notable, no hay que gastar el tiempo en letras, sino hacerle que gane su vida á leer procesos. El saber jugar á la primera, y hacer envites falsos y verdaderos, y el querer y no querer á su tiempo, y por conjeturas conocer el punto á su contrario, y saberse descartar, es obra que pertenece á la imaginativa. El ajedrez, es una de las cosas que mas descubren la imaginativa. Por donde el que alcance delicadas tretas, y diez ó doce lances juntos en el tablero, corre peligro en las ciencias que pertenecen al entendimiento y memoria, sino es que hace junta de dos ó tres potencias; como hemos ya notado.

»Los estudiantes que tienen los libros compuestos, el aposento bien aderezado y barrido, cada cosa en su lugar y en su clavo colgada, tienen cierta diferencia de imaginativa muy contraria del entendimiento y memoria. El mismo ingenio alcanzan los hombres pulidos, bien aseados, y que andan á buscar los pelillos de la capa, y se ofenden con las arrugas del vestido: esto cierto es que nace de imaginativa. Porque si un hombre no sabia metrificar, y si por ventura se enamora, dice Platon *in Sophistis*, que luego se hace poeta, y muy aseado y limpio; porque el amor calienta y deseca el cerebro, que son las calidades que avivan la imaginativa. Lo mismo nota Juvenal que hace la indignacion, que es pasion tambien que calienta el cerebro.

*Si natura negat facit indignatio versum.*

»Los graciosos, decidores, apodadores y que saben dar una matraca, tienen una cierta imaginacion muy contraria del entendimiento y memoria; y asi jamás salen con la gramática, dialéctica, teología escolástica, medicina, ni leyes. Pues que si son agudos *in agibilibus*, mañosos para cualquiera cosa que toman á hacer, prontos en hablar y responder á propósito, estos son propios para servir en palacio, para solicitadores, procuradores de causas, para mercaderes y tratantes, para comprar y vender; pero no para letras. Con estos se engaña mucho la gente vulgar, viéndolos tan mañosos para todas las cosas; y asi, les parece que si se dieran á letras, salieran grandes hombres: y realmente, no hay ingenio para ellas mas repugnante.

»Los muchachos que se tardaren mucho en el hablar, tienen humedad en la lengua y tambien en el cerebro, la cual, gastada con el

discurso del tiempo, vienen despues elocuentísimos y muy habladores; por la grande memoria que se les hace, moderándose la humedad. Lo cual sabemos de atrás que le aconteció á aquel famoso orador Demóstenes, de quien dijimos que se habia espantado Ciceron por la rudeza que de muchacho tenia en hablar, y de grande ser tan elocuente. Tambien los muchachos que tienen buena voz, y gorjean mucho de garganta, son ineptísimos para todas las ciencias. Y es la razon que son frios y húmedos, las cuales dos cualidades estando juntas, dijimos atrás que echaban á perder la parte racional. Los estudiantes que sacären la leccion puntualmente como lo dice el maestro, y asi la refieran, es indicio de buena memoria, pero el entendimiento lo ha de pagar.»

Hasta aquí Huarte. Mas para que se haga acertado uso de su doctrina, conviene tener presente que él no niega absolutamente la posibilidad de juntarse el entendimiento, la memoria y la imaginativa en grado ventajoso respecto de un mismo sugeto; sino que atiende á lo que regularmente suele acontecer. Aun es menester distinguir de memoria y de imaginacion; porque la memoria sistemática, ó aquella que nos acuerda las cosas por el enlace con otras que tenemos presentes, y la imaginacion que se ejercita en combinar y producir nuevas ideas, se hermanan muy bien con el entendimiento y la razon, y se conservan y aumentan con el racionio. Tambien se ha de advertir, que atendia principalmente á las ciencias abstractas, y para ellas buscaba la aptitud; por lo que no es mucho que tuviese en poco la imaginacion, que es utilísima para las artes y para algunas ciencias, segun el estado en que se consideren. Así, para hacer la conveniente aplicacion de su doctrina, téngase presente lo que arriba dijimos en orden á la disposicion de sugeto que requiere cada una de ellas.

(Rosell.)

**NODRIZAS.** Cuando la madre tiene que privarse del placer de criar á su hijo porque se altera ó seca la leche con que le alimenta, debe proceder con mucho cuidado á la eleccion de la que haya de reemplazarla, porque de ello depende la salud y acaso la vida del niño, y por tanto conviene que se aconseje detenidamente y que observe las precauciones que vamos á indicar.

Por punto general no debe elegirse á las solteras de las ciudades, porque rara vez ofrecen bastantes garantias por su conducta, probidad y aseo. Mayor confianza debe tenerse en las de los pueblos, que sin haber salido del de su residencia, hubieren observado buena conducta hasta que la seduccion las hiciera caer en falta. Entre las casadas debe

preferirse á las que teniendo algun otro parto , hubiesen ya criado demostrando paciencia, celo y robustez , porque por la experiencia adquirida serán mas útiles que las jóvenes, á las cuales es además preciso vigilar constantemente.

Debe escogerse una mujer de regular robustez, de veinticinco á treinta años, y que haya parido por la misma época próximamente que la madre. Cuando no sea posible reunir esta última condicion se apela á los medios que se han indicado en el artículo LECHE , para hacerla menos nutritiva, pero nunca debe tomarse una nodriza que haga uno ó mas años que haya parido. Para enterarse de esta circunstancia, si no se tienen informes de confianza se recurre á la partida de bautismo del niño. Prefiéranse tambien las morenas á las rubias, y no deben admitirse las tartamudas, las cojas, y en fin las que tengan deformidad visible y que pueda imitarse por el niño. Conviene que los pechos no sean demasiado voluminosos y que los pezones esten bien desarrollados sin ser muy gruesos ni estar muy hundidos.

Por lo que hace á las cualidades de la leche puede verse el artículo que lleva este título, y por lo mismo me limitaré aquí á recomendar que se haga examinarlas por persona competente, sin descuidar ni aun lo que parezca mas insignificante, porque se toma la nodriza por la leche y no examinándola con detencion se procede á ciegas exponiéndose á muchas equivocaciones.

No debe admitirse á la que padezca alguna enfermedad, como herpes, cáncer, escrófulas ú otra afeccion cualquiera que denotase debilidad, falta de salud ó vicio de constitucion. Debe igualmente desecharse á la de temperamento linfático bien marcado, y aunque solo sea susceptibilidad nerviosa y de carácter áspero é irritable, pues que una de las mas importantes cualidades de la nodriza es el carácter tranquilo, dulce y alegre.

Antes de admitir la nodriza aunque presente buen aspecto y reuna condiciones favorables, debe someterla el médico á un exámen completo. Hay enfermedades que pueden inficionar á una mujer casada y con doble motivo á una joven seducida , sin que estas desgraciadas lo sospechen siquiera. Tales enfermedades son contagiosas, se transmitirian al niño y acaso á toda la familia, y por consiguiente todas las precauciones son pocas para evitar semejante plaga. Este exámen menos necesario tratándose de una mujer que ha vivido siempre en pueblos pequeños apartados de las grandes ciudades, es indispensable cuando se elige en un centro populoso ó en sus alrededores, y por descuidarlo han ocurrido grandes desgracias.

Algunas mujeres á pesar de estar criando tienen la menstruacion y se ha puesto en duda si se alteraba su leche. Se han hecho algunas investigaciones, y de las mas recientes resulta que la leche conserva las mismas cualidades que en las demás, y solo se advierte que es menos rica en crema durante la menstruacion que en los intervalos. Esto, como se vé, es de poca importancia y no basta para dejar de admitir una mujer que reuna las demás condiciones favorables.

Muchos, apreciando el efecto saludable del aire del campo, y temiéndolo con razon que la leche de la nodriza se altere viniendo esta á las ciudades por el cambio de hábitos y género de vida, entregan su hijo á una nodriza para que le crie en su propia casa. Antes de tomar esta determinacion conviene encomendar á una persona de confianza é ilustrada, que se entere por sí misma si está el pueblo en posicion elevada, si la habitacion en que ha de estar el niño tiene las condiciones higiénicas necesarias, si hay orden y aseo, si el marido de la nodriza se porta bien con ella, si todos los de la familia disfrutan buena salud y son probos y de conducta irreprochable, si la mujer se ocupa en trabajos demasiado penosos, como sucede entre las familias poco acomodadas; en fin, yo preferiria á la que hubiera tenido la desgracia de perder á su hijo, porque está mas dispuesta á amar al que cria y á reconcentrar en él todo su amor y solicitud.

Pero veo desde aquí á las madres temblando á la sola idea de apartarse de su hijo, y comprendo bien cuán penosa debe ser esta separacion para una buena madre y cuánto no es de temer que una nodriza mercenaria deje de tratar con todas las consideraciones á un niño que no es hijo suyo. Pero si la madre ocupara una habitacion poco sana y no pudiera mudarse, ¿no preferiria apartarse de su hijo por diez ó doce meses á exponer la delicada existencia del recién nacido?

Para aclimatar de la mejor manera posible la nodriza aldeana en las grandes poblaciones, no debe hacerse que varíe de repente de hábitos ni de régimen, y es preciso que pasee y haga ejercicios moderados para que se acostumbre gradualmente y sin violencia al género de vida que le conviene. Lo mejor de todo seria para los que puedan hacerlo trasladarse al pueblo de la nodriza.

No estableceremos reglas particulares de lactancia para las nodrizas, pues deben estas someterse en un todo á las de la madre á quien han de reemplazar con ventaja en este punto. Hay sin embargo ciertas precauciones que exige la salud de la madre delicada y que no son necesarias á la nodriza vigorosa y robusta; pero de todos modos no debe obligarse á esta á dar el pecho cada momento de noche y de

dia, porque comprometería tanto su salud como la del niño.

Una vez que se admita una nodriza es preciso recompensarla dignamente. No quiere esto decir que se le dé un salario mayor que de costumbre, pues antes bien soy de parecer que debia fijarse una retribucion módica; sino que se procure obligarla á cumplir con su deber, haciéndola de tiempo en tiempo algunos regalos. Sobre todo no debe imitarse jamás á esas madres que tienen celos de la mujer que cria á su hijo, pareciéndoles mal todo lo que hace, pues esta conducta indica mal corazon, poco talento y hasta ingratitud. Las nodrizas se dirigen á veces con mucha dificultad por falta de tacto en las madres. Conviene vigilarlas y no consentirles nada que pueda perjudicar á la salud del niño, pero sin hacerlas esclavas de una multitud de preocupaciones y de caprichos ridículos, sin privarlas enteramente de libertad y sin querer imponerles un yugo pesado que las mortificaría con perjuicio de su salud y de las buenas cualidades de la leche. Por el contrario, ha de tratárselas con dulzura y benevolencia, permitiéndoles cierta latitud en su conducta, y tomar parte en las ocupaciones caseras si lo desean, pero cuidando mucho de no mimarlas en los primeros dias, y de que no adquieran mucha libertad y ascendiente en la casa, porque en familiarizándose con ellas y cuando llegan á comprender que se teme el que se vayan, se hacen exigentes, imperiosas é insoportables. Desde el primer día es preciso que se coloquen en la posicion que deben guardar, que es el modo de evitar dificultades y disgustos que atormentan á muchas madres y les hacen mirar á las nodrizas como una verdadera plaga.

Por muchas precauciones que se adopten, puede ocurrir la necesidad de mudar de nodriza, ya por haberse equivocado en la eleccion á pesar de todo, ya porque se ponga gravemente enferma, ya por secarse ó alterarse la leche, ya por su conducta, porque en todos estos casos pelagra la salud y la vida del niño. Cuando ocurre una de estas circunstancias, es preciso buscar una nodriza que convenga con la que vá á reemplazar, en la edad, en la época del parto, en las cualidades de la leche, etc., y hasta que ya se haya encontrado y esté en disposicion de encargarse del niño, no debe decirse á la primera para evitar las consecuencias que su despecho y desazon producirian en el niño.

(Sovet.)

**NORMAL CENTRAL (Escuela).** La creacion de esta escuela fué en España el principio de la reforma de la primera enseñanza en lo mas

esencial, en la educacion, los métodos y la disciplina. A los dos años de existencia habia educado multitud de jóvenes que instruidos en la manera de dirigir la niñez, llenos de entusiasmo por el ejercicio del magisterio se extendieron por todo el reino difundiendo las doctrinas en que se habian imbuido, creando escuelas normales provinciales, y mas adelante ejerciendo el cargo de inspectores, que tan excelentes resultados ha producido.

Desde entonces esta escuela ha conservado el carácter de central y prepara á los profesores de las de provincia y á los inspectores de primera enseñanza.

El autor del pensamiento, el que se puso al frente de la escuela para realizarlo fué D. Pablo Montesino, cuyos servicios en el ramo no se olvidarán jamás, y á quien nos proponemos pagar aquí una deuda de gratitud y de justicia, publicando algunos apuntes biográficos que por una equivocacion material de la imprenta no se publicaron en otro lugar.

Hé aquí el artículo escrito ya en años anteriores y que debió formar parte del Diccionario bajo el epígrafe MONTESINO, artículo que dá idea de la escuela normal central en su origen y de los dotes y relevantes servicios de su primer director.

Traer á la memoria la imagen de las personas que han desaparecido de la escena de la vida y á quienes se ha profesado especial cariño y veneracion, es un placer empañado por el dolor; consignar en un periódico como el nuestro las buenas acciones y los brillantes servicios de los que han consagrado sus vigiliass y desvelos á fomentar la educacion de la infancia, es agradable obligacion que alivia y endulza el pesar de haberlas perdido. Hoy sentimos este placer y cumplimos esta lisonjera obligacion. Hemos conocido al hombre de bien, al varon ilustre por sus importantes servicios, á quien consagramos este recuerdo de justicia y de reconocimiento; le hemos amado, le seguimos de lejos en el camino abierto por sus desvelos y perseverancia, y en este instante se asocia en nuestra alma la veneracion y el pesar, sentimientos que no puede menos de infundir su memoria á los que, como nosotros, han tenido ocasion de tratarle y de admirar el fervor y entusiasmo con que dedicaba todas sus potencias á promover el bien.

Jamás olvidaremos el 8 de marzo de 1839 en que por primera vez dirigia su voz á los elejidos para cooperar á la digna obra, objeto constante de sus afanes. Habianse reunido algunos jóvenes y un corto número de personas ilustres y respetables por la edad y la ciencia en un modesto salon del edificio que ocupa actualmente la escuela normal cen-

tral. De pié entre estas últimas, y en medio del mas profundo silencio, pronunciaba algunas palabras con pausada voz un hombre de mediana estatura, enjuto de carnes, de tez morena y de sencillo y grave continente. Aquel momento debiera ser para él de inefable placer y encanto. Su voz, su ademan, las suaves contracciones del rostro, descubrian el vértigo de goces morales, de satisfaccion interior, de deliciosas esperanzas y de ilusiones seductoras que rebotaban en su alma derramándose entre los circunstantes. Aquel dia en efecto, era el dia del triunfo y de la victoria, en que la constancia y la tenaz porfia y el incansable denuedo sostenido por el deseo del bien, echaban por tierra las últimas trincheras de la intolerante y caduca rutina defendidas en primera línea por el angustioso y lamentable estado del pais, y á retaguardia por las preocupaciones, la ignorancia y los abusos. Aquel dia se verificaba la apertura de la escuela normal, seminario de maestros, á presencia de los jóvenes que habian acudido á iniciarse en los secretos del arte de formar hombres de bien con la asistencia de profesores de merecida nombradía, y con la autoridad de varones beneméritos encanecidos en las vigiliass del estudio, representantes del Gobierno, del Real Consejo de Instruccion pública y de otras corporaciones no menos ilustres y distinguidas. El que habia pronunciado el discurso, el hombre que fascinaba á todos comunicándoles el entusiasmo de que estaba poseido, era el ilustrado y digno director de la naciente escuela, el Ilmo. Señor D. Pablo Montesino.

Asociado el Sr. Montesino á todas las obras de beneficencia y de caridad promovidas en los últimos años en nuestra patria, se distinguia especialmente por su irresistible inclinacion y constantes esfuerzos encaminados á mejorar la suerte de las familias por medio de la reforma de las costumbres; reforma pacífica, lenta y pausada, pero segura y eficaz. Dar ensanche á la cultura de las facultades y potencias del alma, dar mas inteligencia y asegurar el imperio de la moral, era la idea fija, dominante y tenaz de su espíritu. Por eso irradiaba en su semblante el inefable gozo de que estaba poseido su corazon al sentar la base del edificio que se proponia elevar, desde donde debia abrirse brecha á las preocupaciones y á la meticulosa y ciega rutina.

Dedicábase al estudio y reforma de la educacion popular despues de haber visitado escuelas célebres, despues de haber nutrido su espíritu de variados y profundos conocimientos, cuando su razon habia adquirido aquella fuerza de claridad y penetracion que se descubre en sus acciones y escritos, despues que la meditacion habia hecho germinar en su entendimiento las ideas de filosofia práctica de que nos ha dado

repetidos ejemplos. La universidad de Salamanca le recordaba con orgullo en 1844 que era hijo suyo; y el Sr. Montesino, que no lo olvidaba ni podía olvidarlo, contestaba con la modestia propia de su carácter: «A la universidad de Salamanca le debo originalmente lo poco que he podido aprender en mi vida.» En aquella universidad en efecto, había hecho sus estudios distinguiéndose entre los alumnos mas notables; allí había recibido la investidura de licenciado en medicina, y el recuerdo de los primeros progresos en el saber, de las pomposas ceremonias con que en la capilla de Santa Bárbara se laureaban las sienes de los jóvenes iniciados en las profundidades de la ciencia, no se borran jamás de la memoria.

No sabemos si por vocacion, por seguir las huellas de sus antepasados, ó por el conjunto de circunstancias que, sin que intervenga ni se resista nuestra voluntad, nos obliga á seguir una carrera determinada, emprendió el Sr. Montesino la de medicina ejerciéndola por primera vez en el partido de Valencia de Alcántara. El médico no desmintió al alumno aventajado y sobresaliente. Médico director de los baños de Ledesma y despues de los de Alange, médico del ejército de Extremadura desde 1807, y consultor de medicina del cuerpo de Sanidad militar nombrado por S. M. en atencion á sus distinguidos méritos y servicios, en todas partes y en todos sus destinos hizo resaltar su actividad, su saber y sus generosos sentimientos. Y es de advertir una circunstancia notable en los primeros pasos de su carrera. El Sr. Montesino, que mas tarde debia concurrir á organizar las carreras facultativas, á que no se concediesen los adelantamientos y distinciones al favor, sino al mérito probado y reconocido legalmente, obtuvo su primer ascenso, el de médico director de los baños de Ledesma en reemplazo de su señor padre, previo concurso público, el primero celebrado en España para estos destinos.

La reputacion del Sr. Montesino en todo el pais, las ideas liberales que tan bien se avenian con sus sentimientos generosos, ideas cuyo gérmen se desarrollaba con lozania en los primeros años del presente siglo entre las personas ilustradas, robustecidas despues con el trato de ilustres y distinguidos patricios, modelo de lealtad y de honradez, le llevaron á las Córtes de 1822 como diputado de Extremadura. Mas no bien empezaba su carrera política, en que ha sustentado siempre idénticos principios hasta el último momento de su existencia, cuando los fatales acaecimientos del año 1823 le obligaron á abandonar un pais de duelo y tribulaciones, refugiándose primero en la capital de Inglaterra y buscando despues el pan amargo de la emigracion en

la isla de Jersey. ¡Diseños misteriosos y providenciales que arrojando al Sr. Montesino del suelo pátrio, separándole de la carrera á que le conducian sus estudios facultativos, abrian á su actividad ancho campo donde ensayar las fuerzas de una manera mas conforme á los movimientos de su corazon!

Hacia el año 1834 la península española, pobre y atrasada bajo todos conceptos, presentaba el aspecto mas triste y desconsolador bajo el punto de vista de la educacion y conocimientos elementales. Nos llamaban *africanos*, y esta miserable injuria á un pueblo rico de gloriosas tradiciones, de lisonjero porvenir, y que en medio del decaimiento natural despues de sucesos que no recordaremos, contaba en su seno hombres eminentes en las letras, en las ciencias, en las artes, en la guerra, en la politica y en todas las carreras y profesiones, parecia justificada por la falta de cultura en la masa general del pueblo. Puestas en olvido las sábias disposiciones de nuestra antigua legislacion para el fomento de la enseñanza elemental, perdida la tradicion de nuestros antepasados, estériles los bien entendidos esfuerzos del reinado del Señor Carlos III, infructuosos los ensayos para aclimatar en nuestro suelo las doctrinas del célebre Pestalozzi en materia de educacion, apenas habia en España una escuela por cada cuatro ó cinco mil almas, y eran bien contados los establecimientos donde se dirigia la enseñanza y la cultura moral de los discipulos bajo los principios que sirven de norma en los paises cultos. Cuatro quintas partes de la juventud española estaba privada de los beneficios de la instruccion elemental. Los alumnos de las escuelas primarias aspiraban por lo comun á las profesiones liberales, y el corto número que de la clase pasaba al campo ó á los talleres, no sabia utilizarse de los escasos conocimientos que habia adquirido, los cuales se borraban bien pronto de su memoria. Recórrase la estadística de la instruccion, y el número de las personas adultas que no saben leer ni escribir aparecerá representado por una cifra que no puede menos de afligir al hombre pensador que se interesa de veras por la prosperidad de su patria. Una inmensa mayoría y casi todos los individuos de un sexo carecen de la capacidad necesaria para instruirse por sí mismos en los dogmas de la religion y para leer una carta de familia; están privados de la satisfaccion de escribir á un padre querido, de contestar al hijo ausente, y no saben firmar un acto público. De aquí los hábitos viciosos que engendra la ignorancia, de aquí la imposibilidad de aprovecharse de los progresos de las artes y las industrias de todas clases, y de fortalecer los sentimientos y prácticas morales y religiosas, base y escudo del bien-

estar y la tranquilidad general; de aquí, en fin, la falta de conocimiento para comprender y practicar los deberes sociales, garantidos al pobre y al rico, al sábio y al ignorante por la libertad moderna.

En tan lastimoso estado se hallaba la instruccion popular en España, cuando abiertas las fronteras del reino á los emigrados, volvia el Sr. Montesino á su querida patria, rico de excelentes deseos, colmado de dones recogidos en medio del infortunio, para sembrarlos en el inculto suelo español, y potente para hacerlos germinar, destruyendo los inmensos obstáculos que debian elevarse para agostarlos. La desgracia enseña, y el Sr. Montesino siguió con especial aprovechamiento sus lecciones en cuanto podian ser útiles á la prosperidad del pais que le habia dado el ser y á quien desde lejos consagraba todos los afanes y viglias.

La instruccion pública, y especialmente la educacion popular, habia sido para él objeto constante de estudio y meditaciones, y los solaces de la emigracion. Recorria las escuelas, conferenciaba con los profesores, examinaba los métodos, cotejaba la administracion de la instruccion pública en los paises civilizados, y volviendo luego la vista á España ensayaba en su mente la aplicacion de los planes que, fundados en la experiencia de los pueblos mas cultos, y modificados despues de maduras reflexiones para acomodarlos á nuestras necesidades, imaginaba realizar ó por lo menos proponer en dias mas venturosos. El bienestar y la moralidad de la masa general de la nacion preocupaba especialmente su ánimo. Haciéndose maestro se rebajaba hasta los niños para estudiar el poder de las facultades de la infancia y el modo de penetrar hasta su corazon. Dejando este terreno, se elevaba al del moralista, del economista y del filósofo, y la cuestion pedagógica aparecia á sus ojos como cuestion social. Entonces no estudiaba al niño y los medios de educarlo, sino la influencia de la cultura intelectual en el desarrollo moral del hombre, y por este medio en el bienestar, en la tranquilidad, en la paz y en la moralidad de los pueblos. Examínense los escritos que nos ha legado, recuérdense sus lecciones orales en la escuela normal central, y se descubrirá el inmenso caudal de observaciones prácticas y de miras elevadas que habia logrado atesorar.

Con el titulo de *Ligeros apuntes y observaciones sobre la instruccion secundaria ó media, y la superior ó de universidad*, publicaba en 1836 un folleto, escrito en estilo sencillo y conciso y abundante en luminosas ideas, en el momento en que se creaba la Direccion general de Instruccion pública, y merecia la señalada distincion de ser nombrado uno de

los directores, cargo que con este nombre, y mas tarde con el de consejero, desempeñó con el mayor celo y acierto hasta el último instante de su vida. Conocido del público por sus talentos especiales en el ramo, y colocado en posicion tan ventajosa, principió á promover mejoras en favor de la educacion con fé y entusiasmo, y desde entonces no decayó un momento su ardiente celo y su infatigable actividad. Afortunadamente para él, y sobre todo para la instruccion popular, sucediéronse en el Gobierno hombres de miras nobles y elevadas, le rodearon personas de reconocida ilustracion, pertenecientes á todas las opiniones políticas, y animados todos del mismo deseo marchaban juntos hácia el fin comun. Mucho debiera halagar al Sr. Montesino aquella cooperacion activa y decidida, aquel apoyo perseverante, aquella union de fuerzas encaminadas al mismo objeto, y no menos podemos gloriarnos todos del saludable ejemplo de aquellos hombres ilustrados y generosos que, olvidando opiniones encontradas en política, ajenos á la emulacion y á las pasiones mezquinas y miserables, acogian las proposiciones y proyectos de mejoras de donde quiera que saliesen, precisamente en una época en que se desenvolvian los elementos del mal para separar los ánimos.

La sociedad para mejorar y propagar la educacion del pueblo, sobre todo, dió la mas relevante prueba de la generosidad de que son capaces los hombres honrados que se asocian para hacer el bien. El señor Montesino habia visto y admirado la institución benéfica y cristiana del caritativo Owen, del venerable Oberlin y de la virtuosa Luisa Scheppler, donde, librando á las madres de la dolorosa alternativa de renunciar al trabajo ó al cuidado de sus hijos, se acogen estas pobres criaturas, se cuida de su salud y de desarrollar las fuerzas físicas, se cultiva su espíritu y se les habitúa al aseo, á la obediencia, á la sinceridad, á la benevolencia mútua, á la piedad y á todas las virtudes que los padres prudentes y previsores procuran inculcar á sus hijos. Quiso aclimatarla en España, y meditando acerca de los medios mas convenientes, promovió con todas sus fuerzas la creacion de la Sociedad, que le proporcionó dignos y exclarecidos colaboradores. Individuo de la junta directiva, activo y celoso como siempre, tuvo la gloria de contribuir al establecimiento y organizacion de las seis escuelas creadas en esta corte por la Sociedad, y en union con los Sres. Escario y Del Campo, á la de la Fábrica de Cigarros.

La Sociedad no podia limitar sus generosos esfuerzos al estrecho ámbito de Madrid; aspiraba á extender por todo el reino la caritativa institución objeto de sus tareas, y como uno de los medios encargó al

Sr. Montesino la redaccion de las instrucciones necesarias para la creacion y gobierno de estas escuelas desconocidas hasta entonces entre nosotros. La lectura del *Manual de párvulos* expresa la manera digna y cumplida de corresponder á la confianza de la Sociedad. El Manual se dirige á los fundadores y á los directores de las escuelas de párvulos. Poniendo á la vista de todos las inapreciables ventajas de esta benéfica institucion, excita en favor de ella el celo de las personas caritativas á quienes ilustra y dirige en los medios de crearla y sostenerla, y traza las reglas para fomentarla y hacerla prosperar. El maestro encuentra en este libro el modelo de la verdadera escuela de párvulos. Las condiciones del local y enseres, las materias de enseñanza determinadas con discernimiento, la aplicacion del método, los cuidados maternales, por decirlo así, para dirigir la primera educacion de tan tiernas criaturas, todo en fin cuanto necesita saber el maestro de párvulos, se halla trazado con mano hábil é inteligente en pocas y bien escritas páginas que revelan la madurez de juicio, la apreciacion práctica de las cosas, el conocimiento de nuestras costumbres, y la experiencia en el arte de dirigir el entendimiento y el corazon de la niñez, como si el autor lo hubiese ejercido en las mismas escuelas. Pero las miras del Sr. Montesino no podian contenerse en un solo grado de la educacion sin abrazar el conjunto. «Mi propósito, decia á la Sociedad al dar cuenta del trabajo que se le habia encomendado, ha sido mas extenso, y mis esfuerzos se han dirigido á dar conocimiento de algunos principios de educacion, generalmente ignorados ó desatendidos, á todas las personas interesadas en esta materia de utilidad general.... He creido conveniente dirigirme alguna vez á las madres, maestras y directores de colegios privados ó pensiones, manifestando algunos abusos que en la educacion fisica y moral de la primera edad están en práctica, con perjuicio conocido de la niñez. Y tambien se indican á los maestros y maestras de las escuelas comunes los puntos mas importantes de la reforma radical que la enseñanza primaria está sufriendo en estos últimos tiempos y en virtud de la cual puede decirse que ha variado enteramente, pasando de verbal á real, de palabras á cosas, de reglas á convicciones, de doctrinas á prácticas, y de formulas á ejercicios bien entendidos.» Cuando en todas partes se reconocia la influencia de la educacion, el Sr. Montesino llamaba la atencion pública sobre tan vital asunto, reunia los principios diseminados en diversos escritos, desde Quintiliano hasta Basedow y Pestalozzi y hasta nuestros dias, los fecundizaba con sus reflexiones, los aplicaba á nuestras circunstancias, y ordenados, formando un cuerpo de doctrina, los presentaba á los hombres prácticos que debian aplicar-

los á todas horas. Este libro, en que domina el espíritu filosófico y aquella observacion práctica que hemos reconocido en el autor, es el primero publicado en España con el carácter propio y peculiar de los libros destinados á los maestros. Estaba destinado á hacer una revolución en la educacion de la niñez, y el Gobierno consecuente en el decidido apoyo que prestaba á este importante ramo, y en prueba de la aprobacion de tan útil trabajo, adquirió un considerable número de ejemplares del *Manual* y lo distribuyó á las comisiones superiores de instruccion primaria del reino.

Testigo la Sociedad para propagar y mejorar la educacion del pueblo de los no interrumpidos y á la vez inteligentes esfuerzos del señor Montesino en beneficio de la institucion, le dispensó la distinguida honra de dar su nombre á una de las primeras escuelas creadas en Madrid, la de la calle del Espino, y mas tarde, al manifestar el profundo pesar que le causaba la pérdida de tan benemérito patricio, á propuesta de los tres individuos encargados de formar el *Manual* con el señor Montesino (1), acordó que la obra fuese desde entonces propiedad de los herederos de este, cediéndoles la Sociedad cuantos derechos pudiera tener á ella. Otros testimonios no menos lisonjeros de aprecio y admiracion recibia de las provincias, donde á instancias suyas ó bajo sus instrucciones se creaban escuelas de párvulos. La comision superior de Guadalajara, en un escrito en extremo satisfactorio para él, le daba parte de la apertura de la escuela de párvulos de aquella capital, manifestando haberle puesto el nombre de *Escuela de Montesino*, y remitiéndole un ejemplar de los discursos pronunciados en el momento de la apertura, en uno de los cuales, en el del digno jefe político D. Rafael de Navascués, se lee: «Pero..... séame permitido presentar al reconocimiento de esta reunion ilustrada, el nombre de un español que estoy viendo salir de los labios de todos, y que con orgullo podemos oponer á los mas célebres y entendidos extranjeros en estas materias. La *Sociedad para propagar y mejorar la educacion del pueblo* le distinguió encargándole un trabajo dificil, árduo: él, con su *Manual para los maestros de escuelas de párvulos*, erigió un nuevo monumento de gloria á su reputacion y á la patria..... Cesaré, señores, porque no se atribuya á lisonja el noble sentimiento de admiracion que embarga mi voz en este instante, limitándome á mostrar á los señores que me

(1) La sociedad para mejorar y propagar la educacion del pueblo, encargó la formacion del *Manual de párvulos* á D. Pablo Montesino, D. Mateo Seane, D. Javier de Quinto y D. Eusebio Maria del Valle; pero el primero fué quien lo redactó.

escuchan los caracteres que la comision provincial de Guadalajara, adoptando mi pensamiento, ha acordado se inscriban á la entrada de este recinto. Allí se lee: «¡¡ESCUELA DE MONTESINO!!!» Los fundadores de la escuela de Alcoy le ofrecian el h6nroso t6tulo de patrono, y á este tenor recibia otras pruebas de simpatia y reconocimiento por sus esclarecidos servicios.

Pero el constante anhelo del Sr. Montesino era la preparacion de un plantel de maestros que comprendieran su mision, y aptos para llevarla dignamente. No le satisfacian los esfuerzos para la creacion de escuelas, no llenaban sus miras los escritos 6 instrucciones en que enseña á dirigirlas, no se contentaba con el papel pasivo de autor, como Rousseau y tantos otros que han escrito de educacion sin salir del terreno de la teoria, sino que, á imitacion de Gerson, de Rollin, de Pestalozzi y de Felleberg, se hizo maestro para instruir á los futuros maestros en la teoria y la pr6ctica de desenvolver el entendimiento y dirigir la voluntad h6cia el bien. Promovi6 la creacion de la escuela normal central, venciendo inmensas dificultades, propias de una 6poca de guerra civil y de penuria para el tesoro, se ofreci6 á dirigirla con desinter6s y generosidad, y mereci6 que accediendo el Gobierno á sus deseos, le manifest6 entre otras cosas: «S. M. la Reina Gobernadora á quien he dado cuenta.... ha visto con el mayor aprecio el celo que V. S. I. ha desplegado en esta ocasion, y su generosidad en prestarse gratuitamente á un servicio de que la Nacion espera recoger los 6pimos frutos que ha menester para beneficio del pueblo.» Emprendi6 su nueva tarea encarg6ndose de la direccion de la escuela y de la enseanza principal de ella, sin sueldo ni gratificacion de ningun g6nero, y sin desmentir la actividad 6 inteligencia de que habia dado ya tan repetidas pruebas.

Ya hemos visto el placer y el entusiasmo que rebotaba en su alma al verificarse la apertura de la escuela. Asociado para la direccion moral á un hombre virtuoso, á un venerable eclesi6stico de saber s6lido y profundo, que conoca á fondo el corazon humano, al Sr. D. Gregorio Sanz de Villavieja, cuyo nombre apenas nos atrevemos á mencionar por temor de ofender su admirable modestia, sent6 las bases de una disciplina inteligente, fundada en el afecto y el trabajo, dejando libre expansion á los sentimientos y á la voluntad para amaestrarla y dirigirla h6cia el bien por amor al deber antes que por sujecion á una regla r6gida y severa, 6 por temor al castigo. Sentado en la c6tedra en medio de sus queridos disc6pulos, á los cuales llamaba hijos suyos, les enseaba la marcha del desarrollo progresivo de las facultades huma-

nas en la infancia del hombre y los medios de dirigirla, los sistemas y métodos de enseñanza de que hacía aplicación en la escuela práctica, y en fin, cuanto importa saber al maestro en la clase y fuera de la clase para cumplir dignamente los difíciles é importantes deberes de su profesion. En lenguaje sencillo, claro, lleno de gravedad y unción, instruí á los jóvenes, excitaba en el alma de estos los nobles sentimientos, arraigados y fortalecidos despues por la autorizada y respetable voz del Sr. Sanz de Villavieja, que hacía servir todas las enseñanzas para inculcar los principios de moral, y los dogmas de la religion católica.

Los provechosos frutos de accion tan eficaz, auxiliada por los demas entendidos profesores (1), no toca á nosotros encarecerlos. Recórranse todas las provincias de la península, inspecciónense las escuelas, y no habrá un solo pueblo donde no se dejen sentir sus inapreciables beneficios.

Consagrado con todos sus sentidos y potencias á la prosperidad de la escuela normal, no por eso deja de aplicar el Sr. Montesino su prodigiosa actividad á otros servicios. Practica los trabajos necesarios para plantear las escuelas de los regimientos del arma de infantería, comisionado al efecto por la Sociedad para propagar y mejorar la educacion del pueblo; forma parte de la comision nombrada para visitar los estudios de San Isidro y proponer las disposiciones que debieran adoptarse en órden á la enseñanza y régimen de aquel establecimiento; interviene en la revision del plan y reglamento de estudios de 1845; preside la comision encargada de revisar los expedientes de exámen de maestros de instruccion pública; dirige y redacta por encargo de la direccion general del ramo, el *Boletin oficial de Instruccion pública*; preside la comision encargada de visitar las escuelas gratuitas de Madrid y de proponer el plan de reforma; y hasta hallándose próximo á exhalar el último suspiro, á causa de graves padecimientos, al salir de Madrid á descansar de los trabajos mentales en el benigno clima de Extremadura, cediendo á las instancias de sus buenos amigos, dominado por su irresistible vocacion, solicita y obtienene del Gobierno la facultad de visitar con carácter oficial los establecimientos de instruccion pública de Badajoz y Cáceres, deseo que el estado alarmante de su salud no le permitió satisfacer.

Bien quisiéramos detenernos á apreciar estos importantes servicios por los cuales se le manifestó mas de una vez la gratitud de S. M., pero

(1) Al verificarse la apertura de la escuela, eran profesores D. Gregorio Sanz de Villavieja, D. Vicente Santiago Masarnau, D. Eduardo Rodríguez, D. Mariano Rementería y D. Leonardo Gallardo.

las dimensiones que va tomando este artículo, nos priva de este placer. Llamaremos sin embargo la atención acerca de los notables artículos sobre educación y enseñanza publicados en el *Boletín oficial*, ramo casi enteramente desconocido en aquella época, y no mucho más apreciado en la presente, y sobre el informe acerca de las escuelas gratuitas de Madrid, suscrito con los Sres. Duran de Corps, Gainza, Eguilaz y Aguirre, en el cual, sobreponiéndose á consideraciones mezquinas, sacrificando recomendaciones particulares en aras del bien público, y salvando las personas en cuanto era compatible con el deber, se exponía con lisura la verdad y la verdad toda, proponiendo el remedio á males que afectaban al buen nombre de la capital de la monarquía y del reino todo, males que al parecer no se habían remediado por falta de ánimo y decisión.

Preciso es también renunciar al exámen de otros notables servicios prestados como individuo de la junta para la organización del cuerpo de Sanidad militar y reforma de los reglamentos de hospitales; como individuo de la suprema junta de sanidad, con cuyo carácter, en unión de otras personas, propuso los medios de prevenir y combatir el cólera cuando empezaba á desarrollarse en Francia; como vocal de la junta de sanidad de Madrid y del consejo de sanidad del reino; como particular que coadyuvaba á la creación de la sociedad de socorros mútuos entre profesores de medicina y á la de profesores de instrucción pública, y como administrador de la Imprenta Nacional, en cuyo establecimiento introdujo tantas mejoras. La misma inteligencia y celo con que se ha ocupado en la educación y enseñanza, resaltaba en todos los asuntos en que ha tomado parte.

Para que fuese completo el mérito de este varón distinguido, ha experimentado también en su buena obra las contrariedades, los disgustos y las ingratitudes que se ponen de frente y siguen los pasos del hombre de bien. Una corporación de maestros de Madrid se esforzaba por zaherir la esclarecida reputación del sábio laborioso, del entendido escritor (1), del hombre de la beneficencia y de la honradez. Pero ¿qué vale todo esto comparado con la satisfacción interior de ser útil al prójimo y de contribuir á la honra de la patria, de obtener la confianza del Gobierno y la cooperación de los hombres honrados, de que le con-

(1) Además de las dos publicaciones de que hemos hecho mérito, dirigió el Sr. Montesino la traducción del original inglés de la excelente obra de C. Mayo, titulada: *Lecciones sobre objetos*; escribió un librito de educación doméstica con el título de *Las noches del emigrado*, inédito, y tenía muy adelantados los trabajos para una obra de Pedagogía y sistemas y métodos de enseñanza, trabajo de grande interés y utilidad para los maestros.

tasen en el número de sus individuos la Academia Real de Ciencias, la Sociedad económica de Amigos del País de Madrid, la Sociedad Médico Quirúrgica de Cádiz y la Sociedad de Ciencias Médicas de Lisboa? ¿Quién de los que han osado zaherirle alegrará uno solo de estos títulos? ¿Quién de ellos ha visto abandonarse, como el Sr. Montesino, á la impresión profunda de su voz, centenares de jóvenes que le escuchaban sin respirar, que le oían con admiración, que pregonaban después sus doctrinas y sus virtudes por todos los ámbitos de la monarquía, que llevan en triunfo el retrato de su querido director y le colocan en la escuela normal de Salamanca, que asociándose á otras personas erijen otro recuerdo igual á su memoria en la escuela normal de Madrid, y que en todas partes le levantaban monumentos impercederos, enseñando á murmurar y repetir su nombre á los niños, desde las escuelas de párvulos hasta los seminarios de maestros?

Pero terminemos este largo artículo congratulándonos por la existencia cumplida y fecunda del Sr. D. Pablo Montesino, la cual principió en 29 de Junio de 1784 en Fuente de Carnerero, provincia de Zamora, lamentando su pérdida, acaecida en Madrid el 45 de Diciembre de 1849.

**NORMAL DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS (Escuela).** En nuestros días y durante la publicación de este Diccionario, se ha visto realizado en España un pensamiento útil y el único capaz de asegurar el porvenir de la enseñanza de sordo-mudos y de ciegos, con la creación de una escuela superior teórica, de una clase normal para la debida instrucción de los que aspiren al profesorado en unas enseñanzas tan especiales. Tal vez no está lejos el día en que se aumenten en España los establecimientos para aquellas dos clases desgraciadas, siendo la falta de maestros idóneos la que impide acaso la pronta realización de una medida tan importante.

Prevéngase, por lo tanto, esta falta y empiecen á formarse maestros antes de que se les puedan confiar discípulos, preparando una generación, que pueda reemplazar á la que existe y formando un centro común de cuantos se dediquen á una profesión tan honrosa, para que unidos de intención y de esfuerzos, así ellos como los establecimientos de sordo-mudos y de ciegos, presenten por medio de esta alianza un bello ejemplo que imitar á todas las instituciones humanitarias.

Una de las necesidades mas urgentes de la época actual es la de difundir por do quiera la enseñanza de los sordo-mudos y de los ciegos.